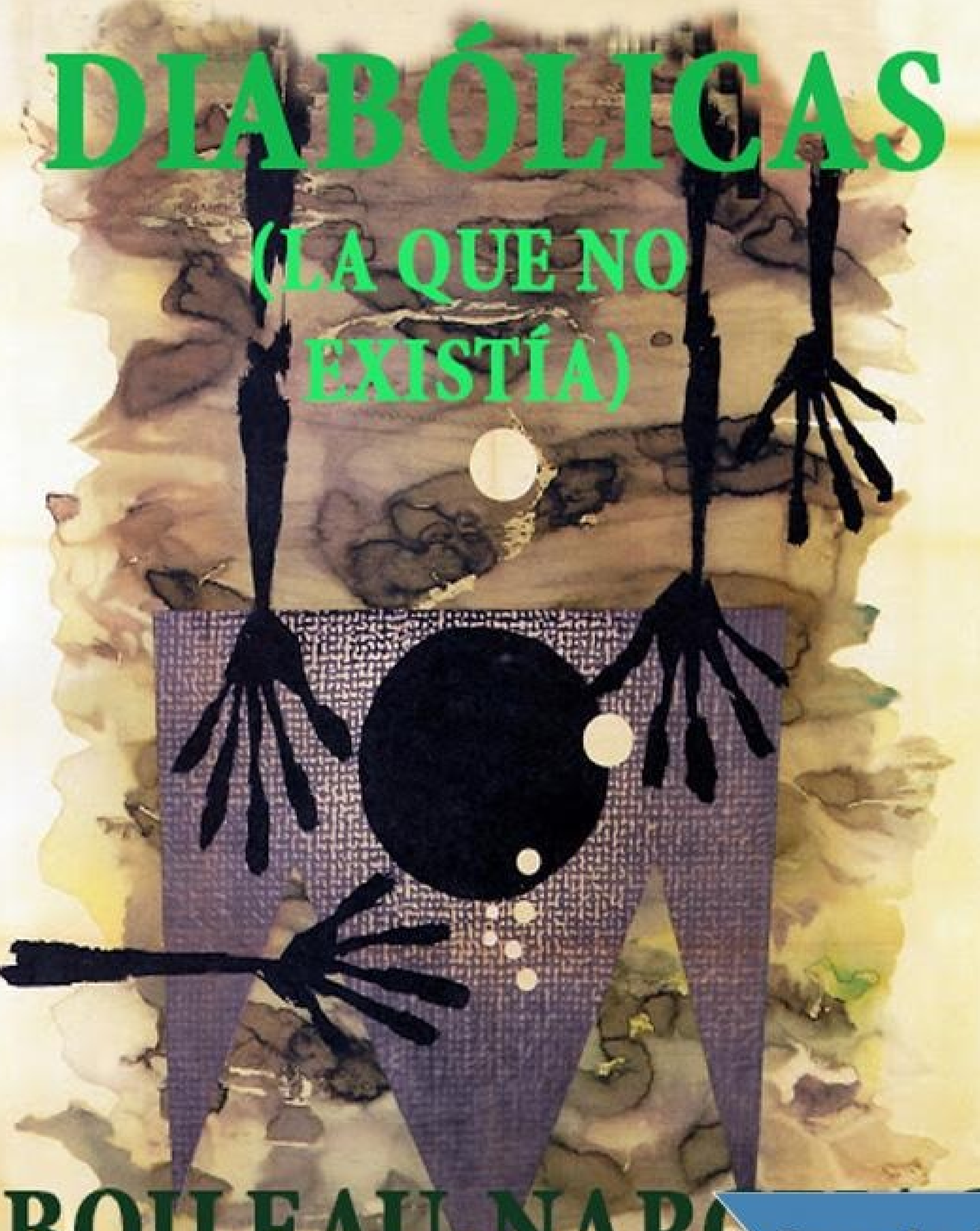
LAS DIABÓLICAS (LA QUE NO EXISTÍA)



Ravinel y su amante, Luciana, se ponen de acuerdo para asesinar a Mireya, esposa del primero. Pero al poco tiempo Ravinel, todavía bajo la impresión producida por su crimen, empieza a recibir cartas de la víctima. Las señales y evidencias de que Mireya no ha desaparecido del todo provocan una crisis nerviosa en Ravinel, que empieza a enloquecer. ¿Qué había ocurrido realmente con Mireya? ¿Acaso había alguien interesado en aniquilar a Ravinel? El final, sorprendente e inesperado, no es sino la culminación de una tensión insoportable.

La que no existía es una novela policíaca clásica, con la particularidad de que la acción se inicia no en el crimen, sino con la maquinación que conduce a él, de modo que la narración alcanza la esencia misma del suspense y de la instrospección psicológica. Fue precisamente esta peculiaridad lo que atrajo al director de cine H.G. Clouzot, que realizó, basándose en esta novela, su famosa película *Las diabólicas*.

Lectulandia

Pierre Boileau & Thomas Narcejac

Las diabólicas

(La que no existía)

ePub r1.2
Hechadelluvia 21.10.14

Título original: *Celle qui n’était plus*
Boileau-Narcejac, 1952
Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1

INTRODUCCIÓN

Entre *La que no existía…* y la película que esta novela ha inspirado a H. G. Clouzot, *Las diabólicas*, sólo hay una relación, tan ligera que podría considerarse la película ajena al libro, y tan sólida que uno se ve, sin embargo, obligado a reconocer su íntimo parentesco. En realidad, ambas desarrollan la misma idea con métodos diferentes, y puede incluso decirse que cuanto más la película se esforzase en mantenerse fiel a la novela, más obligada estaría a apartarse de ella. En este sentido, la película de Clouzot es mucho menos una adaptación que una nueva creación de la que es oportuno subrayar la originalidad.

Los autores del libro han imaginado una novela policíaca clásica, pero en lugar de empezar por el crimen, han empezado por la maquinación que conduce a él. El relato está escrito enteramente desde el punto de vista de la víctima, lo que constituye la misma esencia del *suspense*. La angustia nace de la soledad asediada de un ser condenado desde hace mucho tiempo, y es precisamente esa soledad lo que la novela trata de hacer sensible mediante una técnica compleja en sus efectos, pero sencilla por su naturaleza, puesto que no utiliza más que palabras.

En cuanto al director, éste trabaja con imágenes, y la imagen es mucho más rebelde que la palabra. Imposibles los monólogos interiores, imposible el claroscuro sicológico. La imagen es el mundo real, el de los objetos y de los rostros. Clouzot no podía aislar al personaje clave y, no obstante, debía hacer sensible su drama. Le era preciso, pues, inventar una historia en que las imágenes, a su vez, fuesen capaces de mentir sin perder ese carácter de verdad que es la esencia del crimen. En *El cuervo* la realidad era enigmática; en *El salario del miedo* estaba profundamente corroída por la amenaza de una catástrofe inminente. En este caso se convierte en una máscara. Clouzot, gracias a una intriga notablemente ajustada, alcanza esa perfidia de la imagen que reúne de manera torturante el realismo con el expresionismo. Con ello hace estallar la vulgaridad de la película policíaca y confirma de manera totalmente independiente sus extraordinarias dotes de brujo.

Pero la ambigüedad de la película corresponde a la de la novela. En ésta el mundo es también una máscara y la mentira corrompe invisiblemente hasta los aspectos más familiares de la vida. El héroe del libro es un hombre sobre quien se ha lanzado una maldición y que, poco a poco, se ve aplastado por apariencias que ya no comprende. Los autores han querido en la medida de sus posibilidades, que son modestas, desembarazarse de los lugares comunes de la novela policíaca.

Así, pues, es cierto que Clouzot se ha apartado deliberadamente de nuestra novela. Como todos los grandes creadores, ha hecho gala de una gran independencia.

Pero es igualmente cierto que no nos ha traicionado, pues lo que nosotros tratábamos de aportar como novedad es exactamente lo que él ha desarrollado, profundizado, ilustrado con esa fuerza, ese *punch* que caracterizan su estilo. Y porque tenemos una noción exacta de lo que le debemos, hemos querido, al principio de este libro, rendir homenaje al realizador de *Las diabólicas*. Gracias, señor Clouzot.

CAPÍTULO I

—¡Fernando, te lo suplico, cesa de pasearte!

Ravinel se detuvo ante la ventana y apartó el visillo. La niebla se espesaba. Era amarillenta alrededor de los faroles que iluminaban el muelle, verdosa bajo las luces de gas de la calle. A veces se hinchaba en forma de humareda y otras se convertía en polvillo de agua, en lluvia muy fina cuyas gotitas brillaban en el aire. El castillo de proa del *Smoelen* aparecía confusamente por los agujeros de la niebla, con sus ventanillos iluminados. Cuando Ravinel permanecía inmóvil, se escuchaba a rachas la música de un gramófono. Se adivinaba que era un gramófono porque cada pieza duraba unos tres minutos. Luego se sucedía un silencio muy breve. El tiempo de cambiar el disco. Y la música se reanudaba. Procedía del mercante.

—¡Peligroso! —observó Ravinel—. Supón que alguien del barco vea entrar aquí a Mireya.

—¡Qué va! —exclamó Luciana—. No va a rodearse de tantas precauciones… Y además, son extranjeros. ¿Qué podrían contar ellos?

Con el dorso de la mano, él limpió el cristal, que su respiración empañaba. Su mirada, pasando por encima de la verja del minúsculo jardincillo, descubría a la izquierda un punteado de luces pálidas y de extrañas constelaciones rojas y verdes. Unas, parecidas a ruedecitas dentadas, como llamas de cirios en el fondo de una iglesia, las otras casi fosforescentes como luciérnagas. Ravinel reconocía sin dificultad la curva del muelle de la Fosse, el semáforo de la antigua estación de la Bolsa y la farola del paso a nivel, la linterna suspendida de las cadenas que por la noche impiden el acceso al puente transbordador, y las luces de posición del *Cantal*, del *Cassard* y del *Smoelen*. A la derecha empezaba el muelle Ernest Renaud. El resplandor de un farol de gas proyectaba sus pálidos reflejos sobre las vías, descubría el húmedo adoquinado. A bordo del *Smoelen*, el gramófono tocaba valses vieneses.

—Tal vez coja un taxi, por lo menos hasta la esquina —dijo Luciana.

Ravinel soltó el visillo y se volvió.

—Es demasiado ahorradora —murmuró.

El silencio se hizo de nuevo. Ravinel reemprendió sus paseos. Once pasos de la ventana a la puerta. Luciana se limaba las uñas y, de vez en cuando, alzaba la mano hacia la lámpara, y la hacía girar lentamente como si se tratase de un objeto de valor. Conservaba puesto el abrigo, pero había insistido en que él se pusiese el batín, se quitase el cuello y la corbata y se calzara las zapatillas.

—Acabas de llegar. Estás cansado. Ponte cómodo antes de comer… ¿Comprendes?

Ravinel comprendía perfectamente. E incluso comprendía demasiado bien, con una especie de lucidez desesperada. Luciana lo había previsto todo. Al ver que él se disponía a sacar un mantel del cajón del bufete, ella lo había detenido con su voz ronca, acostumbrada a mandar.

—No, nada de mantel. Acabas de llegar. Estás solo. Come rápidamente sobre el hule.

Ella ya había dispuesto su cubierto: la loncha de jamón, en su bolsa, había sido echada descuidadamente entre la botella de vino y el jarro. La naranja estaba colocada sobre la caja de *camembert*.

«Una bonita naturaleza muerta», había pensado Ravinel. Y se había quedado helado durante un largo momento, incapaz de moverse, con las manos llenas de sudor.

—Falta algo —había dicho Luciana—. Veamos. Te desvistes… Te dispones a comer… solo… No tienes puesta la radio… ¡Ya caigo! Echas una ojeada a los pedidos del día. ¡Es normal!

—Pero te aseguro…

—¡Dame la cartera!

Había esparcido sobre una esquina de la mesa las hojas mecanografiadas cuya cabecera representaba una caña de pescar y un salabardo cruzado como unas espadas.

Maison Blanche et Lehuédé 145,
Boulevard de Magenta - París.

En aquel momento eran las nueve y veinte. Ravinel hubiese podido relatar minuto a minuto todo lo que habían hecho desde las ocho. Ante todo, habían inspeccionado el cuarto de baño, se habían asegurado de que todo funcionaba bien, que no existía el riesgo de que algo fallase en el último momento. Fernando hubiese incluso querido llenar en seguida la bañera, pero Luciana se había opuesto.

—Reflexiona… Ella querrá visitarlo todo. Se preguntará a qué viene tanta agua…

Habían estado a punto de pelearse. Luciana estaba de mal humor. Pese a toda su sangre fría se la notaba tensa, inquieta.

—Cualquiera diría que no la conoces… Hace cinco años, mi pobre Fernando.

Pero, justamente, él no estaba muy seguro de conocerla bien. ¡Una esposa! Se la encuentra a la hora de las comidas. Se duerme con ella. Los domingos se la lleva al cine. Se hacen economías para comprar una casita en los arrabales. Buenos días, Fernando. Buenas noches, Mireya. Tiene los labios frescos y diminutas pecas junto a la nariz. Sólo se las ve al darle un beso. No pesa gran cosa cuando se la coge en brazos. Delgaducha pero robusta, nerviosa. Una amable mujercita, insignificante. ¿Por qué se ha casado con ella? ¿Acaso uno sabe por qué se casa? La edad que se

echa encima. Se tienen treinta y tres años. Uno está cansado de los hoteles, de las tascas y de los restaurantes. No es agradable ser representante de comercio. Cuatro días por esos mundos. Cuando llega el sábado, uno se alegra de volver a encontrar la casita de Enghien y a Mireya, sonriente, que cose en la cocina. Once pasos desde la puerta a la ventana. Los ventanillos del *Smoelen*, tres discos dorados que descendían poco a poco, porque la marea bajaba. Procedente de Chantenay, un tren de mercancías desfiló lentamente. Las ruedas chirriaban sobre los rieles, los techos de los vagones se deslizaban con un movimiento suave, pasaban bajo el semáforo en medio de un halo de lluvia. Un viejo vagón alemán, con garita, se alejó en último término, con un farol rojo colgado por encima de los topes. La música del gramófono volvió a hacerse perceptible.

A las nueve menos cuarto habían bebido un vasito de coñac para darse ánimos. A continuación, Ravinel se había descalzado, se había puesto el viejo batín, agujereado por delante a causa de las chispas desprendidas de su pipa. Luciana había dispuesto la mesa. No habían encontrado nada más que decirse. El autovía de Rennes había pasado a las nueve y dieciséis, haciendo correr por el techo del comedor un rosario de luces, y durante mucho rato se había oído el traqueteo preciso de sus ruedas.

El tren de París no llegaba hasta las diez y treinta y un minutos. ¡Todavía una hora! Luciana manejaba sin ruido la lima. El despertador, sobre la chimenea, latía precipitadamente y, a veces, su ritmo se alteraba, el mecanismo parecía dar un paso en falso, luego se reanudaba el latido con una sonoridad algo distinta. Ambos alzaban la vista, se miraban. Ravinel se sacaba las manos de los bolsillos, se las juntaba por la espalda, continuaba andando, llevándose la imagen de una Luciana desconocida, de rasgos tensos, de frente preocupada. Estaban cometiendo una locura. ¡Una locura…! ¿Y si la carta de Luciana no hubiese sido entregada…? Si Mireya estuviese enferma… Si…

Ravinel se dejó caer en una silla, junto a Luciana.

—No puedo más.

—¿Tienes miedo?

Él se irguió inmediatamente.

—¡Miedo! ¡Miedo! No más que tú.

—Ojalá.

—Es esta espera. Me crispa los nervios.

Ella le palpó la muñeca con su mano dura, experta, hizo una mueca.

—Es como te digo —prosiguió él—. Como veras, estoy enfermando. Estaríamos apañados.

—Todavía estamos a tiempo —dijo Luciana.

Se levantó. Se abrochó lentamente el abrigo, se pasó el peine por sus cabellos morenos, rizados, muy cortos.

—¿Qué haces? —balbució Ravinel.

—Me marcho.

—¡No!

—Entonces, domínate un poco más… ¿De qué tienes miedo?

La eterna discusión iba a reanudarse. ¡Ah!, se sabía de memoria los argumentos de Luciana. Él los había examinado, estudiado uno por uno durante días y más días. Por algo había vacilado tanto antes de decidirse. Le parecía estar viendo a Mireya, en la cocina. Se hallaba planchando y, de vez en cuando, iba a dar unas vueltas a una salsa que preparaba en una cacerola. ¡Qué bien había sabido mentir! Casi sin esfuerzo.

—Me he encontrado con Gradére, un antiguo camarada de regimiento. Ya te he hablado de él alguna vez, ¿verdad…? Está metido en seguros. Parece que gana mucho.

Mireya planchaba unos calzoncillos. La brillante punta de la plancha se introducía delicadamente entre los botones dejando tras de ella como una pista blanca de la que se desprendía un ligero vapor.

—Me ha estado hablando largo y tendido sobre un seguro de vida… Oh, te confieso que, al principio, me sentía más bien escéptico… Ya te puedes imaginar que los conozco bien. En lo primero que piensan es en su comisión. ¡Es natural! Pero, de todos modos, reflexionando bien…

Ella dejaba la plancha en el soporte y desenchufaba el cordón.

—En mi profesión, no hay retiro para las viudas. Ahora bien, yo circulo mucho y voy en toda clase de vehículos… Un accidente llega cuando menos se piensa. ¿Qué sería de ti? No tenemos dinero… Gradére me ha presentado un proyecto… La prima no es enorme y las ventajas son verdaderamente atractivas… Si yo llegase a desaparecer… ¡Caramba, nunca se sabe quién puede sobrevivir, y quién morirse…! Cobrarías dos millones.

Aquello constituía una prueba de amor. Mireya se había conmovido.

—¡Qué bueno eres, Fernando!

Quedaba ahora la parte difícil: hacer firmar a Mireya una póliza análoga a beneficio de él. Pero ¿cómo abordar este tema delicado?

Y fue la pobre Mireya quien una semana más tarde, espontáneamente, lo propuso.

—¡Cariño! Yo también quiero suscribir un seguro. Como muy bien dices, nunca se sabe quién puede morirse antes de los dos… E imagínate completamente solo, sin criada, sin nadie…

Él había protestado. Sólo lo justo. Y Mireya había firmado. Y de eso hacía ya un poco más de dos años.

¡Dos años! El plazo exigido por las compañías para asegurar el fallecimiento por suicidio. Pues Luciana no había dejado nada a la casualidad. ¿Quién sabía a qué

conclusión podían llegar los investigadores? Ahora bien, era preciso que la compañía de seguros no tuviera dónde cogerse.

Todos los demás detalles habían sido perfilados con el mismo cuidado exquisito. En dos años se tiene tiempo para reflexionar, para pesar los pros y los contras. No, no había nada que temer.

Las diez.

Ravinel se levantó a su vez, colocóse junto a Luciana, ante la ventana. La calle estaba vacía, reluciente. Cogió a su amante por el brazo.

—Es más de lo que puedo resistir. Se trata de los nervios. Cuando pienso…

—Pues no pienses.

Permanecieron inmóviles, el uno junto al otro, con el enorme silencio de la casa pesando sobre sus hombros y, detrás de ellos, el febril tictac del despertador. Los ventanillos del *Smoelen* flotaban como lunas blanquecinas, cada vez más pálidas. La niebla se iba espesando. La música del gramófono se hacía brumosa a su vez, se asemejaba a la gangosidad de un teléfono. Ravinel acababa por no saber ya si estaba vivo. Cuando era pequeño se imaginaba de esta manera el limbo: una larga espera en medio de la niebla. Una larga y aterrorizada espera. Cerraba los ojos y, siempre, tenía la impresión de que se caía. Era vertiginoso, terrible, y, sin embargo, bastante agradable. Su madre lo sacudía:

—¿Qué haces, tonto?

—Estoy jugando.

Abría los ojos, atontado, desencajado. Se sentía vagamente culpable. Más tarde, en el momento de su primera comunión, cuando el abate Jousseaume le había interrogado: «¿Ningún mal pensamiento? ¿Ninguna acción contra la pureza?», él había pensado inmediatamente en el juego de la niebla. Sí, ciertamente era algo impuro, prohibido, y, sin embargo, nunca había renunciado. El juego se había incluso perfeccionado con los años. Ravinel tenía la sensación de hacerse invisible, de evaporarse como una nube. El día en que había enterrado a su padre, por ejemplo… Aquel día había una niebla verdadera, tan densa, que el coche fúnebre parecía los restos de un naufragio que se hundiesen sin sacudidas a través de pegajosas espesuras. Se vivía ya en otro mundo… No era ni triste ni alegre… Una gran paz… El otro lado de una frontera prohibida.

—Las diez y veinte.

—¿Qué?

Ravinel volvió a encontrarse en una habitación mal iluminada, pobremente amueblada, junto a una mujer que llevaba un abrigo negro, que sacaba de su bolsillo un frasquito. ¡Luciana! ¡Mireya! Respiró profundamente y volvió a vivir.

—¡Vamos, Fernando! Despabílate. Trae el jarro.

Ella le hablaba como a un niño. Por eso precisamente amaba a la doctora Luciana

Mogard. Otro pensamiento extraño, desplazado. ¡La doctora era su amante! Había momentos en que esto le parecía casi increíble, monstruoso. Luciana vació el contenido del frasquito en el agua del jarro y agitó un poco la mezcla.

—Compruébalo tú mismo. Ningún olor.

Ravinel olfateó la garrafa. En efecto: ningún olor. La interrogó:

—¿Estás segura de que la dosis no es demasiado fuerte?

Luciana se encogió de hombros.

—Si se bebiese toda el agua, no digo que no. Y aun así y todo… Pero se contentará con uno o dos vasos. ¡Imagínate si conoceré los efectos! Se dormirá en seguida, puedes creerme.

—Y… en caso de autopsia, no se encontrará ninguna traza de…

—No se trata de un veneno, mi pobre Fernando. Es sólo un soporífero. Se digiere rápidamente… Ponte a la mesa. ¡Toma!

—Tal vez podríamos esperar un poco más.

Miraron el despertador. Las diez y veinticinco. El tren de París debía de estar cruzando la estación distribuidora de Blottereau. Al cabo de cinco minutos se detendría en la estación de Nantes. Mireya andaría aprisa. No necesitaría más de veinte minutos. Algo menos si cogía el tranvía hasta la plaza del Comercio.

Ravinel sé sentó, desenvolvió el jamón. Experimentó náuseas al ver aquella carne de color rosado enfermizo. Luciana le sirvió vino y echó una última ojeada a su alrededor. Pareció satisfecha.

—Ya es hora de que te deje… No te alteres; muéstrate natural y todo saldrá bien. Ya verás.

Apoyó las manos en los hombros de Ravinel y rozó su frente con un rápido beso. Lo miró de nuevo antes de abrir la puerta. Resueltamente, él cortó un pedazo de jamón y se puso a masticarlo. No oyó salir a Luciana, pero, por cierta calidad del silencio, supo que estaba solo y la angustia volvió a invadirlo. Era inútil que Ravinel repitiese sus ademanes de todos los días, desmigase el pan, tamborilease sobre el hule con la punta del cuchillo y contemplase distraídamente las hojas mecanografiadas:

Molinetes Luxor (10) .... 30.000 francos»
Botas, modelo «Sologne» (20 pares) .... 31.500»
Cuñas «Flexor» (6) .... 22.300»

Era incapaz de tragar un bocado. Un tren silbó a lo lejos, tal vez hacia el lado de Chantenay. Quizás hacia el puente de Vendée. Imposible estar seguro con aquella niebla. ¿Huir? Luciana debía de estar esperando en algún lugar del muelle. Era demasiado tarde. Nada podía salvar ya a Mireya.

¡Y todo por dos millones! Todo para satisfacer la ambición de Luciana, que quería

establecerse por su cuenta en Antibes. Los planos de la instalación estaban listos. Ella tenía un cerebro de negociante, semejante a un fichero ultra perfeccionado. Todos sus proyectos estaban ordenados impecablemente en su cabeza. Nunca se producía ni el menor error. Entrecerraba los ojos y murmuraba: «¡Cuidado, no nos confundamos!», y el mecanismo funcionaba, los engranajes giraban, la respuesta surgía completa, precisa. En tanto que él… Se confundía en sus cuentas, debía pasar horas ordenando y seleccionando sus papeles, sin saber ya quién había encargado cartuchos y quién los bambúes japoneses. Estaba harto de su profesión. Mientras que en Antibes…

Ravinel contemplaba el brillante jarro a través del cual su rebanada de pan se deformaba semejando una esponja… ¡Antibes! Una tienda elegante… En el escaparate, fusiles de aire comprimido para la pesca submarina, gafas, máscaras, escafandras ligeras… Una clientela de ricos aficionados… Y el mar enfrente, el sol… Sólo pensamientos ligeros, fáciles, de los que uno no puede avergonzarse. Terminadas las nieblas del Loira, del Vilaine… ¡Terminado el juego de la niebla! Otro hombre. Luciana lo había prometido. El porvenir aparecía en la bola de cristal. Ravinel se veía con unos pantalones de franela y una camisa deportiva. Estaba bronceado. Atraía las miradas…

El tren silbó casi bajo la ventana, y Ravinel se frotó los ojos y fue a levantar una punta del visillo. Era desde luego el *Paris-Quimper* que se dirigía hacia Redon tras una parada de cinco minutos. Mireya había viajado en uno de aquellos vagones iluminados que hacían correr por la calzada una hilera de grandes rectángulos claros. Había compartimientos vacíos, con encajes, espejos, fotografías por encima de los asientos. Había compartimientos llenos de marineros que comían. Las imágenes se sucedían, apenas reales, sin relación con Mireya. En el último compartimiento, un hombre dormía con un diario desdoblado sobre la cabeza. El furgón de cola desapareció, y Ravinel notó que la música había cesado a bordo del *Smoelen*. Ya no se veían los ventanillos. Mireya estaba sola, sin duda no muy lejos de allí, en la calle desierta, andando rápidamente sobre sus altos tacones. ¿Llevaría tal vez en su bolso un revólver, el que él le dejaba cuando salía de viaje? Pero ella no sabía utilizarlo. Y tampoco tendría motivo para hacerlo. Ravinel cogió la garrafa por el cuello, la levantó hacia la luz. El agua era límpida; la droga no había dejado ningún poso. Mojó el dedo, lo acercó a la lengua. El agua tenía un débil regusto. ¡Pero tan débil! Para notarlo había que saberlo.

Las diez y cuarenta.

Ravinel se obligó a comer algunos bocados de jamón. Ahora no se atrevía a moverse. Mireya debía sorprenderlo así, cenando en un extremo de la mesa, solo, triste, cansado.

Y de repente la oyó andar por la acera. Imposible equivocarse. Sus pasos eran casi imperceptibles. Sin embargo, los hubiese reconocido entre otros mil: un paso ligero,

desigual, entorpecido por la estrecha falda del traje sastre. La verja apenas chirrió. Luego, el silencio. Mireya atravesaba de puntillas el diminuto jardín, daba vuelta al pomo de la puerta. Ravinel se olvidaba de comer. Volvió a coger jamón. A su pesar, se mantenía un poco de lado en la silla. Tenía miedo de la puerta, que quedaba a su espalda. Mireya estaba ciertamente junto a ella, con la oreja pegada a la madera, espiando. Ravinel carraspeó, hizo chocar el gollete de la botella de vino contra el borde de su vaso, arrugó unos papeles. Si ella esperaba oír ruido de besos…

La puerta se abrió con fuerza, Ravinel se volvió.

—¿Tú?

Dentro de su traje sastre azul marino, con su abrigo de viaje completamente abierto, Mireya aparecía esbelta como un muchachito. Llevaba bajo el brazo su gran bolso negro marcado con sus dos iniciales: M. R., y retorcía los guantes entre sus delgados dedos. No miraba a su esposo, sino al aparador, las sillas, la ventana cerrada, luego el cubierto, la naranja en equilibrio sobre la caja del queso, el jarro. Avanzó dos pasos, levantó su velillo, sobre el que quedaban presas unas gotitas de agua, como en una tela de araña.

—¿Dónde está? ¿Quieres decirme dónde está ella?

Ravinel se levantó lentamente, con aire sorprendido.

—¿Quién?

—Esa mujer… Lo sé todo… Es inútil mentirme.

Maquinalmente, él adelantó su silla y, con los hombros algo inclinados y una arruga de sorpresa en la frente, las manos colgantes, con las palmas hacia arriba, se oyó decir:

—Mi pequeña Mireya… ¿Qué te ocurre? ¿Qué significa todo esto?

Entonces ella se dejó caer en la silla y con el rostro apoyado en su brazo doblado, sus cabellos rubios cayendo sobre el plato de jamón, se puso a sollozar. Y Ravinel, cogido de sorpresa, muy conmovido, le daba palmaditas en el hombro.

—¡Ea! ¡Ea! Cálmate, vamos. ¿Qué es esa historia sobre una mujer? Creías que te engañaba… ¡Mi pobre pequeña! Bueno, ven a verlo… ¡Sí, sí! Insisto. Después ya te explicarás…

La hacía levantarse, la sostenía por el talle, la obligaba a andar mientras ella lloraba con la cabeza apoyada en el pecho de él.

—Mira bien por todas partes. No tengas miedo.

Con el pie abrió la puerta del dormitorio y palpó para encontrar el interruptor. Hablaba en voz alta, con una especie de amistosidad burlona.

—Reconoces la habitación, ¿verdad? Sólo la cama y el armario. Nadie bajo el lecho, ni nadie en el armario. ¡Huele! Olfatea con más fuerza… Sí, huele a tabaco, porque fumo antes de dormirme. Pero es inútil que trates de descubrir un rastro de perfume. Ahora, el cuarto de baño… Y la cocina, sí, insisto.

Abrió la alacena. Mireya se enjugaba los ojos, empezaba a sonreír a través de sus lágrimas. Le hizo dar media vuelta y le cuchicheó junto a la oreja:

—¡Qué! ¿Convencida? ¡Chiquilla! En el fondo no me desagrada que seas celosa. Pero hacer un viaje así. ¡En noviembre! ¡Te habrán contado cosas horribles!

Habían regresado al comedor.

—¡Caramba! ¡Nos olvidábamos del garaje!

—Haces mal en burlarte —balbució Mireya.

Y, de nuevo, estuvo a punto de echarse a llorar.

—Bueno, ven *a* contarme ese gran drama. Acomódate en la butaca mientras yo enchufo el radiador. ¿Muy cansada? Ya noto que no puedes más. Por lo menos, ponte cómoda.

Acercó el radiador a las piernas de su esposa, la desembarazó de su sombrero y se sentó en el brazo de su butaca.

—Una carta anónima, ¿eh?

—¡Si sólo se tratase de una carta anónima! Es Luciana quien me ha escrito.

—¡Luciana…! ¿Tienes la carta?

—Ya lo creo.

Abrió el bolso y sacó un sobre. Él se lo arrancó de las manos.

—Es desde luego su escritura. ¡Caramba, qué raro!

—¡Oh! Y no ha tenido inconveniente en firmar.

Él fingió que leía. Se las sabía de memoria aquellas tres páginas que Luciana había escrito la antevíspera en su presencia: «… una mecanógrafa del "Crédit Lyonnais", una pelirroja muy joven, que va a verlo todas las noches. He vacilado mucho tiempo antes de decidirme a advertirte, pero…».

Ravinel andaba de un lado para otro, agitando las manos.

—¡Es inimaginable! Luciana debe haberse vuelto repentinamente loca…

Deslizó la carta en su bolsillo, con un ademán que quería ser maquinal, y consultó el despertador.

—Evidentemente es un poco tarde… y además, miércoles; ella debe de estar en el Hospital… ¡Lástima! Habríamos aclarado inmediatamente este embrollo. En todo caso, nada perdemos con esperar.

Se detuvo bruscamente y abrió los brazos en señal de perplejidad.

—Una mujer que se titula amiga nuestra… Que consideramos como de la familia… ¿Por qué? ¿Por qué?

Se sirvió un vaso de vino y lo bebió de un trago.

—¿Quieres comer algo? De todos modos, no es una razón que porque Luciana…

—No, gracias.

—Entonces, ¿un poco de vino?

—No. Sólo un vaso de agua.

—Como quieras.

Cogió el jarro, sin temblar, llenó el vaso y lo dejó ante Mireya.

—¿Y si alguien hubiese imitado su escritura, su firma?

—¡Vamos, vamos! La conozco demasiado bien. ¿Y este papel? En fin, la carta ha sido enviada desde aquí. Fíjate en el matasellos: Nantes. Fue depositada ayer. La he recibido por el correo de las cuatro. ¡Oh, qué sorpresa!

Se pasó el pañuelo por las mejillas y alargó la mano hacia el vaso.

—¡Ah! No he vacilado ni un momento.

—En eso te reconozco bien.

Ravinel le acarició suavemente el cabello.

—En el fondo, tal vez Luciana esté sencillamente celosa —murmuró—. Ve que estamos unidos… Hay personas que no pueden soportar la felicidad de los demás. Al fin y al cabo, ¿sabemos lo que ella piensa? Te cuidó admirablemente hace tres años. Oh, de eso no puede haber duda. Incluso puede afirmarse que te salvó la vida. Porque estabas bastante enferma, ¿sabes? Pero, en fin, su oficio es salvar a la gente. Y luego, tal vez se tratase de un caso de suerte. No todas las fiebres tifoideas son mortales.

—Sí, pero recuerda lo amable que fue… Hasta hizo que me llevaran a París en la ambulancia del hospital.

—¡De acuerdo! Pero ¿quién podría asegurar que ya desde entonces no pensara en interponerse entre nosotros? Ahora que medito en ello, me ha hecho algunas insinuaciones. Me sorprendía encontrármela tan a menudo… Oye, Mireya, ¿y si estuviese enamorada de mí?

Por primera vez, el rostro de Mireya se iluminó.

—¿De ti? —dijo—. ¿De un vejestorio? ¿Quién te crees que eres?

Bebió a pequeños sorbos, dejó el vaso vacío y, al ver a Ravinel muy pálido y con los ojos brillantes, agregó mientras le cogía la mano:

—¡No te enfades, cariño! He dicho eso para hacerte rabiar. ¡Ahora me tocaba a mí!

CAPÍTULO II

—Por supuesto, no habrás ido a contárselo a tu hermano…

—¡Figúrate! Hubiese tenido demasiada vergüenza. Aparte que apenas si he tenido tiempo para correr a la estación.

—En resumen, nadie está al corriente de tu viaje.

—Nadie. No tengo por qué dar explicaciones.

Ravinel alargó la mano hacia el jarro.

—¿Otro poquito de agua?

Llenó el vaso sin apresurarse, luego recogió las hojas mecanografiadas esparcidas por la mesa: *Maison Bláche el Lehuédé…* Durante un momento permaneció pensativo:

—No obstante, no se me ocurre otra explicación. Luciana quiere separarnos. Acuérdate… Ahora hace justamente un año, cuando pasó unos días en París. Confiesa que hubiese podido encontrar alojamiento en el hospital o en el hotel. Pero no. Quiso instalarse en nuestra casa.

—Para corresponder a todas las atenciones que había tenido conmigo, era imprescindible invitarla.

—No digo lo contrario. Pero ¿por qué se quedó tanto tiempo? Y por un poco más se hubiese puesto a mangonearlo todo. Tú acabaste obedeciéndola como si fueras una criada.

—Oh, vaya quién habla. ¿Acaso no te hacía bailar también a ti al son que quería?

—De todos modos, no era yo quien le cocinaba sus platos favoritos.

—No. Pero le escribías a máquina su correspondencia.

—Es una mujer extraña —dijo Ravinel—. ¿Qué puede proponerse al enviarte esta carta? Bien ha debido pensar que tú vendrías en seguida… y sabía que me encontrarías solo. ¿Entonces? Su falsedad se ponía inmediatamente en evidencia.

Mireya pareció alterarse y Ravinel experimentó un áspero placer. No podía aceptar que ella confiase más en Luciana que en él.

—¿Por qué? —murmuró Mireya—. Sí, ¿por qué…? Sin embargo, ella es buena.

—¡Buena…! Bien se ve que no la conoces.

—¡La conozco tan bien como tú!

—¡Mi pobre pequeña! Yo la he visto en su ambiente. Pero tú no tienes idea. Por ejemplo, sus enfermeras. Si supieses de qué manera las trata…

—¡No te creo!

Quiso levantarse, debió agarrarse al sillón; luego volvió a caer y se pasó el dorso de la mano por la frente.

—¿Qué te sucede?

—Nada… Un vahído.

—Sólo te faltaba eso. Si caes enferma… En todo caso, no será Luciana quien te cuidará.

Mireya bostezó y se recogió los cabellos con un ademán lánguido.

—Ayúdame, por favor, voy a tenderme un poco.

De repente me ha entrado un sueño terrible.

Ravinel la cogió por los sobacos. Ella estuvo a punto de caer de bruces y se agarró al borde de la mesa.

—¡Querida! ¡Mira que ponerte en este estado!

La llevó hacia el dormitorio. Las piernas de Mireya se doblaban, se le quedaban flácidas. Sus pies se arrastraron por el *parquet* y perdió un zapato. Ravinel, casi sin aliento, la dejó caer en la cama. Ella estaba lívida y parecía respirar con dificultad.

—Creo que… he hecho mal…

Su voz era un cuchicheo, pero sus ojos conservaban una pequeña llama de vida.

—¿No debías ver uno de estos días a Germán o a Marta? —preguntó Ravinel.

—No… Hasta la semana próxima, no.

Colocó el cubrecama por encima de las piernas de su mujer. Los ojos de Mireya no cesaban de mirarle. Unos ojos de repente angustiados, en el fondo de los cuales se adivinaba la oscura elaboración de un pensamiento a punto de desfallecer.

—¡Fernando!

—¿Qué más quieres? Descansa de una vez.

—… el vaso…

No valía la pena mentir. Ravinel quiso apartarse de la cama. Los ojos le seguían, implorantes.

—¡Duerme! —exclamó.

Los párpados de Mireya se movieron una vez, dos veces. No se vislumbraba más que un minúsculo punto de claridad en el centro de las pupilas, luego aquel brillo se apagó y los ojos se cerraron lentamente. Ravinel se pasó la mano por el rostro, con un ademán brusco, como un hombre que siente sobre la piel una telaraña. Mireya ya no se movía. Entre sus pintados labios aparecía la nacarada línea de los dientes.

Ravinel salió del dormitorio y avanzó a tientas por el vestíbulo. La cabeza le vacilaba un poco y tenía pegada a la retina la imagen de los ojos de Mireya, una imagen amarilla, tan pronto brillante como confusa, que se colocaba ante él en todas partes, como una mariposa de pesadilla.

Atravesó el jardincillo en tres zancadas. Empujó la verja que Mireya había dejado entreabierta y llamó a media voz:

—¡Luciana!

Ésta salió inmediatamente de entre las sombras.

—¡Ven! —dijo él—. Ya está hecho. Ella le precedió para entrar en la casa.

—Ocúpate de la bañera.

Pero él la siguió al dormitorio, al pasar recogió el zapato y lo colocó sobre la chimenea, en la que debió apoyarse. Luciana levantaba los párpados de Mireya uno tras de otro. Se veía el globo blanquecino del ojo, la pupila inerte y como pintada sobre la esclerótica. Y Ravinel, fascinado, no podía volver la cabeza. Sentía que cada gesto de Luciana penetraba en su memoria y se imprimía en ella como un tatuaje horrible. Había leído en revistas, artículos y reportajes sobre el suero de la verdad. Si la Policía… Tembló, unió las manos; luego, asustado por aquel suplicante ademán, las colocó a su espalda. Luciana examinaba con atención el pulso de Mireya. Sus dedos largos y nerviosos corrían a lo largo de la muñeca blanca como una ágil bestia que busca la arteria antes de picar o de morder. Se detuvieron, se juntaron. Luciana, sin moverse, ordenó:

—La bañera. ¡Aprisa!

Había adoptado su voz profesional de doctora, una voz un poco seca que tenía la costumbre de pronunciar frases indiscutibles, la voz que tranquilizaba a Ravinel cuando se quejaba del corazón. Se arrastró hasta el cuarto de baño, abrió el grifo y el agua crepitó con gran ruido contra el fondo de la bañera. Temeroso, lo cerró a medias.

—Y bien —gritó Luciana—, ¿qué es lo que no marcha?

Y como Ravinel no contestaba, ella se acercó hasta la puerta.

—El ruido —dijo él—. Vamos a despertarla.

Luciana ni se molestó en contestar, pero a manera de desafío abrió al máximo el grifo del agua fría, luego el del agua caliente. Después volvió al dormitorio. El agua subía lentamente en la bañera, un agua un poco verde, atravesada por burbujas, y un vaho ligero se formaba por encima de la superficie, se condensaba en gotitas bien redondas, apretadas las unas junto a las otras sobre las paredes de esmalte blanco, sobre la pared y hasta el estante de vidrio del lavabo. El espejo, empañado, sólo mostraba a Ravinel una silueta confusa, irreconocible. Tocó el agua, como si se hubiese tratado de un verdadero baño y, de repente, se enderezó, mientras las sienes le latían con fuerza. Una vez más, la verdad acababa de golpearle, pues era un verdadero golpe. Un golpe y al mismo tiempo una iluminación. Comprendía lo que estaba haciendo y temblaba de pies a cabeza… Afortunadamente, esta impresión no duró. Muy pronto dejó de comprender que él, Ravinel, era culpable. Mireya había bebido un soporífero. Una bañera se llenaba. Nada de esto se parecía a un crimen. Nada de esto era terrible. Había echado agua en un vaso, llevado a su mujer hasta la cama… Ademanes de todos los días. Mireya moriría, por así decir, por su propia culpa, como de una enfermedad contraída a causa de una imprudencia. No había ningún responsable. Nadie odiaba a aquella pobre Mireya. Era demasiado

insignificante… Y sin embargo, cuando Ravinel hubo regresado al dormitorio… Era una especie de sueño absurdo. Ya no estaba muy seguro de si no soñaba. No. No soñaba. El agua caía pesadamente en la bañera. El cuerpo seguía allí sobre la cama, y en la chimenea había un zapato de mujer. Luciana registraba tranquilamente el bolso de Mireya.

—¿Qué haces? —preguntó Ravinel.

—Busco su billete —explicó Luciana—. Supón que haya cogido uno de ida y vuelta. Hay que preverlo todo… ¿Y mi carta? ¿La has recuperado?

—Sí. La tengo en el bolsillo.

—Quémala. En seguida. Serías capaz de olvidarlo. Coge el cenicero que hay en la mesilla de noche.

Ravinel encendió una esquina del sobre con su encendedor y no dejó la carta hasta que las llamas le lamieron los dedos. El papel se torció en el cenicero, se contrajo, bordeado de un hilillo rojizo que parecía moverse.

—¿No ha hablado a nadie de este viaje?

—A nadie.

—¿Ni siquiera a Germán?

—No.

—Dame su zapato.

Ravinel cogió el zapato de la chimenea y se lo entregó; una especie de sollozo le hinchó la garganta.

Luciana calzó diestramente el pie de Mireya.

—El agua —ordenó—. Ya debe de haber bastante.

Ravinel andaba ahora como un sonámbulo.

Cerró los grifos y el brusco silencio lo atolondró. Vio el reflejo de su rostro, deformado por las ligeras ondulaciones. Un cráneo calvo, cejas espesas, tiesas, vagamente rojizas, y un bigote en forma de cepillo bajo la nariz irregular. El rostro de un hombre enérgico, casi brutal. Una sencilla máscara que acostumbraba engañar a la gente, que había engañado al propio Ravinel durante años, pero que ni por un segundo había confundido a Luciana.

—Date prisa —dijo ésta.

Èl se sobresaltó y regresó junto a la cama. Luciana había levantado el busto de Mireya y se esforzaba en quitarle el abrigo. La cabeza de Mireya se bamboleaba, doblándose ya sobre un hombro, ya sobre el otro.

—¡Sujétala!

Ravinel debió apretar los dientes, en tanto que Luciana, con precisión, hacía resbalar las mangas de la prenda.

—¡Enderézala!

Ravinel sujetaba a su esposa contra sí, en una especie de abrazo amoroso que lo

atemorizó. Volvió a dejarla caer sobre la almohada, se enjugó las manos, respiró pesadamente, Luciana doblaba el abrigo con esmero, lo llevaba al comedor, donde había quedado el sombrero de Mireya. Ravinel tuvo que sentarse. Había llegado el momento. Ahora era imposible pensar: «¡Aún hay tiempo para detenerse, para cambiar de opinión!» este pensamiento, en varias ocasiones, se le había presentado, lo había incluso alentado. Se había dicho que, tal vez, en el último momento… Siempre lo dejaba para más tarde, porque un acontecimiento que se imagina conserva una fluidez tranquilizadora. Se le puede dominar. No es auténtico. Esta vez, el acontecimiento estaba allí. Luciana regresó, palpó la mano de Ravinel.

—Esto no marcha… —murmuró él—. Sin embargo, hago lo que puedo.

—Yo la cogeré por los hombros —dijo ella—. Tú sólo tendrás que sostenerle las piernas.

Esto se convertía en una cuestión de amor propio. Casi de dignidad. Ravinel se decidió. Rodeó con sus dedos los tobillos de Mireya. Frases absurdas le cruzaban por la cabeza: «Te aseguro que no sentirás nada, mi pobre Mireya… Ya ves… Estoy obligado… Sin embargo, te juro que no te deseo ningún mal… Yo también estoy enfermo… Uno de estos días reventaré… Un síncope cardíaco». Sentía ganas de llorar. De un taconazo, Luciana abrió la puerta del cuarto de baño. Era vigorosa como un hombre y estaba acostumbrada a transportar enfermos.

—Apóyala en el borde… Así… Ya basta. Déjame hacer.

Ravinel retrocedió tan precipitadamente, que golpeó con el codo el estante de encima del lavabo y estuvo a punto de romper el vaso para lavarse los dientes. Luciana empujó primero las piernas de Mireya, luego dejó resbalar todo el cuerpo; saltaron unas salpicaduras que cayeron sobre el mosaico.

—Bueno —dijo Luciana—, date prisa… Ve a buscar los morillos de la chimenea. Los del comedor, sí.

Ravinel se alejó. «Ya está listo…, listo… Está muerta». Las palabras le golpeaban el cráneo. No conseguía andar derecho y bebió un gran vaso de vino cuando llegó al comedor. Un tren silbó bajo la ventana. El ómnibus de Rennes, sin duda… En los morillos había un poco de grasa. ¿Era preciso limpiarlos? Aunque nadie lo sabría nunca.

Cogió los morillos, se detuvo en el dormitorio, sin atreverse a avanzar más. Luciana estaba inclinada sobre la bañera, inmóvil. No se veía su brazo izquierdo, que permanecía sumergido en el agua.

—Déjalos ahí —ordenó ella.

Ravinel no reconoció su voz. Abandonó los morillos junto a la puerta del cuarto de baño y Luciana se agachó, los cogió uno tras otro con la mano libre. Pese a su turbación, no hacía ningún ademán inútil. Los morillos iban a mantener como un lastre, el cadáver en el fondo del agua. Ravinel, con pasos vacilantes, se acercó a la

cama, hundió la cabeza en la almohada y dejó estallar su congoja. Ante sus ojos, desfilaban las imágenes de otros tiempos: Mireya visitando la casita de Enghien: «Pondremos la radio en el dormitorio, ¿verdad, cariño?». Mireya palmoteando cuando él compró el coche: «Podríamos incluso dormir en él; es bastante grande», y también otras imágenes, algo menos límpidas: una barca con motor, en Antibes, un jardín lleno de flores, una palmera…

Luciana hacía correr el agua en el lavabo. Luego Ravinel oyó el tintineo de la botella del agua de Colonia. Ella se limpiaba las manos, los brazos, metódicamente, como después de una operación. ¡De todos modos, Luciana había tenido miedo! Las teorías son muy bonitas. Se finge menospreciar la vida humana. Se exponen opiniones atrevidas. Quien persigue un propósito… Sí, desde luego. Pero cuando la muerte está allí, incluso la muerte dulce, la eutanasia, como ella dice, pues bien, las cosas son distintas. No, no olvidaría la mirada de Luciana en el momento en el momento que recogía los morillos, una mirada turbada, extraviada… Una mirada que tranquilizó a Ravinel. Ahora eran cómplices. Ella no podría dejarlo. Al cabo de unos meses, se casarían. En fin, eso estaba por ver. No habían adoptado ninguna decisión definitiva.

Ravinel se secó los ojos, sorprendido al comprobar que había llorado tanto. Se sentó en la cama.

—¿Luciana?

—¿Qué hay?

Ella había vuelto a hallar su voz habitual. En aquel momento él hubiese jurado que Luciana se empolvaba y se ponía un poco de carmín en los labios.

—¿Y si terminásemos esta noche?

De repente, ella salió del cuarto de baño, con la barrita de carmín en los dedos.

—¿Y si nos la llevásemos? —prosiguió Ravinel.

—Oh, ya vuelves a perder la cabeza. Entonces no hubiese valido la pena de preparar un plan semejante.

—Tengo tanta prisa de que… todo haya terminado.

Luciana echó una última ojeada a la bañera. Apagó la luz y cerró la puerta muy suavemente.

—¿Y tu coartada…? La Policía puede muy bien sospechar de ti, y sobre todo la compañía de seguros. Es preciso que haya testigos que te vean esta noche. Y mañana… y pasado.

—Desde luego —dijo él, abrumado.

—¡Vamos! Cariño mío, lo más difícil ya ha pasado. No irás a flaquear ahora.

Le acarició las mejillas. Sus dedos olían a agua de Colonia. Ravinel se levantó y se apoyó en el hombro de su amiga.

—Tienes razón. Así, pues, no volveré a verte antes del… viernes.

—Por desdicha. Bien lo sabes…, tengo el hospital… Y además, ¿dónde nos encontraríamos? Aquí no, desde luego.

—¡Oh, no!

Habló literalmente a gritos.

—Hazte cargo… No es el momento más oportuno para que nos vean juntos. Sería estúpido comprometerlo todo por una chiquillada.

—Entonces, ¿hasta pasado mañana a las ocho?

—A las ocho, en el muelle de l’Île-Gloriette, según lo acordado. Esperemos que la noche sea oscura, como hoy.

Fue a buscar los zapatos y la corbata de Ravinel y le ayudó a ponerse el abrigo.

—¿Qué vas a hacer durante estos dos días, Fernando?

—No lo sé.

—Aún deben de quedarte algunos clientes que visitar por estos alrededores.

—Oh, en cuanto a eso, siempre los tengo.

—¿Tú maleta está en el auto? ¿Tu maquinilla de afeitar? ¿El cepillo de dientes?

—Sí. Todo está listo.

—Entonces, larguémonos. Me dejarás en la plaza del Comercio.

Luciana cerró tranquilamente las puertas, dio dos vueltas con llave a la cancela mientras él iba a abrir el garaje. Los faroles parecían brillar a través de unas telas. La niebla era tibia; olía a moho. Un motor ronroneaba en algún sitio, hacia el lado del río, un «Diesel» que tenía fallos. Luciana montó en la camioneta, al lado de Ravinel, que manejaba nerviosamente el cambio de marchas. Dejó el vehículo de cualquier modo, junto a la acera, bajó la puerta ondulada del garaje, manipuló la cerradura; luego, alzando la cabeza, miró la casa y se subió el cuello del abrigo.

—¡En marcha!

El auto avanzó pesadamente, cortando una sustancia blanduzca que se apartaba en forma de velos amarillentos, se pegaba al parabrisas, pese a los movimientos de los limpiadores. Se cruzaron con una locomotora que desapareció en seguida, formando en la bruma una avenida más clara en la que brillaron los rieles, los desvíos.

—Nadie me verá bajar —cuchicheó Luciana.

Un farol rojo les indicó el edificio de la Bolsa y al mismo tiempo distinguieron las luces de los tranvías alineados alrededor de la plaza del Comercio.

—Déjame aquí.

Luciana se inclinó y besó a Ravinel en la sien.

—Nada de imprudencias. Ten mucha calma. Te consta que era inevitable, cariño.

Cerró de golpe la portezuela y se hundió en el muro grisáceo en el que su paso hizo nacer lentas volutas de humo. Ravinel se quedó solo, con las manos crispadas sobre el volante. Entonces tuvo la certidumbre de que aquella niebla… ¡No! No era una casualidad, aquella niebla tenía un significado preciso. Él, Ravinel, estaba allí, en

aquella caja de metal, como en el umbral del juicio postrero… Ravinel… Un pobre diablo que en el fondo no era malo. Se veía con sus gruesas y frondosas cejas… Fernando Ravinel…, atravesando la existencia con las manos extendidas, como un ciego… ¡Siempre la niebla…! Apenas algunas siluetas entrevistas…, siluetas engañosas… Mireya… Y el sol no surgía nunca. Estaba seguro. No escaparía de aquel país sin fronteras. Un alma en pena. ¡Un fantasma! No era la primera vez que esta idea atormentaba a Ravinel. ¿Y si, pese a todo, no era más que un fantasma?

Embragó, dio la vuelta a la plaza en primera. Detrás de los cristales empañados de los cafés se distinguían sombras chinescas, una nariz, una gran pipa, una mano abierta que, bruscamente, aumentaba de volumen, se asemejaba a una rotura, y luces, luces… Ravinel tenía necesidad de ver luces, de llenar de luz aquel envoltorio de carne, de repente demasiado grande para él. Se detuvo ante la «Cervecería de la Fosse», franqueó la puerta giratoria siguiendo los pasos de una muchacha alta y rubia, que se reía. Se encontró envuelto en otra humareda, la de las pipas y los cigarrillos, que se esparcía entre los rostros, se aferraba a las botellas que un camarero paseaba sobre una bandeja. Las cabezas se alzaban. Los dedos chasqueaban.

—¡Fermín! ¿Y mi aguardiente?

Las monedas tintineaban en el mostrador, sobre las mesas, y una máquina registradora trituraba cifras entre el tumulto de los encargos.

—¡Y tres cafés, tres!

Las bolas rodaban sobre el billar, entrechocaban con un ruido discreto. ¡El ruido! El ruido de la vida. Ravinel se dejó caer en la esquina de una banqueta, y relajó todos sus músculos.

«Ya he llegado», pensó.

Tenía las manos ante su vista, sobre el velador, junto al cenicero cuadrado que llevaba en cada uno de sus lados la palabra *Byrrh* en letras oscuras.

Era agradable al tacto.

—¿Qué tomará el señor?

El camarero se inclinaba con una deferencia llena de cordialidad. Entonces, Ravinel tuvo una inspiración.

—Un ponche, Fermín —dijo—. ¡Un ponche bien grande!

—Bien, señor.

Ravinel olvidaba lentamente la noche y la casa de allá abajo. Tenía calor. Fumaba un cigarrillo que olía bien. El camarero actuaba con movimientos cuidadosos y glotones. El azúcar, el ron… Y muy pronto el licor ardía. Una hermosa llama que parecía nacer espontáneamente en el aire, por encima del líquido. Una llama al principio azul, luego anaranjada, con temblores y pequeños rastros de color de fuego. Los ojos se animaban. Ravinel recordó un calendario que había contemplado largamente cuando era pequeño: una negra arrodillada en un bosquecillo de árboles

exóticos, junto a una playa dorada que bañaba un mar azul. Volvía a encontrar las mismas tonalidades exaltadas en la llama del ponche. Y cuando bebió trago a trago el ardiente brebaje, fue como si vertiese oro en su interior, como un sol tranquilo que rechazaba los temores, los escrúpulos, la angustia. Él también tenía derecho a vivir plenamente, poderosamente, sin rendir cuentas a nadie. Se sentía liberado de algo que le ahogaba desde hacía tiempo. Por primera vez miró sin temor al otro Ravinel, al que se le enfrentaba desde el espejo. Treinta y ocho años. Un rostro de viejo y sin embargo todavía no había empezado a vivir. Era contemporáneo del chiquillo que contemplaba a la negra y al mar azul. Pero aún no era demasiado tarde.

—¡Fermín! ¡Otro! Y una guía de ferrocarriles.

—Bien, señor.

Ravinel sacó del bolsillo una tarjeta postal. Naturalmente, era Luciana quien había tenido aquella idea de enviar unas palabras a Mireya. *«Llegare el sábado por la mañana…»* Sacudió su estilográfica. El camarero regresaba.

—Dime, Fermín. ¿A cuánto estamos hoy?

—Pues… a cuatro, señor.

—A cuatro… ¡Es verdad! A cuatro. Y eso que lo he estado escribiendo todo el día. ¿No tendrías por casualidad un sello?

La guía estaba grasienta, manchada por las esquinas. Pero Ravinel ya no era sensible a tales detalles. Buscó el cuadro de los trenes que iban al Mediterráneo. Evidentemente, saldrían de París. ¡Y por tren! ¡Ni hablar de la camioneta! Estaba fascinado con los nombres que su dedo descubría: Dijon, Lyon, todas las ciudades del valle del Ródano… Número 35 *—Riviera-Express - Primera y segunda clase - Antibes—* 7,44… Había rápidos, como aquél que llegaba hasta Ventimiglia, oíros que pasaban directamente a Italia por Módena. Había trenes con vagón restaurante, otros con coches-camas… Los largos coches-camas azules… Los veía en la humareda de sus cigarrillos. Imaginaba su lento balanceo y la noche en las portezuelas, una noche clara, llena de estrellas, una noche a la que puede mirarse de frente.

El alcohol le llenaba la boca de un gusto de caramelo. En su cabeza había como un rumor de viaje. La puerta giratoria hacía dar vueltas a ramilletes de luz.

—Vamos a cerrar, señor.

Ravinel echa a su vez dinero sobre el velador, desprecia el cambio. Con un ademán, aparta a Fermín, aparta a la cajera, que lo está mirando, aparta el pasado. La puerta lo engulle, lo lanza a la acera. Vacila, se apoya un instante en la pared. Sus pensamientos se oscurecen. Una palabra le acude a los labios, sin motivo: *Tipperary*. No sabe lo que quiere decir *Tipperary*. Sonríe con cansancio.

CAPÍTULO III

¡Nada más que un día y medio! ¡Sólo un día! Y ahora, Ravinel va a contar por horas. Había temido que esta espera sería terrible. No. No lo es. Pero, en un sentido, tal vez sea peor. Es interminable y monótona. El tiempo ha perdido su ritmo. El prisionero condenado a cinco años debe experimentar al principio un sentimiento parecido. Y el prisionero condenado a cadena perpetua… Ravinel rechaza este pensamiento que zumba obstinadamente en su cerebro, como una mosca atraída por la podredumbre.

Bebe. Mas no para hacerse notar. No para emborracharse. Sólo para modificar la cadencia de su vida. Entre dos vasos de aguardiente, uno se da cuenta de que ha transcurrido mucho tiempo, sin que se sepa cómo. Uno medita en detalles minúsculos. Por ejemplo: el hotel en que ha debido dormir la víspera. Mala cama. Café infecto. Gentes que van y vienen sin cesar. Trenes que silban. Hubiese sido preciso dejar Nantes, darse una vuelta por Redon, por Anceny. Pero imposible marcharse. Tal vez porque el despertar va unido a una lucidez aguda, descorazonadora. Uno calcula las probabilidades. Parecen tan mínimas que verdaderamente no vale la pena de luchar. Hacia las diez, de repente, la confianza retorna. Es como una luz nueva que ilumina con extrañeza las razones de dudar y las convierte en razones para confiar. Entonces, valerosamente, se empuja la puerta del «Café Français». Uno se enfrenta con los amigos. Siempre están allí, dos o tres, tomando café y copa.

—¡Ese viejo Fernando!

—Pero, oye, ¡qué mala cara tienes!

Hay que sentarse entre ellos, sonreír. Afortunadamente, aceptan la primera explicación que se les da. Mentir es muy fácil. Basta explicar que se ha tenido dolor de muelas, que uno se ha atontado a fuerza de analgésicos.

—Yo —dice Tamisier—, el año pasado tuve una muela del juicio… «Si hubiese continuado, creo que me habría arrojado al agua, tan grande era el sufrimiento».

Es curioso, incluso reflexiones como ésa uno las acoge sin pestañear. Uno se persuade de que tiene dolor de muelas y todo ocurre como si verdaderamente lo tuviese. Ya la otra noche, con Mireya… La otra noche era… ¡Dios mío! Era ayer… ¿Es que uno miente? ¡No! Es mucho más complicado que eso. Uno se convierte bruscamente en el hombre de otra vida, como un actor. Sólo que el actor, una vez caído el telón, deja de confundirse con sus personajes. En tanto que para algunos… imposible saber quién es el hombre y quién es el personaje.

—Oye, Ravinel, ¿es importante el nuevo molinete «Rotor»? He visto el anuncio en la *Pesca Ilustrada*.

—No está mal. Sobre todo para pescar en el mar.

Una mañana de noviembre, con un sol blanco al fondo de la niebla y aceras mojadas. De vez en cuando, en el mismo ángulo del café, un tranvía toma la curva y sus ruedas chirrían sobre los rieles con un sonido agudo, prolongado, no desagradable.

—¿Qué tal por tu casa?

—Bien.

Y tampoco esta vez ha mentido. Resulta un poco alucinante este desdoblamiento.

—Extraña vida —observa Belloeil—. ¡Siempre viajando! ¿Nunca has sentido deseos de coger la región parisiense?

—No. Ante todo, la región de París está reservada a los viajantes más antiguos. Y además, aquí mi cifra de ventas es mucho más interesante.

—Siempre me he preguntado por qué has escogido esta profesión —comenta Tamisier—. ¡Con tu instrucción!

Y explica a Belloeil que Ravinel es licenciado en derecho. ¿Cómo hacerles comprender lo que uno mismo no ha acabado de aclarar? El atractivo del agua…

Han transcurrido las horas. Por la tarde, el cine. Por la noche, el cine. Luego otro hotel, éste demasiado tranquilo. Presencia obsesionante de Mireya. No de Mireya en la bañera, sino de Mireya en Enghien. Una Mireya bien viva, a la que de buena gana hubiese explicado sus temores. «¿Qué harías tú, Mireya, en mi lugar?». Obligado a comprender que la ama todavía, o más bien que empieza a amarla tímidamente. ¡Es grotesco! Es odioso hasta el infinito, y sin embargo…

—¡Caramba! Pero… si es Ravinel.

—¿Qué?

Son dos los que se detienen ante él. Cadiou y otro, uno alto y delgado, con una chaqueta de piel, que lo mira fijamente, como si…

—Te presento a Larmingeat —dice Cadiou.

¡Larmingeat! Ravinel ha conocido bien a Larmingeat en otra época, un muchachito con delantal negro que le explicaba sus problemas. Se observan. Larmingeat alarga la mano el primero.

—¡Fernando! Vaya sorpresa… Caramba, si hace por lo menos veinticinco años…

Cadiou da unas palmadas.

—¡Tres coñacs!

A pesar de todo, se produce un instante de incomodidad. ¿Larmingeat, ese tipo alto de nariz aguileña y ojos fríos?

—¿Qué es de tu vida? —pregunta Ravinel.

—Soy arquitecto… ¿Y tú?

—¡Oh! Yo, representante de comercio.

Esto establece inmediatamente una distancia. Larmingeat le mira de reojo, se

dirige a Cadiou.

—Fuimos juntos a la escuela en Brest. Creo recordar que pasamos a la vez el examen de Estado… ¡Qué lejos queda todo eso!

Calienta su coñac con la palma de las manos, vuelve a dirigirse a Ravinel.

—¿Y tus padres?

—Han muerto.

Larmingeat suspira y explica en obsequio de Cadiou:

—Su padre era profesor en el instituto. Me parece aún verlo, con su paraguas y su cartera. No sonreía a menudo.

No. No sonreía a menudo. Estaba tuberculoso. Pero eso, Larmingeat no tiene necesidad de saberlo. No hablemos de ese padre siempre de negro, apodado *Sardina* por los chicos del instituto. En el fondo, es él quien ha hecho que Ravinel aborrezca los estudios. De tanto repetir: «Cuando yo no esté ya aquí… Cuando ya no me tengas…». Y era preciso trabajar, trabajar… En la mesa, dejaba de comer; examinaba a su hijo con atención. «Fernando, ¿la fecha de Campo-Formio…? ¿La fórmula del butano…? ¿La concordancia de los tiempos en latín?». Era un hombre preciso, minucioso, que todo lo ponía en fichas. Para él, la Geografía era una lista de ciudades, la Historia una lista de fechas, el hombre una lista de nombres de huesos y de nervios. A Ravinel le entran aún unos sudores fríos cuando piensa en su bachillerato. Y a menudo nombres extraños le vuelven a la memoria, como briznas de una pesadilla: Pointe-á-Pitre…, cretáceo…, monocotiledónea… No se es impunemente hijo de *el Sardina*. ¿Qué diría Larmingeat si Ravinel le confesase que ha rogado para que su padre muriese, que ha acechado todos los síntomas de su próximo fin? ¡Ah! Está bien empollado en medicina. Sabe lo que significa un poco de espuma en la comisura de los labios, una cierta manera de toser durante la noche. Sabe también lo que significa ser el hijo de un enfermo. Temblar siempre por su salud, vigilar su temperatura en los cambios de estación. Como decía su madre: «En nuestra casa pocos llegan a viejos». Ella murió algunos meses después que su marido, sin alboroto, agotada por los cálculos y las economías. Como Ravinel era hijo único, a pesar de su edad tuvo la impresión de ser un huérfano. Y ha seguido siéndolo. Algo en su interior no ha conseguido desarrollarse y siempre se sobresalta cuando una puerta se cierra de golpe o cuando alguien lo llama de improviso. Teme las preguntas a quemarropa. Nadie le pregunta ya por la fecha de Campo-Formio, evidentemente, pero continúa teniendo miedo de no saber qué contestar, de ignorar un dato esencial. Y en efecto, le ha sucedido olvidar su número de teléfono o la matrícula de su vehículo. Un día olvidará su nombre. No será ya hijo, ni marido, ni nada… Un hombre entre los otros y, ese día, quién sabe, tal vez sea feliz, con una felicidad prohibida.

—¿Recuerdas nuestros paseos a la punta de los Españoles?

Ravinel vuelve lentamente a la superficie. ¡Ah! Sí, Larmingeat.

—Me hubiese gustado conocer a Ravinel en aquella época —dice Cadiou—. Imagino que sería un tipo duro, ¿verdad?

—¿Un tipo duro?

Larmingeat y Ravinel se miran. Sonríen a la vez y es como si acabasen de sellar un pacto. Porque Cadiou no podría comprender…

—Un tipo duro, sí, desde luego —asiente Larmingeat, quien interroga—: ¿Estás casado?

Ravinel mira su alianza y se ruboriza.

—Sí. Vivimos en Enghien, junto *a* París.

—Conozco aquello.

Se producen baches en la conversación. Hay tiempo de sobra para examinarse. Larmingeat lleva también una alianza. A veces se seca los ojos porque no tiene la costumbre de beber alcohol. Podría interrogarlo, mas ¿para qué? La vida de los demás nunca le ha interesado a Ravinel.

—¿Marcha bien la reconstrucción? —pregunta Cadiou.

—No va mal —responde Larmingeat.

—¿Qué costará una planta baja mediana pero confortable?

—Eso depende. Cuatro habitaciones y cuarto de baño, alrededor de los dos millones. Naturalmente, me refiero a un cuarto de baño de lo más moderno.

Ravinel llama al camarero.

—Tomemos otra ronda —responde Cadiou.

—No. Tengo una cita. Discúlpame, Larmingeat.

Estrecha unas manos fláccidas. Larmingeat adopta un aire un poco frío. Desde luego, no quiere mostrarse indiscreto.

—Bien mirado —gruñe Cadiou—, hubieses podido almorzar con nosotros.

—En otra ocasión.

—Cuento con ello. Te enseñaré el terreno que acabo de comprar en el puente de Cens.

Ravinel se va con pasos rápidos. Se reprocha su falta de sangre fría, pero ¿qué culpa tiene él de ser sensible hasta lo absurdo? ¿Es que otro en su lugar…?

Transcurren las horas. Conduce su camioneta a la estación de servicios de Erdre Engrase. Pleno de carburante. Por precaución, hace llenar dos latas adicionales. Luego se dirige a la plaza del Comercio, pasa frente a la Bolsa, cruza la explanada de la isla Joliette. Ve el puerto a su izquierda, las luces de un mercante que se aleja, el Loira, lleno de reflejos. Nunca se ha sentido tan próximo a las cosas, tan liberado de sí mismo y, sin embargo, su pecho se crispa dolorosamente, sus nervios se tensan para soportar la prueba inminente. Desfila un interminable tren de mercancías. Ravinel cuenta los vagones. Treinta y uno. Luciana ha debido salir del hospital. La

dejará terminar el trabajo. Al fin y al cabo, es ella quien lo ha combinado todo. ¡Ah! ¡La tela encerada! Sabe que está detrás de él, doblada en un ángulo de la camioneta, y, no obstante, se vuelve para mirarla. Una tela encerada «California» lo que él presenta como muestra pura el material de *camping*. Cuando se endereza, distingue a Luciana que llega sin ruido, con sus suelas de crepé.

—Buenas noches, Fernando… ¿Qué tal? ¿Te sientes cansado?

Incluso antes de abrir la portezuela se ha quitado los guantes para palpar la mano de Ravinel. Hace una mueca.

—Me das la impresión de que estás muy nervioso… Y noto que has bebido.

—Era inevitable —gruñe él mientras tira del botón de arranque—. Tú misma me has recomendado que me dejase ver.

El auto sigue el muelle de la Fosse. Es la hora de la desbandada. Docenas de lucecillas redondas, zigzagueantes, se cruzan en la noche: los ciclistas. Hay que ir con los ojos bien abiertos, pero Ravinel, si no es un mecánico muy bueno, sabe conducir con habilidad. Se desliza diestramente. Más allá del transbordador, la circulación es mucho más fácil.

—Dame las llaves —murmura Luciana.

Ravinel maniobra, hace marcha atrás, y ella cierra la puerta del garaje. Ravinel se bebería de buena gana un coñac.

—La tela encerada —pide Luciana.

Abre la otra puerta, la del fondo. Escucha. Luego asciende los dos escalones, entra en la casa mientras Ravinel saca la tela, la despliega, la enrolla. Y de repente oye el ruido que temía… El agua… El agua que se vacía de la bañera… El tubo de desagüe pasa por el garaje. En varias ocasiones ha visto personas ahogadas. En su profesión se circula mucho a lo largo de los ríos. No resulta un bonito espectáculo un ahogado. Aparece negro, hinchado por todas partes. La piel estalla bajo él bichero… Asciende los dos escalones. Allá, al fondo de la casa silenciosa, la bañera se vacía con hipos, con gorgoteos… Ravinel se mete por el corredor, se detiene en el umbral del dormitorio. La puerta del cuarto de baño está abierta. Luciana se halla inclinada sobre la bañera, de la que se escapa un último gorgoteo. Está mirando alguna cosa… La tela encerada cae, Ravinel no sabe si la ha soltado, si ha resbalado… Da media vuelta, entra en el comedor. El litro de vino sigue sobre la mesa, al lado del jarro. Bebe de la botella hasta que pierde el aliento. ¡Qué caramba! Bien hay que decidirse. Retrocede, recoge la tela.

—Extiéndela bien llana —ordena Luciana—. ¿Qué?

—La tela encerada.

Ostenta un rostro duro, implacable, que él no le conocía aún. Ravinel desenrolla el tejido impermeable. Forma una inmensa alfombra verdosa, demasiado grande para el cuarto de baño.

—¿Qué hay? —cuchichea Ravinel. Luciana se ha quitado el abrigo, se ha remangado la blusa.

—¿Qué hay? —repite Ravinel.

—¡Imagínate! —dice ella—. Después de cuarenta y ocho horas…

¡Extraño poder de las palabras! Ravinel siente bruscamente frío. Tiene frío por Mireya. Quiere ver. Se inclina sobre la bañera como un hombre presa del vértigo. Descubre la falda pegada a las piernas, los brazos doblados, las manos apretadas alrededor de la garganta… ¡Ah! La angustia. Cierra la portezuela de golpe, embraga. Conduce en dirección a la estación, escoge las calles mal iluminadas, llega a la del General Buat. La camioneta se balancea sobre el adoquinado, adelanta tranvías traqueteantes.

—¡No hay necesidad de ir tan aprisa! —recomienda Luciana.

Pero Ravinel tiene deseos de abandonar la ciudad, de rodar por la campiña oscura. Los surtidores de gasolina, rojos, blancos, desfilan… Los barrios obreros… Las paredes de las fábricas. Al extremo de una avenida las barreras de un paso a nivel se bajan despidiendo destellos. Es ahora cuando el miedo asciende, asciende. Ravinel se detiene detrás de un camión, apaga sus faros.

—Por lo menos, respeta el código.

¿Es, pues, de madera, esta mujer? El tren pasa, un tren de carga remolcado por una vieja locomotora cuyo hogar incendia la noche. El camión arranca. El camino está libre. Ravinel rezaría si no hubiese olvidado todas las oraciones.

CAPÍTULO IV

Ravinel viaja a menudo de noche. Por gusto… Se está solo. Uno se hunde en la oscuridad a toda marcha. No hay que frenar mientras se atraviesa los pueblos. Los faros iluminan extrañamente la carretera, que parece un canal recorrido por una ligera ondulación. Se tiene la impresión de ir en canoa. Y luego, de repente, la de deslizarse por un tobogán: los postes blancos que balizan las curvas desfilan vertiginosamente, con resplandores de piedras preciosas… Uno dirige, casi a su gusto, una fantasía turbadora; uno se convierte en una especie de mago que, con la punta de su varita, roza objetos informes en el fondo de un horizonte incierto y saca al vuelo guirnaldas de fuego, resplandores descoloridos, ramilletes de estrellas, de soles. Uno sueña. Sale lentamente de la propia piel. No se es más que un alma a la deriva, que rueda por el mundo dormido. Calles, praderas, iglesias, estaciones que se deslizan sin ruido, se desvanecen. ¿Tal vez no han existido nunca? Se es el dueño de las formas. Basta con acelerar: no se ven más que líneas horizontales, flexibles, que silban en los cristales como en las paredes de un túnel. Pero si el pie fatigado se levanta, es otra decoración, igualmente irreal, un rosario de imágenes de las que algunas permanecen en la retina, pegadas por la velocidad, como esas hojas que se adhieren al radiador o parabrisas: un pozo, una carreta, la casita de un guardabarreras o los brillantes frascos de una farmacia. Ravinel ama la noche. Angers se aleja; en el retrovisor ya no es más que una constelación de luces animada de un lento movimiento de rotación que la hace salir poco a poco del espejo. La carretera está desierta. Luciana permanece silenciosa, con las manos metidas en las mangas, la barbilla hundida en el cuello de su abrigo. Ravinel va a una velocidad moderada desde que ha salido de Mantés. Toma suavemente las curvas. Siente pena por el cuerpo, atrás, que los baches deben sacudir. No tiene necesidad de consultar el velocímetro. Sabe que circula a una media de cincuenta por hora. A esta marcha llegará a Enghien antes de que amanezca, según lo previsto. ¡Si todo sale bien…! El motor ha tenido unas toses hace un rato, durante el cruce de Angers. Un golpe de acelerador y todo se ha puesto en orden. ¡Qué estúpido ha sido de no haber hecho limpiar el carburador! Una avería esta noche los dejaría bien arreglados. No hay que distraerse. Es preciso vigilar el motor. Son como aviadores por encima del Atlántico. La avería significa…

Ravinel cierra los ojos un segundo. Hay pensamientos que atraen la mala suerte. Allá a lo lejos, una luz roja. Es un camión. Escupe una espesa humareda de aceite pesado. Se aparta a medias, dejando a la izquierda un paso estrecho por el que deben meterse, fiándose del azar. Ravinel vuelve al centro, siente que está plenamente iluminado por los faros del camión. Desde su cabina, el chófer debe distinguir el

interior del vehículo. Ravinel acelera, y el motor vacila un poco. Seguramente hay polvo en el inyector. Luciana no sospecha nada. Está somnolienta. Ella no es sensible a todo lo que conmueve a Ravinel. Es curioso lo poco femenina que es Incluso cuando ama. ¿Cómo ha podido convertirse en su amante? ¿Quién de los dos ha escogido al otro? Al principio, parecía no verlo. Sólo se interesaba por Mireya. La trataba mucho menos como clienta que como camarada. Mireya tenía la misma edad que ella… ¿Comprendió que el matrimonio no era muy sólido? ¿Cedió a un impulso brusco? Pero él sabe de sobra que dista de ser guapo. Tampoco es espiritual. Como amante, es más bien mediocre. Jamás se hubiese atrevido a tocar a Luciana… Luciana pertenece a otro universo, distinguido, refinado, culto. El universo que su padre, el pequeño profesor del instituto de Brest, miraba desde lejos, con ojos de pobre. Durante algunas semanas, Ravinel ha creído que era un capricho de mujer. ¡Extraño capricho…! Breves contactos, a veces en una cama de consulta, al lado de la mesa de vidrio cubierta de instrumentos niquelados, tapados con gasas. Y en algunas ocasiones Luciana le tomaba la tensión, después, pues le inspiraba miedo su corazón. Ella temía… No. Ni siquiera eso era seguro. Pues si a menudo lo rodeaba de cuidados y parecía verdaderamente inquieta, también a veces se desembarazaba de él con una sonrisa: «No, cariño, le aseguro que no es nada». Esta incertidumbre había terminado por desquiciarlo completamente. Lo más probable… «¡Cuidado! Este cruce es malo…». Lo más probable es que desde el primer día ella hubiese mirado a lo lejos… Muy lejos. Le era necesario un cómplice. Desde el principio, desde la primera mirada, fueron cómplices… El amor no cuenta mucho, el amor tal como se le entiende normalmente… Lo que los une no es el capricho, es algo más profundo que afecta un dominio tenebroso del espíritu. ¿Es el dinero, sólo el dinero lo que atrae a Luciana? Más bien el poder que da el dinero, la autoridad, el derecho a mandar. Ella necesita reinar. Por eso él se ha sometido en seguida. Pero esto no es todo. Hay también en Luciana una especie de inquietud. Es algo fugitivo, apenas si se siente, y sin embargo no hay manera de equivocarse. La inquietud de un ser que está en falso, no del todo normal… He aquí por qué se han encontrado. Pues él tampoco es normal, normal a la manera de Larmingeat, por ejemplo. Vive como los otros, entre los otros, pasa incluso por ser un excelente representante, pero es una apariencia… «¡Condenada cuesta! Decididamente este motor no va bien…» ¿Qué estaba diciendo…? Sí, vivo en el lindero, como un evadido que trata de encontrar su hogar. Y ella también busca, sufre, carece de algo. A veces parece aferrarse a mí como si estuviese aterrorizada. A veces me mira como si se preguntase quién soy yo. ¿Podremos vivir juntos alguna vez? ¿Es que deseo vivir con ella?».

Frenazo. Dos faros deslumbradores. Un vehículo pasa con un latigazo de aire. Luego, de nuevo, la carretera libre, los árboles pintados de blanco hasta la altura de un hombre, la línea amarilla en medio de la calzada. De vez en cuando, una hoja

muerta que desciende, completamente negra, parece de lejos una gran piedra o un hoyo en el alquitrán. Ravinel vuelve a repasar los mismos pensamientos. Olvida a la muerta. Olvida a Luciana. Tiene calambres en la pierna izquierda y desearía encender un cigarrillo. Se siente protegido en este vehículo bien cerrado, como antaño se sentía abrigado, cuando iba a la escuela, en su esclavina bien abrochada, bajo el capuchón, desde el que veía sin ser visto. Entonces se imaginaba que era un velero, se ordenaba a sí mismo maniobras complicadas: «¡Izad los juanetes! ¡Largad el trinquete!» Se inclinaba, obedecía al viento, se dejaba guiar hasta el colmado donde iba a comprar un litro de vino. Desde aquella época había deseado estar en otro sitio, fuera del mundo de las personas mayores que sólo predican virtudes áridas.

Luciana cruza las piernas, se cubre cuidadosamente las rodillas con el abrigo, y Ravinel debe realizar un esfuerzo para recordar que transporta un cadáver.

—Hubiéramos ido más aprisa por Tours.

Luciana ha hablado sin volver la cabeza. Ravinel tampoco se mueve, pero responde con rabia:

—La carretera está en reparación después de Angers. Y además, ¿qué importancia tiene?

Si ella insistiese, él aceptaría la disputa, sin razón. Luciana se contenta con sacar los mapas de la bolsa de la portezuela y ponerse a estudiarlos, inclinándose hacia la luz del salpicadero. También este ademán irrita a Ravinel. Los mapas son algo que le conciernen a él. ¿Acaso él mete la nariz en los cajones de ella? De hecho, nunca ha visto el apartamento de Luciana. Están los dos demasiado ocupados. Sólo disponen del tiempo para almorzar juntos, por aquí o por allí, o de encontrarse, de pasada, en el hospital, adonde él finge que acude a visitarse. Lo más corriente es que Luciana vaya a la pequeña casa del muelle. Es allí donde lo han combinado todo. ¿Qué sabe él de Luciana, de su pasado? ¡Ella no es muy propensa a las confidencias! Un día le contó que su padre había sido juez en el Tribunal de Aix. Murió durante la guerra. Las privaciones. En cuanto a su madre, nunca habla de ella. Ha sido inútil que él hiciera alguna alusión. Un fruncimiento de cejas. ¡Eso es todo! Es fácil de adivinar que Luciana ya no la ve. Sin duda, alguna pelea familiar. En todo caso, Luciana no ha vuelto nunca allí. Y sin embargo, esa región debe atraerla mucho, puesto que es en Antibes donde quiere establecerse. No tiene hermanos ni hermanas. En su consultorio hay una pequeña fotografía, o mejor dicho, la había, pues hace mucho tiempo que desapareció; la fotografía de una joven muy hermosa, rubia, de tipo escandinavo. Más adelante, Ravinel se informará. Después de su matrimonio. ¡La palabra suena rara! Ravinel no se imagina casado con Luciana. Luciana y él, es curioso, pero hay que decirlo, tienen tipos de solterones. Tienen también manías de tales. En cuanto a él, sus manías forman parte de su persona. Las quiere. Pero detesta las de Luciana. Su perfume. Un perfume acre que huele a flor, pero también a bestia. El anillo al que

hace dar vueltas mientras habla; un anillo macizo que sentaría muy bien en el dedo meñique de un banquero o de un industrial. Su manera de comer, a grandes bocados, y siempre es preciso que la carne esté sangrienta. A veces, hay algo vulgar en sus movimientos, en sus expresiones. Ella se vigila a sí misma. Está perfectamente bien educada. Pero a veces ríe sonoramente o mira a las personas con una especie de insolencia canalla. Tiene muñecas gruesas, tobillos macizos, casi carece de senos. Es algo chocante. Y cuando está sola fuma unos delgados cigarros negros que apestan. A lo que parece, es una costumbre adquirida en España. ¿Qué ha estado haciendo Luciana en España? ¡Por lo menos, el pasado de Mireya carecía de misterio!

Después de La Fleche, el paisaje se vuelve ondulado. Hay concavidades en las que flota una niebla que se deposita sobre los vidrios, en forma de gotitas. Ravinel debe trepar en segunda algunas cuestas. Esta mezcla binaria es un verdadero timo. Destroza los motores y no funciona mejor que un gasógeno. El cielo está cubierto. Las diez y media. Nadie en la carretera. Si hiciesen un hoyo en el campo para enterrar el cuerpo, nadie vendría a molestarlos. Ni visto, ni conocido… ¡Pero no se trata de eso…! ¡Pobre Mireya! No merece que se piense en ella de esa forma. Ravinel la evoca con una ternura apenada. ¿Por qué no sería de la misma raza que él? ¡Una pequeña ama de casa tan segura de sí misma! Y que instintivamente prefería todo lo que era rococó: las películas en color, los almacenes de precio único, el *Correo de la mujer*, las plantas grasas interiores, en macetas minúsculas. Ella se juzgaba superior a él. Criticaba sus corbatas, se burlaba de su calvicie. No comprendía por qué, ciertos días, él erraba por la casa, con la frente arrugada, las manos hundidas en los bolsillos, los ojos sombríos: «¿Qué te ocurre, cariño? ¿Quieres que vayamos al cine…? Si te aburres, dilo». De ninguna manera, no se estaba aburriendo. ¡Era mucho peor! Sentía *rabia contra la vida*, he aquí la frase. Ahora sabe que siempre la tendrá. Es profundo, sin remedio. Mireya está muerta. ¿Qué cambio ha representado? Tal vez más tarde, cuando estén instalados en Antibes.

A ambos lados de la carretera se extiende una llanura inmensa. Se tiene la impresión de que el coche no avanza. Luciana, con su mano enguantada, frota el vidrio, contempla pasar el mismo talud monótono. Las luces de Le Mans aparecen allá abajo, en el borde del lejano horizonte.

—¿No tienes frío?

—¡No! —dice Luciana.

Tampoco con Mireya, Ravinel había tenido suerte. Lo mismo que con Luciana. O bien carece de experiencia o bien sólo tropieza con mujeres indiferentes. Era inútil que Mireya aparentase que se conmovía. Nunca lo había engañado: permanecía profundamente insensible, incluso cuando gemía y se aferraba a él, tratando de perder la cabeza. Luciana no trata de fingir. Es evidente que el amor la irrita. Pero la pobre Mireya se creía obligada a fingir la seducción, se lo tomaba en serio. Su alejamiento

procedía de ahí. Él ya no toma nada en serio. Lo que habría que tomar verdaderamente en serio no tiene nombre ni forma Es un peso. Es también un vacío. Luciana lo sabe. A menudo tiene una mirada dilatada, fija, que no engaña. ¿Querría tal vez Mireya haber aprendido esto, como deseaba aprender a amar? ¿Puede el amor ser un camino hacia ese lugar interior? Ravinel piensa en el juego de la niebla. Hubiese hecho falta esmerarse más con Mireya. Ciertamente era sensible y muy femenina. Lo contrario que Luciana.

Ravinel se prohíbe estos pensamientos. ¡Pues al fin y al cabo ha matado a Mireya! Precisamente, es el punto turbador. No llega a persuadirse de que ha cometido un crimen. Un crimen le parecía monstruoso, se lo sigue pareciendo. Hay que ser salvaje, sanguinario. Y él no es en absoluto sanguinario. Hubiese sido incapaz de coger un cuchillo… o incluso de apretar el gatillo de su revólver. En Enghien, en su escritorio, hay un «Browning» cargado. Es Davril, el director, quien le ha aconsejado que vaya armado… Las carreteras…, la noche…, nunca se sabe con quién puede uno encontrarse. Al cabo de un mes ha acabado por meter en un cajón el revólver, cuya grasa manchaba los mapas. ¡Pero nunca se le hubiese ocurrido la idea de disparar contra Mireya! Su crimen es un encadenamiento de pequeñas circunstancias, de diminutas cobardías consentidas por indiferencia. Si un juez, un individuo como el padre de Luciana, le interrogase, contestaría con completa buena fe: «¡No he hecho nada!». Y como no ha hecho nada, nada lamenta. Para lamentar, habría que arrepentirse. ¿Arrepentirse de qué? Pasando de una cosa a la otra, habría que arrepentirse de ser lo que uno es. Y esto carece de sentido.

Un rótulo: *Le Mans 1 Km. 500*. Estaciones de servicio, todas blancas. La carretera pasa bajo un puente metálico, discurre entre casas bajas.

—¿Evitas el centro?

—No. Cojo por el camino más corto. Eso es todo.

Las once y veinticinco. La gente sale de los cines. Las aceras están mojadas. El motor despierta ecos en las calles vacías. De tarde en tarde, una taberna aún iluminada. A la izquierda, una plaza que atraviesan dos policías que empujan sus bicicletas. Luego otro barrio iluminado con faroles de gas. De nuevo casas bajas y estaciones de gasolina. Se deja atrás el adoquinado. Otro puente, que atraviesa una locomotora de maniobras. Se cruza un camión de mudanzas. Ravinel acelera un poco, corre a setenta y cinco. Al cabo de unos instantes van a llegar a la Beauce. La carretera es fácil hasta Nogent-le-Rotrou.

—Llevamos un coche detrás —dice Luciana.

—Ya lo he visto.

El reflejo de los faros parece depositar sobre el volante, sobre el salpicadero, un polvillo dorado que uno siente deseos de rechazar con la mano, y de repente la carretera, por delante, parece más negra. El auto los adelanta, un «Peugeot» que se

endereza demasiado aprisa. Ravinel blasfema, deslumbrado. Ya el «Peugeot» se aleja, como una silueta que empequeñeciese en una pantalla. Luego se iza, muy lejos, contra el cielo, empujando dos cuernos luminosos. Va por lo menos a ciento diez. Precisamente en ese momento, el motor tose, jadea. Ravinel tira del botón de arranque. El motor se detiene. El vehículo sigue avanzando por inercia. Intuitivamente, Ravinel lo mete en la cuneta, frena, apaga los faros y enciende las luces de posición.

—¿Qué te sucede? —pregunta Luciana, agresiva.

—¡Una avería! ¡Tú no lo comprendes, claro! Hemos sufrido una avería. Sin duda es el carburador.

—¡Vaya gracia!

Como si él lo hubiese hecho adrede. Y muy cerca de Le Mans. En un lugar donde el tráfico es intenso, incluso de noche. Ravinel se apea del vehículo, con el pecho oprimido. Un vientecillo agrio silba entre los árboles desnudos. Todos los ruidos son claros, sorprendentemente próximos. Se oyen perfectamente los vagones que se golpean, luego un convoy que arranca. El grito de una bocina atraviesa, sin prisas, la campiña. Hay personas que viven, que se desplazan, a menos de un kilómetro, Ravinel levantó el capó del coche.

—Dame la linterna.

Luciana se la trae, se inclina sobre el motor caliente y oscuro, sobre el que resbala el destornillador.

—¡Date prisa!

Ravinel no tiene necesidad de consejos. Resopla y se esfuerza, en medio de un vapor sofocante que huele a gasolina y a aceite. La frágil pieza reposa en su mano. Será preciso desmontar el inyector, dejar en algún sitio los minúsculos tornillos. Su seguridad depende de una sola de estas pequeñas partículas metálicas. El sudor empapa la frente de Ravinel, le escuecen los ojos. Se sienta en el estribo, ordena cuidadosamente ante él los fragmentos del carburador. Luciana deja sujeta la linterna entre unos trapos y anda por la carretera.

—Harías mejor en ayudarme —observa Ravinel.

—En efecto, tal vez iríamos más aprisa. Nunca se sabe…

—¿Nunca se sabe qué?

—¿Pero no se te ocurre que el primer automovilista que pase puede preguntarnos si tenemos necesidad de algo?

—¿Y qué?

—¿Qué? Puede apearse para echarnos una mano…

Ravinel sopla en diminutos tubitos de cobre que llenan su boca de un sabor acre, ácido. Ya no oye las observaciones de Luciana. Sólo escucha su sangre que golpea, golpea, tal es su excitación. Finalmente recupera el aliento.

—¡La Policía!

¿Qué está diciendo Luciana? Ravinel se seca los ojos, la mira. Ella tiene miedo. ¡No hay duda!

¡Revienta de miedo! Saca su bolso del auto. Al instante, Ravinel se levanta, tartamudea con el inyector entre los dientes:

—¿No irás a… dejarme?

—¡Escucha, imbécil!

Un vehículo. Procede de Le Mans. Está junto a ellos antes de que hayan podido hacer un ademán. Se sienten desnudos ante la capa de claridad que los rodea con un trazo brillante. El vehículo no es más que una masa negra que se agranda y frena poco a poco.

—¿Algo grave? —grita una voz risueña.

Adivinan la forma de un gran camión. El hombre se asoma por la portezuela. La puntita roja de su cigarrillo es claramente visible.

—¡No! —exclama Ravinel—. Ya he terminado.

—Porque si la señora quiere venir conmigo…

El hombre se ríe, agita la mano al pasar. El camión se aleja entre el chirrido de las marchas cambiadas sucesivamente.

Luciana se desliza en el asiento, debilitada por la emoción. Pero Ravinel está, sobre todo, furioso. Es la primera vez que ella lo trata de imbécil.

—Vas a hacerme el favor de permanecer tranquila, ¿eh? Y de guardarte tus reflexiones. Si estamos aquí, tanta culpa tienes tú como yo.

¿Ha pensado ella verdaderamente en huir hace un rato? ¿En regresar a Le Mans? Como si no estuviesen atados el uno al otro. Como si la fuga hubiese podido ponerla a salvo a ella sola.

Luciana se calla. Por su actitud, es fácil comprender que está decidida a no moverse más. ¡Que él se las arregle! Y sin embargo, es un trabajo difícil montar un carburador casi sin luz, con una linterna colocada en equilibrio sobre los acumuladores, sobre el eje o sobre el delco. A cada instante los tornillos están a punto de caer, de rodar entre la grava. Pero la cólera da a los dedos de Ravinel una seguridad, una habilidad, un sentido de la maniobra que nunca ha poseído. Da vuelta al vehículo, acciona la puesta en marcha. ¡Ya está! El motor funciona, con sus cuatro tiempos bien marcados. Entonces, por bravata, Ravinel coge uno de los bidones y, sin darse prisa, llena el depósito de bencina.

Un camión cisterna los adelanta, ilumina violentamente el interior del vehículo, el largo paquete de un verde pegajoso. Luciana se acurruca en el asiento. ¡Tanto peor! Ravinel deja el enorme bidón sobre el entarimado, que resuena, y cierra cuidadosamente la puerta. ¡El camino! Las doce y media. Ravinel aplasta el acelerador. Está casi contento. Luciana ha tenido miedo. Se ha asustado mucho más

que en el momento de la bañera, que en cualquier otro momento. ¿Por qué? El riesgo es siempre el mismo. En todo caso, entre ellos hay algo que súbitamente se ha modificado. La mujer ha estado a punto de traicionarle. Nunca volverá a hablarse de eso, pero Ravinel se promete mirarla de cierta manera, cuando ella adopte su voz cortante. La lucecilla roja del camión cisterna se aproxima. El camión es adelantado, se desliza hacia atrás. He aquí la Beauce. El cielo se ha despejado. Está lleno de estrellas que se desplazan lentamente en las portezuelas. ¿En qué pensaba Luciana cuando ha cogido su bolso? ¿En su situación, en su categoría? Ella lo desprecia un poco. ¡Viajante de Comercio? Hace mucho que Ravinel lo ha advertido. Lo considera como un infeliz y no sospecha que él, lo ha adivinado. ¡No es tan tonto como cree!

¡Nogent-le-Rotrou! Una calle que nunca termina, tortuosa, sonora, un puentecito y una superficie de agua negra que se ilumina al pasar. *Precaución-Escueta*. Por la noche no hay escuela. Ravinel no frena. Llega a la pendiente que sube a la meseta. El motor ronca maravillosamente.

¡Maldita sea! Gendarmes. Tres, cuatro. Un «Citroen» detenido de través, formando barrera, motocicletas en la cuneta, todo ello sin relieve, con una luz cruda que embadurna de amarillo las botas, los correajes, los rostros. Agitan los brazos. Hay que detenerse. Ravinel apaga los faros. Unas bruscas ganas de vomitar le hacen retorcerse, como allá, en el cuarto de baño. Maquinalmente, frena con fuerza, y Luciana debe sujetarse con ambas manos. Ella gime. No se ve nada, excepto el ojo redondo de una lámpara eléctrica que barre el capó. Se pasea sobre la carrocería. Un quepis surge por la portezuela. Los ojos del gendarme están muy cerca de los de Ravinel.

—¿De dónde vienen?

—De Nantes. Soy viajante de comercio.

Ravinel ha pensado que esta aclaración puede salvarlos.

—¿No han adelantado a una gran camioneta cerca de Le Mans?

—Es posible. Uno acaba por no prestar atención.

Los ojos del gendarme miran a Luciana. Ravinel pregunta con toda la naturaleza posible.

—¿Bandidos?

El otro echa una ojeada por encima del asiento y apaga su linterna.

—¡Contrabandistas! Transportan un alambique.

—Extraño oficio —dice Ravinel—. Prefiero el mío.

El gendarme se aparta y Ravinel arranca suavemente, luego pasa ante los hombres alineados. Aumenta progresivamente la velocidad.

—Esta vez sí que había creído… —murmura.

—Yo también —confiesa Luciana.

Apenas si reconoce la voz de ella.

—En todo caso, lo que no es imposible es que haya anotado nuestra matrícula.

—¿Y qué?

¡Claro, es verdad! ¿Qué importa? Ravinel no tiene intención de ocultar este viaje nocturno. En un sentido, incluso sería deseable que el gendarme hubiese anotado la matrícula. Así, en caso de necesidad, el hombre podría testimoniar… De todos modos, hay un inconveniente. La presencia de una mujer a su lado. Pero ¿cómo va a acordarse el gendarme…?

El reloj de a bordo sigue avanzando monótonamente. Las tres. Las cuatro. Chartres queda lejos, hacia el Sudoeste. Llegan a la curva de Rambouillet. La noche sigue siendo muy negra. Con esta idea han escogido el mes de noviembre. Pero ahora los vehículos se multiplican. Camiones de lecheros, carretas, una furgoneta de correos. A Ravinel ya no le queda tiempo de meditar. Vigila la carretera con mirada tensa. He aquí la entrada de Versalles. La ciudad duerme. Unos barrenderos avanzan en línea, detrás de un enorme camión con los remaches aparentes, como un tanque. La fatiga pesa sobre los hombros de Ravinel. Siente sed.

Ville d'Avray… Saint Cloud… Puteaux… Casas por todas partes. Pero aún no se distingue luz alguna detrás de las persianas bajadas. Luciana no ha movido ni la punta de los dedos desde el incidente con los gendarmes. Mas no duerme. Mira fijamente ante ella a través del parabrisas empañado.

Un agujero de sombras sin fondo. El Sena. Y pronto, las primeras casitas de Enghien. Ravinel vive no lejos del lago, al extremo de una callejuela que no conduce a parte alguna. Coge un viraje e inmediatamente desembraga, corta el contacto. El auto continúa avanzando sin ruido, por inercia. Ravinel se detiene en la especie de placita circular que forma la extremidad de la calle. Se apea. Tiene las manos tan entumecidas que no puede ni coger la llave. Por fin empuja los dos batientes de la cancela, hace entrar el coche, cierra apresuradamente. A la derecha, la sombra de la casita, a la izquierda, la del garaje, bajo y macizo, con aire de fortín. Al extremo de un camino que desciende, entre un bosquecillo, el trazo oblicuo de un cobertizo.

Luciana vacila, se coge al pomo de la portezuela. Se ve obligada a mover las piernas una después de la otra, a doblarlas, tan anquilosada está. Tiene el rostro hermético, sombrío, de los días malos. Ravinel ha levantado ya el tablero posterior de la camioneta.

—¡Ayúdame!

El paquete está intacto. Un extremo de la tela ha resbalado ligeramente y descubre un zapato arrugado por el agua. Ravinel tira hacia sí. Luciana coge el otro extremo.

—¿Vamos?

Ella asiente con la cabeza. ¡Hop! Uno tras otro, medio curvados, descienden por el camino, bordean los perales que forman una especie de verja. El cobertizo es un

pequeño lavadero. Un arroyuelo, casi sin corriente, roza el borde de la tabla inclinada. Se remansa hasta llegar a un rebosadero, cae formando una cascada irrisoria y va a perderse en el lago, tras un enorme recodo.

—¡Tu linterna!

Luciana recupera el mando. Extienden el paquete sobre las piedras del lavadero. Ravinel enfoca su linterna eléctrica en tanto que Luciana empieza a desenvolver la tela. El cuerpo rueda sobre sí mismo en medio de un desorden de vestimentas arrugadas. Bajo los cabellos, que se han secado y se alborotan, el rostro de Mireya aparece gesticulante. Basta ahora con un empujón, el cuerpo se desliza sobre la tabla, forma una ola que llega hasta la orilla. Todavía otro poco. Luciana lo aparta con el pie, se hunde. Ella recoge la tela a tientas, pues ya Ravinel ha apagado su linterna. Se ve obligada a arrastrarlo. Las cinco y veinte.

—Dispongo del tiempo justo —murmura Luciana.

Entran en la casa, cuelgan en un perchero del recibidor el abrigo y el sombrero de Mireya y dejan su bolso encima de la mesa del comedor.

—¡Date prisa! —cuchichea Luciana, que recupera el ánimo—. El expreso de Nantes sale a las seis y cuatro minutos. No podemos permitir que se me escape.

Vuelven a subir a la camioneta. Ravinel siente que ahora se ha quedado viudo.

CAPÍTULO V

Ravinel bajó lentamente la escalinata de la estación de Montparnasse, compró un paquete de tabaco a la entrada del vestíbulo y se dirigió a casa Dupont. *En casa Dupont todo es bueno*. El letrero luminoso tenía un color rosado anémico en la humedad del alba. A través de los amplios cristales se distinguía una hilera de espaldas junto al bar, y una enorme cafetera, con volantes, manecillas y cuadrantes que un camarero pulía mientras bostezaba. Ravinel se sentó detrás de una puerta, se puso cómodo. ¿Cuántas veces, a aquella misma hora se había detenido de igual manera? Daba un rodeo por París para no llegar demasiado temprano, para no despertar a Mireya. Una mañana semejante a las otras…

—Un café… y tres *croissants*.

Es muy sencillo: él era como un convaleciente. Tenía conciencia de sus costillas, de sus codos, de sus rodillas, de cada uno de sus músculos.

Al menor movimiento, una ola de fatiga lo recorría. Había en su cabeza una sustancia ardiente que latía, que le oprimía los ojos, que resecaba la piel de su rostro y la tensaba dolorosamente sobre los pómulos y las mandíbulas. Poco le hubiese costado dormirse en aquella silla, en la ruidosa tibieza del café. Y sin embargo, lo más difícil quedaba por hacer. Le era preciso descubrir el cadáver. Pero tenía tanto sueño… Todo el mundo se lo imaginaría abatido por el dolor. En un sentido, su agotamiento le serviría.

Echó dinero sobre la mesa, mojó un *croissant*. Encontró que el café tenía gusto a bilis. Reflexionando, el incidente del gendarme perdía toda su importancia, incluso si el hombre recordaba la presencia de una mujer en el vehículo. Tal mujer era una desconocida que hacía *autostop*. La había encontrado a la salida de Angers. Se había apeado en Versalles. Ninguna relación con la muerte de Mireya… Y luego, ¿quién pensaría en investigar acerca de su viaje de regreso? Admitiendo incluso que se sospechase de él por un momento, lo único que tratarían de comprobar sería su coartada. Ravinel no había abandonado la región de Nantes. Treinta testigos lo afirmarían. Podría comprobarse su empleo del tiempo hora por hora, o casi. Ni un fallo. El miércoles, cuatro —pues la autopsia permitiría precisar la fecha, ya que no la hora precisa de la muerte—, ¿el miércoles, cuatro…? ¡Aguarden! Pasé la velada en la «Cervecería de la Fosse». Estuve allí hasta después de medianoche. Interroguen a Fermín, el camarero, seguramente lo recordará. Y el cinco por la mañana charlé con… Pero ¿por qué remover de nuevo todos esos pensamientos? Luciana se lo había vuelto a repetir antes de subir al tren. La versión del accidente se impondrá. Un vahído, la caída en el arroyuelo, la asfixia inmediata… Esto ocurre todos los días.

Evidentemente, Mireya llevaba vestidos de calle. Así, pues, ¿qué había ido a hacer al lavadero? Unas prendas que debía de haber olvidado, o un pedazo de jabón. Por lo demás, nadie se haría tales preguntas. Y si alguien prefiere el suicidio, a su gusto. Ya han transcurrido los dos años, estos dos años antes de los cuales la compañía de seguros no acepta…

Las siete menos diez. ¡En pie! Debía irse. Ravinel no pudo resolverse á comer el último *croissant*. Los otros dos formaban aún en su boca una pasta grasienta, repugnante, que no conseguía tragar. Vaciló al borde de la acera. Los autobuses y los taxis circulaban en todos los sentidos. Una muchedumbre de empleados, de habitantes de los arrabales, salía corriendo de la estación. Ruido de neumáticos, ruido de pies. Un día cubierto, grisáceo, enfermizo. Toda la desolación de París al amanecer. ¡En marcha! Debía irse.

La camioneta se hallaba aparcada muy cerca de las taquillas de la estación. En una especie de escaparate había un gran mapa de Francia semejante a una mano abierta con líneas de arriba abajo. París-Burdeos, París-Toulouse, París-Niza… Líneas de suerte, líneas de vida. ¡La fortuna! ¡El destino! Ravinel salió en marcha atrás. Habría que avisar a la compañía lo antes posible. Enviar un telegrama a Germán. Habría que arreglar la cuestión del funeral. Mireya hubiese deseado algo digno y la ceremonia en la iglesia, sin duda alguna… Ravinel conducía como un autómata. Se sabía de memoria las calles, los bulevares…, y la circulación no era aún muy abundante… Mireya no era creyente, pero de todos modos iba a misa. De preferencia, a la misa mayor, a causa de los órganos, del canto, del vestuario de los feligreses. Y nunca se dejaba escapar un sermón del padre Riquet, por la radio, durante la cuaresma. No siempre comprendía, pero sí que el orador hablaba bien. Y además, ¡un deportado…! La puerta de Clignancourt. Algo rosado trataba de horadar el cielo… ¿Y si el alma existiese, sin embargo? Dicen que los muertos nos ven. Quizá Mireya lo estaba viendo en aquel mismo momento. Entonces, sabría que él no había actuado por maldad. ¡Ridículo…! Y ninguna prenda negra que ponerse. Tendría que correr a la tintorería, pedirle a una vecina que le cosiese un brazal. En cuanto a Luciana, aguardaría muy tranquila en Nantes. ¡No era justo!

Ravinel dejó de pensar porque ante él había un viejo «Peugeot» que rehusaba dejarse adelantar. Por último lo pasó, un poco antes de Epinay, pero aminoró la marcha inmediatamente. «¡Veamos! Llego de Nantes. Ignoro que mi mujer ha muerto». Eso era lo más difícil. Ignoro…

Enghien. Se detuvo ante un estanco.

—Buenos días, Morin.

—Buenos días, señor Ravinel… ¡Va usted más bien retrasado! Tengo la impresión de que, por lo general, le veo pasar más pronto.

—Es la niebla que me ha entretenido. ¡Una niebla condenada! Sobre todo hacia

Angers.

—¡Si yo tuviese necesidad de conducir toda una noche…!

—Es una sencilla cuestión de entrenamiento. Deme cerillas… ¿Nada nuevo por aquí?

—No, nada… ¿Qué quiere usted que ocurra de nuevo en este lugar?

Ravinel salió. Ya no podía retrasarse más. Si por lo menos no estuviese solo, ¡cuánto más sencillo y menos temible parecería todo! Y luego, sería magnífico que alguien confirmase… ¡Ah! ¡Caramba! El tío Goutre. ¡Vaya oportunidad!

—¿Cómo está usted, señor Ravinel?

—Voy tirando… Me alegro mucho de encontrarle. Precisamente deseaba verle.

—¿En qué puedo servirle?

—Mi cobertizo apenas se aguanta. Uno de estos días nos caerá encima. Como dice mi mujer: «Deberías hablar con el tío Goutre».

—¡Ah! El pequeño lavadero del fondo.

—Sí. ¿Dispone de un minuto…? ¡Vamos! Nos tomaremos un vasito para empezar bien el día.

—Es que… tengo qué ir al taller.

—Un moscatel de «Basse-Goulaine». Comprado directamente al propietario. Ya verá usted lo que es bueno.

Goutre se dejó meter en el auto.

—Sólo un minuto, ¿eh? Tailhade me espera.

Recorrieron en silencio algunos centenares de metros, entre lujosos hotelitos. Ravinel frenó ante la verja adornada con un rótulo esmaltado: «Villa Alegría». Tocó prolongadamente la bocina.

—No, no. No se apee. Mi mujer nos abrirá.

—Tal vez no esté levantada todavía —dijo Goutre.

—¿A esta hora? Usted bromea. Y sobre todo en sábado.

Trató de sonreír y oprimió de nuevo la bocina.

—Las persianas están aún cerradas —observó Goutre.

Ravinel salió de la camioneta y llamó:

—¡Mireya!

Goutre, a su vez, se apeó.

—Tal vez esté ya en el mercado.

—Me sorprendería. Tanto más cuanto que le he anunciado mi regreso. Siempre que puedo se lo advierto.

Ravinel abrió. Las nubes se desflecaban, descubriendo el azul del cielo a través de agujeros cambiantes.

—El veranillo de San Martín —comentó Goutre. Y agregó—: Su reja se está estropeando, señor Ravinel. Necesitaría una buena mano de minio.

Por el buzón asomaba a medias un diario. Ravinel lo sacó, arrastrando con él una tarjeta postal, una de cuyas esquinas se había metido entre la faja y el periódico.

—Mi tarjeta —murmuró—. Mireya no está. Ha debido de ir a casa de su hermano. Con tal de que no le haya ocurrido nada a Germán… Desde la guerra, siempre está algo delicado.

Se dirigió hacia la casa.

—Voy a desabrigarme y en seguida le alcanzo. Ya conoce usted el camino.

La casa olía a cerrado. A humedad. Ravinel encendió la lámpara del pasillo, una lámpara provista de una pantalla de seda rosa, con colgaduras. Mireya la había confeccionado ella misma de acuerdo con un modelo encontrado en «Modas y Pasatiempos». Goutre permanecía plantado ante la puerta.

—¡Camine! ¡Camine! —exclamó Ravinel—. En seguida estoy con usted.

Se entretenía en la cocina, dejaba que Goutre se adelantase, y el otro, desde lejos, decía:

—Tiene unas escarolas preciosas. Ha sido usted muy afortunado.

Ravinel salió, dejando la puerta abierta. Encendió un cigarrillo para dominar sus nervios. Goutre llegaba al lavadero. Entró y Ravinel se detuvo en mitad del camino, incapaz de dar otro paso, incapaz incluso de respirar, mientras un poco de humo le salía por la nariz.

—¡Oh! ¡Señor Ravinel!

Goutre lo llamaba, y Ravinel ordenaba inútilmente a sus piernas que se pusieran en marcha. ¿Sería preciso gritar, llorar? ¿O bien agarrarse a Goutre, como un hombre abrumado? Goutre compareció en la entrada del lavadero.

—Oiga, ¿ha visto usted?

Ravinel se dio cuenta de que estaba corriendo.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—¡Oh! No vale la pena poner esa cara. Es reparable. ¡Mire!

Señalaba un punto del maderamen y, con el extremo de su metro plegable, hurgaba en él.

—¡Podrida! Completamente podrida. Esa viga ha de cambiarse en toda su longitud.

Ravinel, de espaldas al arroyuelo, no se atrevía a volverse.

—Sí, sí… Ya veo… Completamente… podrida…

Tartamudeaba.

—Hay también… la tabla… junto al agua…

Goutre dio media vuelta, y Ravinel cesó de ver la viga. Todo el conjunto, con sus macizos pilares, se puso a girar como una rueda, lentamente, de una manera mareante. «Voy a desvanecerme», pensó.

—El cemento es bueno —observaba Goutre con su voz más natural—. La tabla

evidentemente… ¿Qué quiere usted? ¡Todo se gasta!

«¡El muy imbécil!» Al precio de un esfuerzo agotador, Ravinel miró decididamente y soltó su cigarrillo. El arroyuelo se remansaba ante el lavadero. Se distinguían claramente los guijarros del fondo, un arco de barril, oxidado, delgadas hierbas estiradas y el borde del rebosadero, donde el agua se llenaba de luz antes de derramarse. Goutre palpaba la tabla, se enderezaba, dirigía una mirada circular al lavadero, y Ravinel miraba.

—Un momento, tío Goutre. Bajo a la bodega.

Maldito fuese, tendría al cabo su moscatel, y a continuación se largaría, o de lo contrario… Ravinel apretaba los puños. Un trastorno indescriptible lo sacudía, como un espasmo. A la puerta de la bodega, se detuvo. ¡La bodega…! Pero ¿por qué tenía que encontrar a Mireya en la bodega? ¿A qué venía ese estúpido terror? Encendió la luz. La bodega estaba desierta, desde luego. Sin embargo, Ravinel no se entretuvo. Cogió una botella y volvió a subir precipitadamente. No podía evitar el hacer ruido, golpeando las puertas del aparador al coger los vasos, tropezando en el borde de la mesa con la botella. Sus movimientos carecían de seguridad. Estuvo a punto de romper el gollete al quitar el tapón.

—Sirva usted, tío Goutre. Mis manos tiemblan… Ocho horas de coche…

—Sería una lástima desperdiciarlo —convino Goutre con la mirada brillante.

Llenó lentamente los dos vasos, como un experto, y se levantó para hacer honor al moscatel.

—A su salud, señor Ravinel. Y a la de su esposa… Espero que su cuñado no esté enfermo. Aunque con esta humedad… A mí me ataca en la pierna.

Ravinel vació de golpe su vaso, volvió a llenarlo, lo vació, dos veces, tres veces.

—Vaya —dijo Goutre—, buen provecho. Se ve que está usted acostumbrado.

—Cuando siento mucha fatiga, esto me reanima.

—Oh, esto —convino Goutre—. Esto reanimaría a un muerto.

Ravinel se agarró a la mesa. En aquel momento la cabeza le daba vueltas en serio.

—Tío Goutre, discúlpeme, pero es preciso…

Tengo el tiempo justo… No me aburro con usted, pero ya sabe lo que ocurre…

Goutre se encasquetó la gorra.

—¡Bien, bien! Me marcho. Por otra parte, en el taller me esperan para empezar.

Inclinó la botella para leer la etiqueta: *Moscatel superior Basse-Goulaine*.

—Felicite usted a quien ha recolectado este vinillo, señor Ravinel. No es un ignorante, puede usted creerme.

En el umbral hubo aún otro intercambio de saludos; luego Ravinel cerró la puerta, dio la vuelta a la llave, se arrastró hasta la cocina y vació el resto del vino. «¡Imposible!», murmuraba. Estaba perfectamente lúcido, pero lúcido como un hombre dormido: ve una puerta, la toca, sabe que existe y sin embargo pasa a través

de ella, siente que pasa por ella, experimenta en el interior del cuerpo la dureza de las fibras de la madera y encuentra eso completamente natural. El reloj, sobre la chimenea, seguía con su tictac, recordándole el ruido de otro reloj allá en el comedor de Nantes.

—¡Imposible!

Ravinel se enderezó, entró en el comedor. El bolso de Mireya continuaba allí. Y tampoco se habían movido del recibidor el abrigo ni el sombrero. Seguían colgando del perchero. Subió al primer piso. La casita estaba vacía, rigurosa, totalmente vacía y silenciosa. Entonces Ravinel notó que empuñaba la botella vacía por el gollete como si fuese una maza. Estaba asustado hasta el tuétano. Dejó la botella en el suelo, suavemente, como si el menor ruido estuviese prohibido a partir de entonces. Abrió su escritorio, evitando los chirridos. El revólver seguía allí, envuelto en un trapo grasiento. Lo secó, tiró de la culata para meter una bala en la recámara. Se oyó un clic y Ravinel dio media vuelta. Fue algo superior a sus fuerzas. ¿Qué iba a imaginar? Y aquel revólver, ¿para qué serviría? ¿Es que puede matarse a tiros a un resucitado? Suspiró y deslizó el arma en el bolsillo del pantalón. Era tal vez ridículo, pero se sentía un poco tranquilizado. Se sentó en el borde de la cama, con las manos cruzadas entre las rodillas. ¿Por dónde empezar? El cuerpo de Mireya no estaba ya en el arroyuelo. Eso era todo. La evidencia del hecho empezaba a penetrar en su cerebro. Ni en el arroyuelo, ni en el lavadero, ni en la casa. ¡Maldición! Había olvidado examinar el garaje.

Ravinel bajó los escalones de dos en dos, cruzó el patio, y abrió el garaje. ¡Nada! ¡Era incluso cómico! El garaje sólo contenía tres o cuatro latas de aceite y unos trapos llenos de mugre. Otra idea se le ocurrió a Ravinel. Recorrió lentamente el camino. Sus huellas y las de Goutre aparecían claramente visibles. Pero no había ninguna otra. Por lo demás, Ravinel no sabía exactamente lo que buscaba, lo que pensaba. Cedía a bruscos impulsos porque era preciso actuar. Hacer algo. Desesperado, miró a su alrededor. Tanto a derecha como a izquierda se extendían terrenos no edificados. Sus vecinos más inmediatos únicamente podían ver, desde la calle; la fachada de «Villa Alegre». Ravinel regresó a la cocina. ¿Buscar por los alrededores? Decir: «He matado a mi mujer… ¿No ha encontrado su cadáver?» ¡Era grotesco! ¿Luciana…? Pero Luciana estaba en el tren. Imposible telefonearle antes del mediodía. ¿Regresar a Nantes? ¿Bajo qué pretexto? ¿Y si el cuerpo fuese hallado en algún sitio durante aquel día? ¿Cómo justificar su marcha, su fuga?

¡El círculo! El círculo infernal. Imposible moverse. Imposible saber. Ravinel consultó el reloj. ¡Las diez! Tenía que pasar por el bulevar de Magenta, por casa Blache y Lehuédé. Ravinel cerró cuidadosamente la puerta de la casa, sacó el coche, reemprendió el camino hacia París. El ambiente era suave, ligero. Aquel principio de noviembre tenía calidades primaverales. Un «203» se cruzó con Ravinel. Sus

pasajeros habían plegado la capota. Reían, con los cabellos al viento, y Ravinel se sintió débil, viejo, culpable. Sentía rabia contra Mireya. Acababa de traicionarlo de mala manera. Había tenido éxito a la primera intentona en lo que él siempre había fracasado: había franqueado la misteriosa frontera; estaba al otro lado, invisible, inalcanzable, como un fantasma, como uno de aquellos jirones de niebla que ascendían de la carretera. Se puede estar a la vez muerto y vivo. A menudo había sentido aquello. Sí, pero ¿y el cuerpo?

Sus ideas se entremezclaban. Tenía sueño. Un extraño manejaba los mandos, maniobraba infaliblemente, reconocía las calles, los cruces. La camioneta pareció detenerse por sí sola ante el almacén.

Desde el bulevar de Magenta, el auto lo condujo hacia el centro, hacia el Louvre. Un lugar al que no iba casi nunca. Sólo que aquel día no era completamente dueño de sus decisiones. Calculaba, se confundía con las cifras… Veamos, el tren llegaba a las once y veinte…, o a las once y cuarenta… El viaje dura cinco horas…, es decir, las once y diez… Y el hospital está a cinco minutos de la estación. Luciana debería haber llegado ya.

Se detuvo ante un pequeño café restaurante.

—¿El señor almuerza?

—Sí, si le parece.

—¿Cómo? Si a mí…

El camarero contempló a aquel cliente mal afeitado que se pasaba la mano por encima de los ojos. Bien mirado, los hay que tienen una pinta bien extraña…

—¿El teléfono?

—En el fondo, a la derecha.

—¿Puedo pedir una conferencia?

—Diríjase a la cajera.

La puerta de la cocina se movía sin cesar detrás de Ravinel. «¡Tres entremeses…! ¡Y enviad un solomillo!» La línea hacía ruido. Apenas si podía reconocer la voz de Luciana. Procedía de lejos, de tan lejos que era abrumador. E imposible entenderse bien en medio de aquel alboroto.

—¿Oye…? ¿Oye, Luciana…? Sí, soy yo, Fernando… Ella ha desaparecido… ¡No! Nadie ha venido a buscarla… Ella ha desaparecido… Esta mañana ya no estaba allí…

A su espalda, alguien quiere telefonear y que se entretiene peinándose ante el espejo del lavabo.

—¡Luciana! ¿Me oyes bien…? Es preciso que regreses… ¿Un parto? Me importa un bledo… No, no estoy enfermo… y no he bebido… Sé lo que me digo… ¡No! Ni rastro… ¿Cómo…? Bueno, no imaginarás que invento una historia así para hacerte regresar… ¿Qué…? Claro que lo hubiese preferido. En fin, si te es completamente

imposible marcharte esta noche… Entonces, hasta mañana, a las doce y cuarenta… ¿Eh? ¿Que vuelva allí…? ¿A mirar…? ¿Y dónde quieres que mire…? Yo tampoco lo entiendo… ¡Sí! De acuerdo. Hasta mañana.

Ravinel colgó y se fue a sentar junto a una ventana. Era comprensible la actitud de Luciana. Si alguien le hubiese telefoneado la noticia a él, Ravinel, ¿la hubiese creído? Comió maquinalmente y volvió a subir al auto. De nuevo la puerta de Clignancourt, la carretera de Enghien. Luciana tenía razón. Más valía regresar allí, buscar de nuevo y a falta de otra cosa, dejarse ver por los vecinos. Ganar tiempo. Sobre todo, aparentar un aspecto normal, como si no tuviese nada que reprocharse.

Ravinel abrió la puerta. Seguía cerrada con llave. Quedó vagamente decepcionado. ¿Qué esperaba? A decir verdad, ya no esperaba nada. Deseaba la calma, la paz, el olvido. Se tragó una píldora, subió al dormitorio, se encerró, colocó el revólver sobre la mesita de noche y se durmió sin ni siquiera desnudarse. Se sumergió inmediatamente en un sueño embrutecido.

CAPITULO VI

Ravinel se despertó hacia las cinco, anquilosado, con el estómago pesado, el rostro abotargado, las manos húmedas. Pero cuando se planteó la pregunta: «¿Qué se ha hecho del cuerpo?», la respuesta llegó, inmediata, evidente: «El cuerpo ha volado». Y, por el momento, Ravinel se sintió algo tranquilizado. Se levantó, se lavó cuidadosamente con agua fría, se afeitó sin demasiado nerviosismo. ¡Lo habían robado, pardiez! Era grave, muy grave, pero, en fin, el peligro cambiaba de naturaleza. Con un ladrón es posible arreglarse. Basta con fijar el precio.

Las últimas brumas del sueño acababan de disiparse en su cabeza. Volvía a establecer contacto con el dormitorio, los muebles, la vida. Comprobaba sus piernas: se mostraban firmes. La casa lo rodeaba, familiar, amistosa, sin misterio. Veamos, con un poco de sangre fría, mucha casualidad sería que… ¡Lo habían robado, caramba…! ¡No había que darle vueltas! Pero a medida que examinaba esta idea más detenidamente, surgían las dudas, cada vez más numerosas. ¿Robar un cadáver? ¿Para qué? ¡Y qué riesgos para el ladrón! Conocía bien a sus vecinos inmediatos: a la derecha, según se sale, Bigaux, empleado de los ferrocarriles, cincuenta años, un tipejo sin ninguna personalidad. Su trabajo, su jardín, su partida de cartas. Nunca una palabra más alta que otra. ¡Bigaux escondiendo un cadáver! Era grotesco. Y su mujer tenía una úlcera de estómago. Se la hubiese podido ahogar con un cabello… A la izquierda, Poniatowski, contable en una fábrica de muebles, divorciado, casi siempre ausente. Incluso se susurraba que tenía intención de vender su casita… Por lo demás, ni Bigaux ni el contable hubiesen podido ser testigos de la escena del lavadero. ¿Era posible que descubriesen el cuerpo más tarde? Pero no había acceso al arroyuelo. A menos de cruzar los terrenos en barbecho o la pradera de enfrente. Además, ¿para qué apoderarse del cadáver, si se ignoraba el crimen…? Pues sólo existía un motivo que explicase el robo: el chantaje. Pero nadie estaba al corriente de la póliza de seguro. ¿Entonces? ¿Qué se puede sacar de un viajante de comercio? Todo el mundo sabe que Ravinel se gana honradamente la vida, sin más… Verdad es que ciertos chantajistas se conforman con poco. Una pequeña cantidad fija…, una renta. ¡A pesar de todo…! Sin hablar del valor necesario. Quién sabe si el primer venido es capaz de convertirse en ladrón de cadáveres. Ravinel, ciertamente, no hubiese tenido las agallas suficientes.

Barajaba todas estas hipótesis sin formar un razonamiento concreto, y el sentimiento de su impotencia lo abrumaba de nuevo. No, el cadáver no había sido robado. Y sin embargo ya no estaba allí. Por lo tanto, lo habían robado. Pero no existía razón alguna para que lo robasen. Ravinel sintió un dolorcillo en la sien

izquierda y se frotó la frente. No podía en absoluto caer enfermo en un momento así. Pero ¿qué hacer, Dios mío, qué hacer?

Daba vueltas por el dormitorio, mordiéndose los labios, apabullado por la soledad. Ni siquiera tuvo fuerzas para alisar el cubrecama, completamente arrugado, para vaciar el lavabo lleno, de agua grisácea, para recoger la botella olvidaba, que se contentó con empujar bajo un armario con la punta del pie. Cogió el revólver, bajó la escalera. ¿A dónde ir? ¿A quién dirigirse? Abrió la puerta. La noche empezaba a caer. Largas pinceladas rosadas se extendían por el cielo y un avión zumbaba a lo lejos. Un crepúsculo vulgar y solemne, que hinchaba el corazón de pena, de rencor, de remordimientos. Un crepúsculo como el de su primer encuentro con Mireya, en el mundo de los Grands-Augustins, muy cerca de la plaza Saint-Michel. Él hurgaba en el puesto de un librero. Ella estaba allí hojeando un volumen… Las luces se encendían alrededor de ellos y podía oírse el silbato del urbano, ante el puente. ¡Qué estupidez recordar aquellas cosas! ¡Hacen daño!

Ravinel anduvo hacia el lavadero. El arroyuelo espumaba un poco, bajo el rebosadero, removiendo reflejos rojizos. Una cabra baló en el prado, en la otra orilla; la cabra del cartero. Ravinel experimentó una pequeña sacudida. La cabra del cartero… Cada mañana, la pequeña la traía, la ataba a una estaca mediante una larga cuerda. Todas las noches volvía a recogerla. ¿Y si…?

El cartero era viudo. No tenía ningún otro hijo. La pequeña se llamaba Enriqueta. En general, se quedaba en la casa, porque era un poco atrasada mental. Se cuidaba de la cocina, de la limpieza. Se las arreglaba bien para sus doce años.

—Quisiera un informe, señorita.

Nadie la llamaba señorita. Intimidada, no se atrevía a hacer entrar a Ravinel, y él, incómodo, trataba de sosegar su respiración, porque había corrido, y no sabía por dónde empezar.

—¿Ha sido usted quien ha llevado la cabra al prado esta mañana?

La pequeña se ruborizó, inmediatamente alarmada.

—¿Qué ha hecho?

—Vivo enfrente… «Villa Alegría»… El pequeño lavadero me pertenece.

Como ella bizqueaba un poco, Ravinel le miraba ambos ojos sucesivamente, tratando de adivinar una posible mentira.

—Mi mujer había dejado unos pañuelos para que se secasen… Una ráfaga de aire ha debido llevárselos…

Era un pretexto absurdo, ridículo, pero estaba demasiado agotado para mostrarse sutil.

—Esta mañana… ¿No ha visto nada que flotase delante del lavadero?

La niña tenía una carita larga y estrecha, entre dos trenzas rígidas, y los dientes le asomaban, pese a que tenía la boca cerrada. Ravinel sentía vagamente que había algo

patético en aquel encuentro.

—Usted ata su cabra muy cerca del arroyuelo. ¿Nunca se le ha ocurrido mirar hacia el lavadero?

—Sí.

—Pues bien, trate de acordarse. Esta mañana…

—No… No he visto nada.

—¿A qué hora ha ido usted al prado?

—No lo sé.

Del fondo del pasillo llegó una especie de chisporroteo. Ella se puso más colorada y retorció su delantal.

—Es la sopa —aclaró la pequeña—. ¿Puedo ir a ver?

—Desde luego… Dése prisa…

Ella salió corriendo, y Ravinel penetró en el pasillo para hurtarse a las miradas de los Vecinos. Distinguía un rincón de la cocina y unas servilletas extendidas en una cuerda. Más le valdría marcharse. No era nada bonito interrogar así a aquella chiquilla.

—Era la sopa —confirmó Enriqueta—. Se ha escapado.

—¿Mucho?

—No. Un poco… Tal vez papá no lo note.

Las aletas de su nariz se habían contraído. Tenía pequeñas pecas alrededor de aquélla, como Mireya.

—¿La riñe? —preguntó Ravinel.

Inmediatamente lamentó haber dicho aquello, comprendiendo que la pequeña, no obstante sus doce años, debía tener una experiencia de vieja.

—¿A qué hora se levanta usted?

Ella fruncía el ceño, se estiraba las trenzas. Tal vez buscaba las palabras.

—Cuando se levanta, ¿es todavía de noche?

—Sí.

—¿Y va en seguida a llevar la cabra?

—Sí.

—¿No se pasea un poco por el prado?

—No.

—¿Por qué?

La muchachita se secó los labios con el dorso de la mano y balbució algo mientras volvía la cabeza.

—¿Eh?

—Tengo miedo.

A los doce años, él también tenía miedo cuando se dirigía a la escuela. La húmeda oscuridad, el barrillo, las calles estrechas y obstruidas por los cubos de la basura…

Siempre tenía la impresión de que alguien andaba detrás de él. Entonces, si hubiese debido llevar una cabra a un prado… Contemplaba la vieja carita, ya corroída por los escrúpulos y el temor. Veía de repente al pequeño Ravinel, aquel desconocido del que nadie le había hablado nunca, en el que no le gustaba pensar, pero que siempre lo acompañaba, como un testigo, y no encontraba nada más que decir. Si él hubiese visto flotar algo sobre el agua…

Imposible saberlo. Era como un secreto entre ellos.

—¿No había nadie en el prado?

—No… No lo creo.

—Y en el lavadero… ¿Ha visto a alguien?

—No.

Encontró en su bolsillo una moneda de diez francos y abrió la mano de la pequeña.

—Para usted.

—Él me la quitará.

—No. Ya encontrará algún lugar donde esconderla.

La niña sacudió pensativamente la cabeza, luego cerró los dedos sin convicción.

—Ya volveré a verla —prometió Ravinel.

Era preciso despedirse con una frase de confianza, con una impresión de optimismo, hacer como si no existiese la cabra ni el lavadero. Ravinel salió, tropezó con el cartero, un hombrecillo seco que llevaba una cartera por delante, como una mujer encinta.

—Buenos días, señor… ¿Deseaba verme? —dijo el cartero—. Supongo que es por el sobre.

—No. Es…, espero una carta certificada… ¿Ha traído un sobre?

El otro le observaba por debajo de la rota visera de su gorra.

—Sí. He llamado, pero nadie me ha abierto. Entonces lo he dejado en el buzón. ¿Está ausente la patrona?

—Ha ido a París.

Nada le obligaba a responder, pero ahora se sentía humilde. Debía reconciliarse con demasiadas personas.

—¡Hasta la vista! —se despidió el cartero, quien entró y cerró de un portazo.

¿Un certificado? Sin duda no procedía de Blache y Lehuédé, pues había estado allí hacía poco. ¿De Germán, acaso? Muy poco probable. A menos que el certificado viniese dirigido a Mireya.

Ravinel regresaba a su casa siguiendo las calles iluminadas. De repente se había puesto a hacer frío, y los pensamientos circulaban más aprisa en su cabeza. La hija del cartero no había visto nada, o si había distinguido algo no lo había entendido, y si incluso lo había entendido, se callaría. Todo el mundo conocía a Mireya. Si alguien

hubiese descubierto su cuerpo, sin duda alguna lo habrían avisado.

Pero estaba el mensaje certificado. Tal vez era el ladrón quien escribía para dictar sus condiciones.

El sobre estaba en el buzón, caído de través. Ravinel fue a examinarlo bajo la lámpara de la cocina. *Señor Fernando Ravinel*. ¡Aquella escritura…! Cerró los ojos, contó hasta diez, pensó que tal vez estaba enfermo, muy enfermo. Volvió u abrir los ojos, los fijó en la dirección. Alteraciones de la memoria…, de la personalidad. Antaño había aprendido esto en filosofía, en el viejo libro de Malapert… Las personalidades alternativas, la esquizofrenia… No, era la escritura de Mireya. ¡Válgame Dios! ¡No podía ser su escritura!

El sobre estaba cuidadosamente pegado. Ravinel buscó en el cajón del aparador, extrajo el cuchillo de trinchar. Lo sujetaba como un arma mientras se acercaba a la mesa sobre la que descansaba el sobre malva, entre los reflejos del linóleo. La punta del cuchillo buscó vanamente una grieta. Entonces Ravinel destripó la carta, con un ademán salvaje, la leyó una vez, de un tirón, sin entenderlo:

> Cariño:
>
> Me veo obligada a ausentarme por dos o tres días. Pero no te inquietes. No es nada grave. Ya te explicaré. Encontrarás provisiones en el armario de la bodega. Termina el tarro de mermelada empezado antes de abrir otro, y no te olvides de cerrar bien la espita del gas cuando ya no necesites el fogón. Siempre se te olvida. ¡Hasta pronto!
>
> Recibe un fuerte abrazo de tu
>
> *Mireya.*

Ravinel volvió a leer, más lentamente, luego empezó de nuevo. Un error postal. Mireya había debido ausentarse a principios de la semana. Buscó el matasellos en el sobre. *Parts 7 de noviembre, 16 horas*. El 7 de noviembre era… ¡Es hoy! Pardiez. ¿Por qué no? Mireya estaba en París, con toda evidencia. ¡Era bien lógico! Algo se anudó en su garganta. Reía, reía como quien vomita. Las lágrimas le oscurecían la mirada y de repente, con toda su fuerza, lanzó el cuchillo a través de la cocina. La hoja se hundió profundamente en la puerta, vibrante como una flecha, y Ravinel permaneció atónito, con la boca abierta, el rostro torcido; luego el suelo pareció alzarse, su cabeza golpeó contra él y permaneció inmóvil, entre la mesa y el fogón, con una saliva espesa en la comisura de los labios.

Su primer pensamiento, al cabo de un espacio de tiempo probablemente muy largo, fue que iba a morir. Reflexionando, le pareció incluso que debía estar muerto. Emergía poco a poco de una especie de fatiga confusa, flotaba; era ligero, como

desprovisto de densidad. Se dividía como una mezcla de aceite y de agua que se separa en dos capas. En una parte de sí mismo experimentaba una liberación, un alivio infinito, y en la otra se sentía aún pesado, caótico, espeso, pegajoso. Un pequeño esfuerzo; iba a horadar una delgada pared, abrió los ojos en otro sitio. Pero sus ojos ya no le pertenecían. Había una transmisión que no llegaba a funcionar. Y luego, de repente, tuvo conciencia de una extensión incolora. El limbo. Por fin estaba liberado. Se encontraba intacto; su cerebro no estaba bien despejado… Se asemejaba a una materia muy fluida que puede adoptar cualquier forma… Un alma… Se había convertido en un alma… Podría empezar de nuevo… ¿Empezar qué? La pregunta no tenía de momento ninguna importancia. Lo esencial era vigilar aquella blancura, impregnarse de ella, sentirse luminoso, como un agua animada hasta el fondo por un reflejo. Ser agua, agua pura. La blancura, allí delante, se teñía de dorado. No era un espacio cualquiera. Comprendía zonas más sombrías y, sobre todo, una gran playa opaca de donde llegaba un ruido regular, mecánico, tal vez el ruido de la vida anterior. Algo se movió en medio de la blancura, un punto negro, giratorio. Bastaba con una palabra para saber. Una sola palabra y la frontera sería franqueada definitivamente. El sentimiento de esta gran paz cesaría de ser precario. Se trocaría en una alegría tranquila, algo melancólica. La palabra se formaba en alguna parte. Nacía muy lejos. Acudía durmiendo. Disimulaba una amenaza que iba a estallar: ¡mosca! Mosca. Era una mosca. En el techo había una mosca… La gran mancha negra del rincón era el aparador. Todo volvía a empezar en el silencio y el frío.

«Palpo el mosaico a mi alrededor. Estoy helado. Estoy tendido. Soy Ravinel. Hay una carta encima de la mesa…»

Sobre todo, no comprenderlo. No interrogarse. Mantener todo el tiempo posible esta especie de indiferencia desesperada. Es difícil. Es agotador. Pero no hay que pensar. Hay que contentarse con mover un músculo después del otro… Los músculos obedecen bien. Los brazos se alzan si uno lo desea. Los dedos se doblan. Los ojos miran objetos agradables de ver. Uno desearía deletrear estos objetos: E-l f-o-g-ó-n… El m-o-s-a-i-c-o… Eso no miente. En tanto que sobre la mesa, ese papel malva, ese sobre abierto… ¡Peligro! Hay que pasar bien apartado, arrimado a la pared, abrir la puerta a tientas, cerrarla de un solo impulso, aherrojarla, una vuelta, dos vueltas. Ahora uno ya no sabe lo que ocurre detrás de esta puerta. Más vale no saberlo. Tal vez vería cómo las palabras de la carta se hinchan, se separan, se dividen en trozos que, colocados unos detrás de otros, formarían una silueta terrible.

Al llegar al extremo de la calle, Ravinel se vuelve. Allí abajo, la casa parece habitada, a causa de las luces que han quedado encendidas. A menudo, por la noche, veía pasar detrás de las persianas la sombra de Mireya cuando él regresaba. Pero ahora está demasiado lejos. Incluso si la sombra pasa, no podrá verla. Se dirige a la estación. Lleva la cabeza descubierta. Se bebe dos cervezas en el café vecino. Víctor,

el camarero del mostrador, está muy ocupado; de lo contrario, sin duda, entablaría una conversación. Guiña un ojo, sonríe. ¿Cómo explicar que una cerveza tan fresca pueda quemar el pecho como si fuera alcohol? ¿Huir? Eso ya no significaba nada. Otra carta malva puede llegar a la comisaría de Policía y descubrir el crimen. Mireya puede quejarse de haber sido asesinada. ¡Alto! ¡Pensamiento prohibido! Hay mucha gente en el andén. Los colores dañan la vista. La señal roja es demasiado roja y la señal verde es dulzona como un jarabe. Los diarios del quiosco huelen a tinta fresca. La propia gente se pone a exhalar un olor de bestia salvaje y el tren apesta como el Metro. ¡Ya está! Aquello debía terminar de esa manera. Un día u otro, fatalmente, debía percibir lo que permanece oculto a los demás. Los vivos, los muertos, son siempre la misma gente. Porque nuestros sentidos son groseros, imaginamos corrientemente que los muertos están en otra parte, creemos que hay dos mundos. ¡En absoluto! Están ahí, invisibles, mezclados a nuestra vida, prosiguiendo sus pequeñas tareas. *No te olvides de cerrar bien la espita del gas*. Hablan con su boca de sombras; escriben con sus manos de humo. Todo eso no es perceptible para las gentes distraídas, pero se hace evidente en ciertas ocasiones. Basta sin duda con no haber nacido del todo, no haberse sumergido por completo en la vida ruidosa, colorida, en la tempestad de sonidos, de colores, de formas… Esta carta no es más que el principio de una iniciación. ¿Por qué asustarse?

—Los billetes, por favor.

El revisor. Es rubicundo, con dos pliegues en la nuca. Aparta los viajeros con un ademán impaciente. No sospecha que aparta también una muchedumbre de sombras mezcladas con los vivos. No todo el mundo puede vivir bien limitado. Ahora Mireya no tardará en mostrarse. Esa carta es una advertencia. No ha querido venir por sí misma. Se ha ausentado dos o tres días, por una especie de discreción. *Me veo obligada a ausentarme*; la argucia es infantil. *No es nada grave. Ya te explicaré*. La muerte no es nada grave, en suma, la vida sin el frío, sin la preocupación, sin la angustia de estar en una situación falsa. ¡Mireya no es desdichada! Ella explicará todo esto. ¡Oh! No tendrá que explicar muchas cosas. Ravinel lo sabe. De la misma manera que, repentinamente, comprende bien su pasado. Los otros, padre, madre, amigos, siempre han intentado ligarlo, enraizarlo, distraerlo de lo esencial. Exámenes, ofició, otras tantas trampas. Incluso Luciana no comprende. ¡El dinero, el dinero! No piensa más que en eso. Como si el dinero no fuese el principio de la pesadez. ¿No ha sido ella quien ha hablado en primer lugar de Antibes?

Si hubiese sol, mucho sol, todo cambiaría. Mireya no se manifestaría más. ¿No son las estrellas borradas por la luz? Y sin embargo, las estrellas siguen existiendo. ¡Antibes! La única manera de matar a Mireya. Es decir, de borrarla. Luciana sabía bien lo que se hacía. Pero ahora él ha comprendido y ya no siente deseos de huir, de evadirse hacia la luminosidad del Sur. Un miedo atroz que sólo espera una ocasión

favorable para saltar. Será difícil acostumbrarse. Tal vez será preciso pensar, sin estremecerse, en la bañera, en Mireya muerta, rígida, fría, con los cabellos pegados por el agua.

Los rieles se anudan y desanudan a toda velocidad a lo largo del tren. Convoyes, estaciones, puentes, almacenes, desaparecen rápidamente. El vagón se balancea suavemente, iluminado por lámparas azuladas. Uno tiene la sensación de que ha emprendido un viaje muy largo. De hecho, uno ha salido hace mucho tiempo y no llegará a ninguna parte, puesto que desembocará entre los vivos.

Llueve. Las humaredas de las locomotoras se abaten, se esparcen, y los faquines entorpecen el paso. Hombres y mujeres corren, se hacen signos, se reúnen, se abrazan. *Recibe un fuerte abrazo de tu Mireya*. Pero Mireya aún no puede estar ahí. Su hora no ha llegado. El departamento de teléfonos.

—¡Quisiera hablar con Nantes!

En las paredes hay infinitos borrones, números, dibujos obscenos.

—¿Oiga? ¿Nantes…? El hospital… La doctora Luciana Mogard.

Alrededor de la cabina no se oye más que el rumor de la muchedumbre, como el de un río que se divide ante el pilar de un puente.

—¿Oiga…? ¿Eres tú…? Ella me ha escrito. Regresará dentro de algunos días… ¡Pues Mireya! Es Mireya quien me ha escrito… Un sobre… Te afirmo que es ella… No, no. Estoy completamente cuerdo… No trato en absoluto de atormentarte, pero prefiero que lo sepas… Sí, me doy cuenta. Pero yo empiezo a comprender bastantes cosas… ¡Oh! Sería demasiado largo de explicar… ¿Lo que voy a hacer? ¿Acaso por ventura lo sé…? Sí, entendido. ¡Hasta mañana!

¡Pobre Luciana! Esta necesidad de querer siempre razonar… Ya lo comprobará, como ha hecho él… Tocará el misterio con la mano. Verá la carta.

Pero ¿podrá ver la carta? Evidentemente, puesto que el cartero la ha traído, que un empleado de correos la ha sellado, que otro empleado la ha recogido de un buzón. La carta es bien real. Es sólo su significado lo que no está adaptado al entendimiento de cualquiera. Es necesario saber pensar en los dos mundos a la vez.

El bulevar de Denain. Los dardos luminosos de la lluvia. El rebaño reluciente de los autos. La ronda de las apariencias. Los cafés son como grandes cuevas rutilantes, de profundidades multiplicadas hasta el infinito mediante espejos invisibles. La frontera pasa por aquí, separando las imágenes y los reflejos sin que nadie preste atención.

La noche llena el bulevar como un líquido agitado por remolinos, como un agua fangosa que transporta mezclados los olores, las luces y los hombres. ¡Vamos! Sé franco. Has soñado innumerables veces que eres un ahogado perdido en el fondo de estas grandes fosas que son las calles. O bien eras un pez y te divertías en topar con la nariz contra las vitrinas, en contemplar estas nasas que las iglesias, colocadas en

plena corriente, estos herbarios que las plazas, donde las formas se buscan, se persiguen, se devoran entre las redes de sombras. Si has aceptado la idea de la bañera, es a causa del agua, ¿no es cierto? De esa superficie brillante y lisa por debajo de la cual ocurre algo que te da vértigo. Has querido que Mireya participe en el juego. Y ahora te sientes a tu vez tentado.

¿Es que quizá la envidias?

Ravinel ha caminado al azar, mucho rato, mucho. Y helo aquí que llega al borde del Sena. Bordea un parapeto de piedra que se alza casi hasta su hombro. Más adelante hay un puente, un gran arco que abriga un hormiguero de reflejos grasientos. La ciudad parece abandonada. Sopla un viento persistente que huele a exclusa y abrevadero. Mireya está ahí, en algún sitio, mezclada con la noche. Los dos existen, cada uno sumergido en un elemento distinto, e incapaces de reunirse. Viven en planos cuyas características difieren. Pero las interferencias son posibles, los cruces, las señales que intercambian, como los pasajeros de los barcos que se alejan.

¡Mireya!

Pronuncia la palabra suavemente. No puede dejarlo para más tarde. Tiene necesidad de huir a su vez, de romper el espejo.

CAPÍTULO VII

Al despertarse, Ravinel reconoció una habitación de hotel, recordó que había andado mucho rato, volvió a encontrar la imagen de Mireya y suspiró. Necesitó varios minutos para decidir que aquel día era probablemente domingo. Por fuerza tenía que serlo, puesto que Luciana iba a llegar en el tren de las doce y pico. Debía estar en camino. ¿Qué hacer mientras la esperaba? ¿Qué puede hacerse el domingo? Es un día muerto, caído a través de la semana, impidiendo el paso, y Ravinel tenía prisa. ¡Sentía deseos de llegar!

¡Las nueve!

Se levantó, se vistió, apartó el raído visillo que cubría la ventana. Un cielo gris. Techos. Claraboyas, algunas de las cuales estaban aún pintadas con el azul de la defensa pasiva. ¡No tenía gracia! Descendió, pagó la nota a una vieja con rizadores. Ya en la acera, se dio cuenta de que se encontraba en el barrio del Mercado Central, a dos pasos de la casa de Germán. ¿Por qué no Germán? Esto le permitiría esperar…

El hermano de Mireya vivía en el cuarto piso y, como el encendido automático de la luz estaba estropeado, había que subir a tientas, entre los ruidos y los olores del domingo. Detrás de los delgados tabiques había personas que canturreaban, que encendían la radio, que pensaban en el partido de la tarde, en la película de la noche; la leche se vertía chisporroteando sobre un fogón, los chiquillos gritaban. Ravinel quedaba excluido de la fiesta. Era una especie de extranjero. La llave estaba en la puerta. La llave siempre estaba en la puerta. Pero Ravinel nunca la utilizaba. Llamó. Fue Germán quien abrió.

—¡Caramba, Fernando! ¿Qué tal te va?

—¿Y a ti?

—Un poco carraca… Disculpa el desorden. Acabo de levantarme. ¿Tomarás un poco de café? ¡Sí, hombre, tómalo!

Precedía a Ravinel hacia el comedor, apartaba las sillas, hacía desaparecer un salto de cama.

—¿Y Marta? —preguntó Ravinel.

—Ha ido a misa, pero no tardará en regresar… Siéntate, Fernando. No te pregunto por tu salud. Mireya me ha dicho que estabas en plena forma. ¡Tienes suerte! En tanto que yo… Por cierto, que no has visto mi última radiografía… Toma, sírvete; el café está en el fuego. Voy a buscártela.

Ravinel husmeaba con desconfianza un olorcillo a eucalipto y a farmacia. Al lado de la cafetera había una pequeña cacerola que contenía agujas y una jeringa, y Ravinel lamentó haber ido a casa de su cuñado. Germán buscaba en su habitación. De

vez en cuando gritaba:

—Ya verás lo clara que es… Como ha dicho el doctor… Con cuidado…

Cuando uno se casa, uno cree unirse a una mujer, y se une a una familia. A todas las historias de una familia: Uno se casa con la cautividad de Germán, con las confidencias de Germán, con los bacilos de Germán. La vida es mentirosa. Cuando se es pequeño parece llena de maravillas, y luego… Germán regresaba con unos enormes sobres amarillos que hacían pensar en el correo de un político.

—¡Bueno, sírvete, amigo mío…! Claro que acaso ya te habrás desayunado… El doctor Leize es un hacha. ¡Saca unos clisés…! ¡Y sabe interpretarlos! Uno mira y no ve más que manchas blancas y negras; él te descifra todos estos signos como si leyese en un libro.

Levantó ante la ventana, a contraluz, la crujiente fotografía.

—Ahí, fíjate, por encima del corazón… Sí, esa mancha blanca es el corazón. A fuerza de verlo, yo mismo acabo por entenderlo… Justo por encima del corazón, esa especie de línea corta… Estás demasiado lejos. ¡Acércate!

Ravinel detestaba aquello. No deseaba saber cómo están hechos los órganos humanos. Experimentaba siempre un extraño malestar ante esos fragmentos de esqueleto que la radiografía revela y poetiza a la vez. Hay cosas que deben permanecer ocultas. Uno no tiene derecho a mostrarlas. Uno no tiene derecho a violar ciertos secretos. Germán siempre le había repugnado a causa de aquella curiosidad monstruosa.

—La cicatrización está muy adelantada —explicaba Germán—. Sólo que, desde luego, hay que tener precaución. De todos modos, es para animarse… Espera, voy a enseñarte el análisis de los esputos… ¿Dónde he metido el papel del laboratorio…? La pobre Marta lo pierde todo… A menos que lo haya enviado ya al Seguro… Pero, por otra parte, Mireya ya te contará.

—Sí, sí.

Germán, amorosamente, deslizaba la fotografía dentro del sobre y, por puro placer, sacó otra copia, que contempló inclinando la cabeza.

—¡Tres mil francos cada foto…! Afortunadamente, me van a aumentar la pensión. Pardiez, es un trabajo bien hecho. Como dice el doctor: «Es usted un caso».

La llave dio vuelta en la cerradura. Marta regresaba de misa.

—Buenos días, Fernando. Eres muy amable al haber venido. No se te ve a menudo por aquí.

Marta era un poco agridulce. Se quitaba el sombrero, cuyo velillo doblaba con precaución. Siempre llevaba luto por alguien y le gustaba el negro, por lo que tiene de digno y de distinguido. «No ha tenido suerte», murmuraba la gente a sus espaldas.

—¿Van bien los negocios? —preguntó Marta, con un deje de sospecha en la voz.

—No van mal. No puedo quejarme.

—Tienes suerte… Germán, tu medicina.

Ya se había puesto un delantal y quitaba la mesa, con ademanes vivos y precisos.

—¿Cómo sigue Mireya?

—Ha estado aquí hace un, rato —dijo Germán—. Acababas de irte a misa.

—Se ha vuelto muy madrugadora —observó Marta.

Ravinel realizaba esfuerzos para comprender.

—Perdón, perdón… —murmuró—. ¿Mireya ha venido…? ¿Cuándo?

Germán continuaba contando sus gotas, que dejaba caer en un vaso de agua

—Diez…, once…, doce… —Arrugaba la frente, rehusaba dejarse distraer…— Trece…, catorce…, quince…

—¿Cuándo? —repuso Germán con voz ausente—. Pues bien, hace una hora. Tal vez un poco más… Dieciséis…, diecisiete…, dieciocho…

—¿Mireya?

—Diecinueve, veinte.

Germán envolvió el cuentagotas en un pedazo de algodón, luego en un papel de seda, alzó la cabeza.

—Mireya, sí. ¿Qué tiene de extraño…? ¿Qué te ocurre, Fernando…? ¿Qué he dicho?

—¡Espera! —cuchicheó Ravinel—. ¡Espera…! ¿Ha entrado aquí? ¿La has visto?

—¡Pardiez! ¿Que si la he visto? Estaba aún en la cama. Ha entrado como de costumbre. Me ha dado un beso.

—¿Estás bien seguro de que te ha besado?

—Vamos, Fernando, no te entiendo.

Marta, que había entrado en el dormitorio, se acercó un momento a la puerta para observar a los dos hombres, y Ravinel sacó un cigarrillo de su pitillera para ocultar su confusión.

—No —dijo Germán—. Ya sabes, el humo… El doctor me lo ha prohibido…

—Es verdad. Discúlpame.

Ravinel daba maquinalmente vueltas al cigarrillo entre sus dedos.

—Es curioso —consiguió decir—. No me había advertido.

—Quería conocer el resultado de mi radiografía —precisó Germán.

—¿La has encontrado… normal?

—Sí.

—Cuando te ha dado el beso, su piel… En fin, ¿era como de costumbre?

—No te comprendo… Pero, bueno, ¿qué te ocurre, Fernando…? Escucha, Marta, Fernando no parece creer que Mireya haya venido.

Marta se aproximó y Ravinel comprendió en seguida que ella sabía algo. Se puso rígido, como un acusado ante su juez.

—¿Cuándo has regresado de Nantes, Fernando?

—Ayer…, ayer mañana.

—¿Y no había nadie en la casa?

Ravinel la miró. Nunca había tenido los ojos más brillantes, la boca más apretada.

—No. Mireya no estaba.

Marta asintió con la cabeza varias veces.

—¿Crees tú? —murmuró Germán.

—Seguramente es eso —afirmó Marta.

Ravinel no pudo contenerse.

—¡Hablad, maldita sea! ¿Qué sabéis vosotros…? ¿Fuisteis ayer a casa?

—¡Oh! —protestó Germán, ofendido—. ¡En el estado en que estoy!

—Sería mejor que se lo explicases —observó Marta, y desapareció silenciosamente en el dormitorio.

—¿Explicarme qué? —preguntó Ravinel—. ¿A qué viene todo este misterio?

—Cálmate —recomendó Germán—. Marta tiene razón… Es mejor que lo sepas… En realidad, hubiese debido advertírtelo cuando os casasteis. Sólo que pensé que el matrimonio precisamente lo arreglaría todo. El doctor había afirmado que…

—¡Germán! Desembucha y terminemos de una vez.

—Lamento causarte pena, mi pobre Fernando. Bueno, Mireya siente deseos de fugarse.

Marta, desde el fondo del dormitorio, vigilaba a Ravinel. Éste sentía su mirada, que lo espiaba. Completamente asombrado, repitió:

—¿Fugarse…? ¿Fugarse?

—Oh, no muy a menudo —dijo Germán—. Eso lo cogió hacia los catorce años.

—¿Y se iba con hombres?

—De ninguna manera. ¿Qué te figuras? Ya te he dicho que son fugas. ¿No sabes lo que es…? Mireya abandona bruscamente la casa. El médico nos explicó que se trataba de una perturbación del carácter. A lo que parece; es frecuente en el momento de la formación. Tomaba el tren o bien andaba hasta caer agotada… Cada vez era preciso avisar a la Policía.

—Lo que resultaba muy bonito para los vecinos —intervino Marta mientras sacudía una almohada.

Germán se encogió de hombros.

—En todas las familias hay alguna cosa. Incluso en las mejores… Después, la pobre pequeña lo sentía mucho… Pero era algo superior a ella. Cuando le daba eso, tenía que marcharse.

—¿Y qué? —dijo Ravinel.

—¿Y qué…? Tienes buenas ocurrencias, Fernando. Pues me da la impresión de que Mireya está sufriendo una crisis. Su ausencia de casa, su paso fugaz por aquí esta mañana… En todo caso, regresará dentro de pocos días, puedo asegurártelo.

—¡Pero eso es imposible! —estalló Ravinel.

Germán suspiró:

—He aquí lo que yo temía. No quiere creernos… Marta, no quiere creernos.

Marta alzó una mano, como para prestar juramento.

—Me pongo en su lugar. No es una noticia agradable. Yo, cuando he sabido que Mireya…, en fin… ¡Pobre pequeña!, no experimento nada contra ella… Sólo que si yo hubiese tenido voz y voto en el asunto, te habría advertido desde el primer día… Y aún, no puedes quejarte. No tenéis hijos. Hubieseis podido tener un rorro con el labio leporino.

—¡Marta!

—Sé lo que me digo. Una vez se lo pregunté al médico.

¡Otra vez el médico! Y las radiografías en una esquina de la mesa. El cuentagotas envuelto en su papel de seda. ¡Y Mireya que se fugaba a los catorce años! Ravinel se cogió la cabeza con ambas manos.

—¡Basta! —murmuró—. Vais a volverme loco.

—Así que he llegado me he dado cuenta de que las cosas no iban bien —proseguía Marta—. Yo no soy como Germán. Él nunca nota nada. Si hubiese estado antes aquí, yo en seguida habría visto que Mireya no se encontraba en su estado habitual.

Ravinel desmenuzaba su cigarrillo, que no formaba más que un montoncito negro y blanco encima de la mesa. Sentía tentaciones de coger a los esposos, de golpear una contra la otra sus cabezas falsamente conmiserativas. ¡Una fuga! Como si Mireya pudiese huir aún. Mireya, a quien él, con sus propias manos, había enrollado en la tela encerada. Era una confabulación. Estaban todos de acuerdo… Pero no… Germán era demasiado estúpido. Ya habría metido la pata.

—¿Cómo iba vestida?

—Aguarda… La he visto un poco a contraluz. Me parece que llevaba el abrigo gris con el cuello de piel. Sí, estoy seguro… Y el sombrero. En el primer momento he pensado que iba muy abrigada para este tiempo. Corre el peligro de pescar un constipado.

—¿Iba tal vez a coger el tren? —insinuó Marta.

—Oh, no. No me ha dado esa impresión, en absoluto. Cuanto más lo pienso, más me extraña no haberle notado un aire un poco raro. Antes, en el momento de sus crisis, se ponía nerviosa, crispada. Lloraba por cualquier tontería. En tanto que esta mañana parecía muy tranquila…

Y, como Ravinel contraía los puños, agregó:

—Es una buena muchacha, Fernando.

Marta removía las cacerolas detrás de su cuñado y repetía de vez en cuando:

—No te molestes… Puedo pasar muy bien.

Pero Ravinel debía cambiar incesantemente de sitio su silla, y cada movimiento le resultaba costoso de ejecutar. El reloj, un relojito absurdo sostenido por dos ninfas con los senos al aire, marcaba las diez y veinte. Luciana debía salir de Le Mans. La habitación se iluminaba poco a poco con una claridad triste que dejaba los rincones a oscuras y depositaba como un fino polvillo sobre las paredes, los muebles y los rostros.

—Ya sé lo que piensas —dijo Germán.

Ravinel tuvo un sobresalto.

—Crees que ella te engaña, ¿verdad?

¡Qué imbécil! No, seguramente no estaba fingiendo.

—Harías mal si te obcecaras con ideas así. Conozco bien a Mireya. Tal vez en ciertos momentos sea difícil de comprender, pero es honesta.

—¡Pobre Germán! —suspiró Marta, que mondaba patatas.

Y eso significaba claramente: «¡Pobre Germán! ¿Qué sabes tú de las mujeres?»

Germán se irguió.

—¿Mireya? ¡Vamos, vamos! No piensa más que en su casa y en sus labores. Basta verla.

—Está demasiado a menudo sola —murmuró Marta—. Oh, no es un reproche, Fernando. Tú te ves obligado a viajar, desde luego, mas para una mujer joven, imagino que no siempre resultará divertido. Me replicarás que nunca te alejas mucho. Es verdad. Pero la ausencia siempre es la ausencia.

—Yo, cuando estaba prisionero… —empezó Germán.

Era precisamente esa frase la que hubiese hecho falta evitar. Ahora, Germán, ya lanzado, iba a contar relatos veinte veces oídos. Ravinel ya no escuchaba. Tampoco reflexionaba. Se sumergió suavemente hasta el fondo de un ensueño algo doloroso. Se desdoblaba. Regresaba a Enghien, deambulaba por las habitaciones vacías. Si alguien se hubiese encontrado allí, en el mismo instante, sin duda pudiese podido ver flotar una silueta indecisa semejante a Ravinel. ¿Es que se conocen todos los misterios de la telepatía? ¡Germán afirmaba haberla visto! Pero todos los que han visto apariciones, y forman legión, han creído al principio que tenían ante ellos seres vivos y reales. Mireya, muerta, había preferido aparecerse a su hermano en el preciso instante en que éste, acababa de despertar, no era aún capaz de prestar una atención suficiente a lo que creía ver. Un caso clásico. Ravinel había leído muchos otros, todos parecidos, en la *Revista Metafísica*, a la que estaba suscrito antes de su matrimonio. Por otra parte, estas fugas demostraban que Mireya tenía cualidades de médium. Debía de ser extremadamente sensible a todas las sugestiones. ¡Incluso ahora! Tal vez bastaría pensar en ella con mucha intensidad, con mucho amor, para inducirla a que se materializase.

—¿Qué ha dicho ella exactamente? —preguntó Ravinel.

Germán estaba contando sus embrollos con los enfermeros del *stalag*. Se interrumpió, algo ofendido.

—¿Que qué ha dicho ella…? Oh, hazte cargo, no he anotado sus palabras… He sido más bien yo quien he hablado, puesto que Mireya quería saber lo de mi radiografía…

—¿Se ha quedado mucho rato?

—Unos minutos.

—Hubiese podido esperarme —gruñó Marta.

¡Precisamente! Si Marta hubiese estado en el apartamento, Mireya no se habría mostrado. También lo sobrenatural tiene su lógica.

—¿No se te ha ocurrido abrir la ventana, observar en qué dirección se marchaba?

—No. ¿Por qué tenía que hacerlo?

¡Lástima! Si Germán hubiese acechado la salida de Mireya, sin duda hubiese comprobado que su hermana no abandonaba el edificio… ¡Qué magnífica prueba!

—No te preocupes demasiado, amigo mío —recomendó Germán—. ¿Quieres un consejo…? Pues bien, regresa a «Villa Alegría». Tal vez ella esté ya allí esperándote… Y si está apenada, ya sabrás consolarla, ¿eh?

Trató de reír sonoramente, tosió, y Marta lo miró con severidad.

—Cuando era pequeña —dijo Ravinel—, ¿no fue nunca sonámbula?

Germán volvió a ponerse serio.

—Ella, no… Pero yo sí, alguna vez. No corría por los tejados al claro de luna, desde luego, aunque hablaba dormido, gesticulaba,… A veces me levantaba y me despertaba en un pasillo, en otra habitación. No sabía dónde estaba. Era necesario que me acostasen de nuevo y que me sujetasen las manos. No me atrevía a volverme a dormir.

—Cualquiera diría que eso te causa placer, Fernando —observó Marta con su voz más cáustica.

—Y ahora —prosiguió Ravinel—, ¿ya no sufres crisis?

—Dios no lo quiera… Bebe con nosotros, Fernando. No te invito a almorzar porque mi régimen es bastante especial…

—Es preciso que regrese a su casa —interrumpió Marta—. No puede dejar sola a su mujer.

Germán sacaba del aparador una botella y vasos minúsculos, con pie de plata.

—Ya sabes lo que te ha recomendado el médico —observó Marta.

—Oh, sólo una gota.

Ravinel hizo acopio de todo su valor.

—¿Y si Mireya no ha regresado esta noche? —preguntó—. ¿Qué os parece que debería hacer?

—Yo esperaría. ¿No crees tú, Marta? Al fin y al cabo, nada te obliga a salir de

viaje mañana mismo. Tal vez de ello dependa tu felicidad, ¿sabes? Cuando ella regrese, si encuentra la casa vacía… Ponte en su lugar… Créeme, pide ocho días de permiso y haz averiguaciones discretas. Si verdaderamente está sufriendo una crisis, sin duda se ocultará en París. Antes, cuando huía, era siempre para ir a París. París la atraía, era formidable.

Ravinel, a su pesar, perdía pie, acababa por no saber si su mujer estaba muerta o viva. Brindaron.

—A la tuya, Germán.

—A la salud de Mireya.

—Por su pronto regreso —dijo Marta.

Ravinel se bebió de una vez el licor y se pasó la mano por encima de los ojos. No. No estaba saltando. El alcohol le calentaba la garganta. El reloj tocó las once. Seguía estando en el mismo lado de la frontera. Sabía lo que había visto con sus ojos, tocado con sus dedos… Por ejemplo, los morillos. Eso no se refuta fácilmente, unos morillos que pesan bastantes kilos.

—Y salúdala de parte nuestra.

—¿Qué…?

Era Marta, que lo acompañaba hasta la puerta. Él se había levantado sin darse cuenta.

—Y dale un beso de la mía —recomendaba Germán.

—Sí, sí.

Sentía deseos de gritarle: «Si está muerta, muerta… Lo sé bien, puesto que he sido yo quien la ha matado». Se contuvo, porque Marta se sentina demasiado dichosa…

—Adiós, Marta. No te molestes. Ya conozco el camino.

Ella lo escuchaba bajar, asomada a la barandilla de la escalera.

—¡Cuando sepas algo de nuevo, avísanos, Fernando!

Ravinel entra en la primera tasca, bebe dos vasos de aguardiente. El tiempo pasa. Da igual. Con un taxi, llegará a la hora. Lo que cuenta, lo primordial es meditar inmediatamente. «Veamos, yo, Ravinel, estoy en pie, ante un bar. No desvarío. Razono fríamente. Ya no tengo miedo. Ayer noche sí que lo tenía. Era presa de una especie de delirio. Pero ha pasado. ¡Bien! Examinemos los hechos con toda la calma posible… Mireya ha muerto. Estoy seguro de ello, porque lo estoy de Ravinel, porque no hay ni una sola laguna en mis recuerdos, porque he tocado su cadáver, porque en este momento estoy bebiendo un vaso de aguardiente y porque todo esto es la realidad… Mireya está viva. También de eso estoy seguro, porque con su propia mano ha escrito una carta que el cartero ha traído, porque Germán la ha visto. No hay motivo para poner en duda su afirmación. Sólo que, ¡ése es el problema! ¿Cómo puede estar a la vez viva y muerta…? Es preciso que esté medio viva y medio

muerta… Es preciso que sea un fantasma. La lógica lo requiere así. No soy yo quien trata de tranquilizarse. Por otra parte, no es nada tranquilizador. Quizá se me aparezca pronto a mí. Yo acepto el hecho porque sé que es posible. Pero Luciana no lo aceptará. A causa de su formación universitaria. De su manera de razonar. ¿Entonces? ¿Qué vamos a decirnos?»

Bebe un tercer vaso de aguardiente porque tiene frío en su interior. Si no existiese Luciana…

Paga, busca una parada de taxis. Sólo faltaría que ahora no se encontrase con Luciana.

—¡A Montparnasse, aprisa!

Se reclina en el asiento, se abandona. Empieza a preguntarse si lo que pensaba hace un instante no es una divagación de su cerebro fatigado. Y empieza lentamente a convencerse de que se halla en una situación sin salida. De todos modos, es una presa fácil para la Policía. Se siente fatigado. Ayer hubiese querido ver a Mireya. Sentía que era posible. Ahora la teme. Adivina que va a atormentarlo. ¿Cómo podría ella haber olvidado…? ¿Por qué los muertos no han de recordar…? ¡Otra vez estos pensamientos…! Afortunadamente, el coche se detiene. Ravinel no espera el cambio. Se precipita. Tropieza con las personas, llega a los andenes. Una máquina eléctrica avanza con lentitud se detiene ante la topera y una marea de viajeros emana del tren, se esparce por los andenes. Ravinel se acerca al revisor.

—¿Es el tren de Nantes?

—Sí.

Una extraña impaciencia lo invade. Se pone de puntillas, casi se disloca el cuello, la distingue, Luciana, sobriamente vestida con un traje oscuro, tocada con una boina, tranquila en apariencia.

—¡Luciana!

Se estrechan la mano, sin duda por prudencia.

—Tienes una cara que da miedo, Fernando.

Fernando sonríe tristemente.

—Es que tengo miedo —contesta.

CAPITULO VIII

Se arrimaron a la barandilla del Metro para escapar a las apreturas…

—No he tenido tiempo de reservar una habitación —se disculpó Ravinel—. Pero no tendremos dificultad.

—¡Una habitación! Pero si es absolutamente preciso que me marche a las seis. Tengo servicio esta noche.

—¡Oh! No irás a…

—¿Qué es lo que no voy a hacer…? ¿A abandonarte? Es lo que quieres decir. Te crees en peligro… Veamos, ¿no hay por aquí un café tranquilo donde poder hablar libremente? Porque he venido sobre todo para hablar, ¿sabes? Para ver si no estas enfermo.

Se quitó un guante, cogió la muñeca de Ravinel, lo hizo sin hacer caso de los transeúntes, le palpó el rostro, le pellizcó una mejilla.

—Has adelgazado, palabra. Tienes la piel amarillenta, blanda, los ojos preocupados.

Ésa era la fuerza de Luciana. No se preocupaba nunca de la opinión de los otros. Se burlaba de lo que podían pensar de ella. En medio de los vendedores de periódicos que vociferaban su mercancía, era capaz de contar los latidos de su corazón, de examinar su lengua o de palpar sus ganglios. Y ya Ravinel se sentía seguro. Luciana, cómo decir… Era la antítesis de la blandura, de la nebulosidad. Luciana era decidida, incisiva, casi agresiva. Su voz era firme, nunca vacilaba. Algunas veces hubiese deseado ser Luciana… Y otras la detestaba por los mismos motivos… Porque hacía pensar en un instrumento quirúrgico, frío, pulido, niquelado, insólito. De todos modos, hoy le sería difícil explicar…

—Vayamos a la calle de Rennes —propuso él—. Seguramente encontraremos allí alguna tasca desierta.

Cruzaron la plaza. Era ella quien lo sostenía por el brazo, como para guiarlo o impedirle que se cayese.

—No he entendido en absoluto tus dos llamadas telefónicas. Ante todo, se oía mal. Y luego, hablabas demasiado aprisa. Procedamos con orden. Cuando ayer mañana regresaste a tu casa, el cadáver de Mireya había desaparecido. ¿Es eso?

—Eso es, exactamente.

Él la acechaba de reojo, preguntándose cómo resolvería el problema ella, que siempre repetía: «No nos precipitemos… Con un poco de sentido común…» Andaban sin dejarse distraer, sin dejar que sus miradas vagasen por la profunda perspectiva de la calle que se volvía azulada hacia la plaza Saint-Germain, como el

fondo de un valle. Ravinel se tranquilizaba. Ahora le tocaba a ella llevar la carga.

—No existen muchas soluciones —dijo Luciana—. ¿Ha podido la corriente arrastrar el cuerpo?

Ravinel sonrió.

—¡Imposible! Ante todo, casi no hay corriente, lo sabes tan bien como yo. E incluso admitiéndolo, el cadáver hubiese quedado encallado después del rebosadero. Lo hubiesen descubierto a la primera mirada. Ya puedes figurarte que he buscado por todas partes antes de telefonearte.

—Me lo figuro, sí.

Empezaba a fruncir las cejas, y él, pese a su inquietud mal disimulada, experimentaba una verdadera alegría al notar que se quedaba sin saber qué decir, como un candidato sorprendido por una pregunta fuera de programa.

—Quizás alguien ha robado el cuerpo para hacerte un chantaje —sugirió Luciana sin convicción.

—¡Imposible!

Dejaba caer la palabra con una ligera condescendencia, para humillar a Luciana.

—¡Imposible! He examinado con lupa tal hipótesis; puedo asegurarlo. He llegado incluso a interrogar a la hija del cartero, una chiquilla que cada mañana lleva su cabra a pacer al prado que queda frente al lavadero.

—¿Eso has hecho…? ¿No ha sospechado nada, por lo menos?

—He tomado precauciones. Por lo demás, la pequeña es medio idiota… En resumen, la hipótesis carece de base. ¿Por qué tenía nadie que robar el cadáver? Para hacerme chantaje, como dices, o sencillamente para perjudicarme. Ahora bien, nadie se preocupa de mí… Y luego, date cuenta, robar un cadáver… Mira, ahí hay un pequeño café que nos vendrá de perlas…

Dos macetas con hortensias, una barra minúscula, tres mesas agrupadas alrededor de una estufa. El dueño leía un diario deportivo ante la caja.

—No. No servimos almuerzos… Pero si desean ustedes bocadillos… ¡Muy bien! Y dos dobles.

El hombre penetró en la trastienda, que se adivinaba exigua. Ravinel apartó una mesa para que Luciana pudiera sentarse. Los autobuses se detenían chirriando ante el café, soltaban dos o tres viajeros y reemprendían la marcha. Su masa producía una sombra rápida. Luciana se había destocado y apoyaba los codos en el velador.

—Y ahora, ¿qué es esa historia del sobre?

Avanzaba ya la mano. Él meneó la cabeza.

—Se ha quedado allí. No he vuelto a acercarme a casa. Pero me sé de memoria el contenido. Escucha: *Me veo obligada a ausentarme por dos o tres días. Pero no te inquietes. No es nada grave… ¡Ejem…! Encontrarás provisiones en el armario… Termina el tarro de mermelada empezado…*

—¿Cómo?

—Sé bien lo que digo: *Termina el tarro de mermelada empezado antes de abrir otro, y no te olvides de cerrar bien la espita del gas cuando no necesites ya el fogón. Siempre se te olvida. Hasta pronto. Recibe un fuerte beso…*

Luciana dirigió a su amante una aguda mirada. Después de un momento de silencio, interrogó:

—Naturalmente, habrás reconocido la letra.

—Naturalmente.

—Eso puede imitarse a la perfección.

—Ya sé. Pero no es sólo la letra, es el tono. Estoy seguro de que esa carta procede de Mireya.

—¿Y el matasellos? ¿Es verdadero?

Ravinel se encogió de hombros.

—Puestos a preguntar, pregúntame si el cartero era un verdadero cartero.

—En tal caso, sólo se me ocurre una explicación. Mireya te había escrito antes de marcharse a Mantés.

—Te olvidas de la fecha del matasellos. El sobre ha sido depositado en París el mismo día. ¿Quién lo hubiese echado al correo?

El dueño regresó con bocadillos amontonados en un plato. Sirvió los dos dobles y volvió a sumergirse en la lectura de su diario. Ravinel bajó la voz.

—Y además, si Mireya hubiera sentido el más pequeño temor, nos habría denunciado. No se hubiese contentado con comunicarme que quedaba un tarro de mermelada abierto.

—Para empezar, no hubiese ido a Nantes —observó Luciana—. No, conforme a todas las evidencias no ha podido ser escrita… antes.

Pegó un mordisco a un bocadillo. Ravinel se bebió la mitad de su cerveza. Nunca había comprendido tan claramente lo absurdo de su situación. Y sentía que Luciana perdía poco a poco su seguridad. Ella dejó el bocadillo y empujó el plato.

—No tengo hambre. Es tan… inesperado eso que me explicas… Porque, en fin, si esa carta no ha podido ser escrita antes, aún menos la ha podido escribir… después. Y no contiene ninguna amenaza, como si quien la ha redactado estuviese privado de memoria.

—Muy bien —cuchicheó Ravinel—. Llegas a ello.

—¿Cómo?

—Yo ya me entiendo. Prosigue.

—Es que precisamente… no lo comprendo.

Se miraron largamente, profundamente. Luciana volvió por último la cabeza y aventuró:

—Tal vez es un error de identidad.

Esta vez, Luciana se confesaba vencida. ¡Un error de identidad! ¡Habían ahogado a otra persona!

—No —prosiguió ella inmediatamente—. ¡Es ridículo…! Suponiendo que una mujer pueda parecerse extraordinariamente a Mireya, ¿cómo podrías tú haberte confundido…? E incluso, yo, cuando la he visto muerta… ¡Y esa mujer hubiese acudido a ofrecerse a nuestros golpes!

Ravinel le dejó aún un poco de tiempo para que reflexionase. Los autobuses rozaban la acera, se alejaban con su carga de viajeros, suavemente balanceados en la plataforma. De vez en cuando entraba un hombre, pedía una bebida, lanzaba una ojeada hacia aquella pareja inmóvil, que no comía, que no bebía, que no parecía estar jugando al ajedrez.

—Aún no te lo he dicho todo —prosiguió bruscamente Ravinel—. Esta mañana Mireya ha visitado a su hermano.

Una expresión de estupor, luego de miedo, pasó por los ojos de Luciana. ¡La orgullosa Luciana! Ahora la camisa no le llegaba al cuerpo.

—Ha subido; le ha dado un beso; han charlado un momento.

—Evidentemente —convino Luciana, pensativa—, la mujer que se le parece podía ser la otra, la segunda. Pero Germán, lo mismo que nosotros, no se hubiese engañado con una sustitución. Dices que le ha hablado, que lo ha besado… ¿Es que otra mujer podría tener la misma voz, la misma entonación, los mismos ademanes…? ¡No! Es increíble. Las personas tan idénticas que se confunden son cosas que solamente suceden en las novelas.

—Habría aún una solución —dijo Ravinel—. ¡La catalepsia! Mireya habría presentado todos los síntomas de la muerte… y habría recuperado el conocimiento en el lavadero.

Y como ella no parecía comprenderlo:

—La catalepsia existe —prosiguió—. Hace tiempo leí unos artículos sobre ella.

—¡La catalepsia, después de cuarenta y ocho horas bajo el agua!

Ravinel presintió que Luciana iba a enfadarse, y, con la mano, le hizo señas para que no alzara la voz.

—Escucha —dijo Luciana—. Si se tratase de un caso de catalepsia, yo dejaría inmediatamente de ejercer, ¿me entiendes? Porque la medicina no sería ya una ciencia, porque…

Parecía herida en lo vivo. Su boca temblaba.

—Nosotros los médicos sabemos reconocer la muerte. ¿Quieres que te dé pruebas? ¿Que te explique cómo he comprobado…? De modo que ¿te imaginas que firmamos permisos de inhumación así, de cualquier modo?

—Cálmate, te lo ruego, Luciana. Se callaron, con los ojos brillantes. Luciana se sentía orgullosa de sus conocimientos, de su posición. Sabía que lo dominaba desde

toda la altura de su profesión. Siempre había tenido necesidad de la admiración de él. Y helo aquí que se permitía… Ella lo vigilaba, en espera de una palabra o de un ademán de disculpa.

—No hay necesidad de discutir —prosiguió con su voz de hospital—. Mireya está muerta. El resto, explícalo como quieras.

—Mireya está muerta. Y sin embargo, Mireya está viva.

—Hablo en serio.

—Yo también. Creo que Mireya…

¿Debía confesárselo a Luciana…? Nunca le había revelado sus pensamientos más secretos, pero sabía que ella lo conocía a fondo, sin duda de una manera algo novelesca, pero muy segura. Se decidió.

—Mireya es un fantasma —susurró.

—¿Qué?

—Lo que oyes: un fantasma. Aparece donde quiere, cuando quiere… Se materializa.

Luciana le cogió otra vez la muñeca y él se ruborizó.

—Nunca me atrevería a decir una cosa así a según quién. Te confío un presentimiento, una suposición… A mí me parece plausible.

—Será preciso que te examine con detenimiento —murmuró Luciana—. Empiezo a creer que tienes un complejo. ¿No me explicaste un día que tu padre…?

Su rostro se endureció de repente y sus dedos apretaron la muñeca de Ravinel hasta hacerle daño.

—¡Fernando, mírame…! ¿No estarás, por ventura, representando una comedia?

Rió nerviosamente, cruzó los brazos, se inclinó hacia delante. Desde la calle habría podido creerse que ofrecía la boca a su amante.

—¿No me tomarás por una estúpida…? ¿Tienes intención de engañarme por mucho rato? Mireya está muerta. Lo sé. Y querrías hacerme creer que su cadáver ha sido robado, que ha resucitado, que se pasea por París… Y yo, porque…, sí, bien puedo confesarlo, porque te amo…, me estoy torturando el cerebro.

—Más bajo, Luciana, te lo ruego.

—Empiezo a entenderlo… En suma, puedes explicarme lo que quieras. ¡Yo no estaba presente! Pero, de todos modos, hay límites que no se pueden sobrepasar. ¡Vamos! Por una vez, sé franco, ¿qué te propones con esto?

Ravinel no la había visto nunca tan alterada. Casi tartamudeaba de ira, y una mancha pálida se extendía alrededor de las aletas de su nariz.

—¡Luciana! Te juro que no te engaño.

—Ah, no. No insistas. Estoy dispuesta a aceptar muchas cosas, pero no a creer que un círculo es cuadrado, que un muerto está vivo, que lo imposible es posible.

El dueño del bar leía, indiferente. ¡Había visto tantas parejas! ¡Había escuchado

tantas conversaciones estrambóticas! Pero Ravinel, inquieto al sentir aquella presencia detrás de él, agitó un billete.

—Oiga, por favor…

Estuvo a punto de disculparse por no haber tocado los bocadillos. Luciana se empolvaba, con el rostro oculto detrás del bolso. Se levantó la primera; salió sin mirar si él la seguía.

—Escucha, Luciana… Te juro que he dicho la verdad.

Ella andaba con la cabeza vuelta hacia los escaparates, y él no se atrevía a levantar la voz, a causa de los transeúntes.

—¡Escúchame, Luciana!

Resultaba demasiado estúpida esta escena que no había sabido prever. Y el tiempo transcurría, transcurría. Muy pronto, ella regresaría a la estación, abandonándolo a todas las amenazas, todos los peligros… Desesperado, le cogió un brazo.

—Luciana…, sabes de sobra que no tengo interés…

—¿No? ¿Y el seguro?

—¿Qué quieres decir?

—Es bien sencillo. Sin cadáver no hay seguro.

Entonces me explicarás que la compañía aseguradora no ha pagado. Que tú no has cobrado nada.

Un hombre los contempló con insistencia. ¿Habría tal vez oído la frase de Luciana? Ravinel miró a su alrededor con ojos atemorizados. Aquella discusión en la calle… ¡Era lo peor de todo!

—¡Luciana! ¡Te lo suplico! Si pudieses imaginar todo lo que he soportado ya… Entremos ahí.

Acababan de cruzar la plaza de Saint-Germain y pasaban junto al jardincillo pegado a la iglesia. Los bancos estaban mojados. Una luz triste penetraba a través de las ramas desnudas de los árboles.

Sin cadáver no había indemnización. Ravinel no había considerado ni un solo instante este aspecto del problema. Se sentó en el extremo de un banco. Esta vez era el final. Luciana permanecía de pie junto a él, y con la punta del zapato apartaba las hojas muertas. Los pitidos de los guardias, el deslizamiento de los vehículos, tenues melodías de órganos que se filtraban a través de la puerta acolchada de la iglesia… ¡La vida de los demás! ¡Ah! ¡No ser más que Ravinel!

—¿Me abandonas, Luciana?

—Perdón, creo que eres tú quien…

Ravinel extendió sobre el banco un faldón de su impermeable.

—Ven aquí… ¿No iremos a pelearnos precisamente ahora?

Luciana se sentó a su vez. Unas mujeres que cruzaban el jardincillo los

observaron con desconfianza. No, aquellos dos no eran unos enamorados como los otros.

—Para mí, esto nunca ha sido una cuestión de dinero, y tú lo sabes bien —prosiguió él con cansancio—. Y luego, reflexiona un poco… Admitamos que quiera engañarte. ¿Podría esperar en serio que tú no te enterases nunca de la verdad…? No tendrías más que venir a Enghien para informarte y lo sabrías en seguida.

Luciana se encogió rabiosamente de hombros.

—Dejemos lo del seguro. ¿Y si hubieses tenido miedo de llegar hasta el final? ¿Y si hubieses flaqueado, si hubieses preferido ocultar el cuerpo, enterrarlo?

—Pero eso sería aún más peligroso para mí. Ya no podría tratarse de un accidente y en seguida se sospecharía de mí… En fin, ¿por qué habría inventado el sobre o la visita a Germán?

Los escaparates se iluminaban ante la creciente oscuridad. Las luces de posición de los vehículos empezaban a brillar, pero aún había claridad en el jardincillo. Era la hora indecisa que él temía siempre, la hora que, antaño, ponía punto final a sus juegos en la habitación estrecha donde su madre hacía calceta, junto a la ventana que se oscurecía lentamente, hasta convertirse en un perfil negro cuyas manos de sombra parecían jugar con cuchillos. Comprendía bruscamente que ya no podría huir. ¡Estaba listo lo de Antibes!

—Es que no te das cuenta —murmuró él—. Si la compañía de seguros no paga, nunca tendré el valor de…, de…

—Siempre estás pensando en ti, mi pobre amigo —dijo ella—. ¡Si por lo menos hicieses algo! Pero no. Te refugias en no sé qué ensueños fantásticos. Estoy dispuesta a admitir que el cuerpo ha desaparecido. ¿Qué has hecho para encontrarlo? Un cadáver no se pasea solo.

—Mireya ha sido siempre propensa a las fugas.

—¿Cómo? ¡Te estás burlando de mí!

Desde luego, él comprendía lo absurdo de su observación. Y sin embargo, adivinaba que aquella historia de las fugas tenía importancia, se relacionaba en cierto modo con la desaparición del cadáver. Repitió las palabras de Germán, y Luciana se encogió nuevamente de hombros.

—¡Sea! Mireya tenía tendencia a huir cuando estaba viva. Pero siempre olvidas que está muerta. Prescindamos de la carta, de la visita a su hermano…

Era una expresión muy de Luciana: «¡Prescindamos!» Fácil de decir.

—Lo que importa es el cuerpo. Forzosamente está en algún sitio.

—Germán no está loco.

—Lo ignoro. Y no quiero saberlo. Me limito a los hechos. Mireya está muerta. Su cadáver ha desaparecido. Todo lo demás no significa nada. Así, pues, es preciso buscar y encontrar ese cadáver. Si tú no lo buscas, eso demuestra que nuestros

proyectos no te interesan. En ese caso…

El tono significaba claramente que Luciana proseguiría por sí sola aquellos proyectos, que se marcharía sola. Pasó un sacerdote, envuelto en una larga manta. Desapareció por una puertecilla como un conjurado.

—Si lo hubiese sabido —dijo Luciana—, habría preparado mis planes de otra manera.

—Está bien. Volveré a buscar.

Ella pegó una patada en el suelo.

—No se trata de buscar sin convicción, Fernando. Pareces no comprender que esta desaparición es muy peligrosa. Será preciso que te resignes a avisar a la Policía, un día u otro.

—La Policía —repitió él, asustado.

—¡Caramba! Tu mujer no da señales de vida…

—Pero ¿y la carta?

—¡La carta…! Sí, en rigor, puede proporcionarte un pretexto para esperar… Lo mismo que esa historia de las fugas. Pero, en definitiva, el resultado será siempre el mismo. Una sencilla cuestión de tiempo. Habrá que decidirse.

—¡La Policía!

—Sí, la Policía… No hay medio de evitarlo. De modo que, créeme, no esperes, Fernando, busca. Busca en serio. Ah, si yo no viviese tan lejos, te aseguro que la encontraría.

Se levantó, se estiró el abrigo, se metió el bolso bajo el brazo con un ademán seco.

—Es la hora y no me interesa viajar de pie.

Ravinel se levantó pesadamente. ¡Bueno! No se podía contar ya con Luciana. ¿No había estado a punto de abandonarlo cuando la avería de la carretera…? En suma, era normal. No, nunca habían sido más que dos asociados, dos cómplices.

—Naturalmente, me tendrás al corriente.

—Desde luego —suspiró Ravinel.

No habían hablado más que de Mireya y el tema parecía agotado, de modo que no tenían nada más que decirse. Ascendieron por la calle de Rennes en silencio. En realidad, ya no estaban juntos. Bastaba mirarla para comprender que ella siempre conseguiría escabullirse. Si la Policía se volvía demasiado curiosa, sería él solo quien pagaría, y le constaba. Estaba acostumbrado. ¡Pagaba desde hacía tanto tiempo!

—También desearía que te cuidases —dijo Luciana.

—Oh, sabes…

—No bromeo.

¡Exacto! Luciana no bromeaba nunca. ¿Cuándo la había visto tranquila, sonriente, confiada? Vivía a largo plazo, a semanas y meses de distancia. El porvenir era su

refugio, como, para la mayoría de los otros, el pasado. ¿Qué esperaba del porvenir? Él nunca se lo había preguntado, por una especie de temor supersticioso. No estaba muy seguro de ocupar un lugar importante en ese porvenir.

—Lo que me has dicho antes me inquieta —prosiguió ella.

Ravinel comprendió a lo que se refería y, bajando la voz, aseguró:

—Sin embargo, eso lo explicaría todo.

Luciana le cogió el brazo y se le aproximó un poco.

—Has creído ver la carta, ¿no es cierto? Sí, cariño, empiezo a comprender lo que te ocurre. He hecho mal en excitarme. Siempre debería razonar como médico… Los mentirosos no existen. Sólo hay personas enfermas. De momento he creído que querías hacerme una jugarreta. Hubiese debido pensar que el viaje de la otra noche… Y todo lo que precedió ha agotado tu resistencia.

—Pero, puesto que Germán, por su parte…

—Deja a Germán. Su testimonio es de lo más dudoso, y tú serías el primero en reconocerlo si estuvieses en estado de reflexionar. Tendré que enviarte a que te vea Brichet. Te hará un psicoanálisis.

—¿Y si hablo? ¿Y si lo cuento todo?

Luciana alzó la cabeza con un movimiento brusco que hizo sobresalir su barbilla. Desafiaba a Brichet y a todos los confesores; desafiaba al bien y al mal.

—Si tienes miedo de Brichet, no lo tendrás de mí. Yo misma te examinaré. Y te prometo que no verás más fantasmas. Entretanto, voy a darte una receta.

Se detuvo bajo un farol, sacó una libreta de su bolso y se puso a escribir. Ravinel sentía confusamente lo chocante y falsa que era aquella escena. Luciana intentaba tranquilizarlo. Pero sin duda pensaba ya en que no regresaría, que no lo vería más y que él estaba perdido sin remedio, como un soldado a quien se abandona en su puesto, en la tierra de nadie, mientras se le afirma que el relevo no tardará en llegar.

—¡Toma…! Receto casi únicamente calmantes. Trata de dormir, cariño. Desde hace cinco días vives con los nervios de punta. Eso puede acabar mal, ¿sabes?

Llegaban a la estación. El «Dupont» estaba iluminado. Los vendedores de diarios, los taxis, la muchedumbre… De segundo en segundo, Luciana se convertía en una extraña. Compró unas cuantas revistas. ¡Se veía capaz de leer!

—¿Y si yo también me marchase?

—Fernando, ¿estás loco? Tienes que desempeñar tu papel.

Y pronunció esta asombrosa frase:

—Al fin y al cabo, Mireya era tu mujer.

Cualquiera creería que ella no experimentaba ningún sentimiento de culpabilidad. Él había deseado que su mujer desapareciese. Luciana le había prestado su inteligencia, su iniciativa, a cambio de una participación en los beneficios. Su responsabilidad no pasaba de ahí. Allá se las arreglara él. Pensó —lo que no era

menos asombroso— que Mireya y él estaban muy solos.

Sacó un billete de andén y siguió a Luciana.

—¿Vas a regresar a Enghien? —preguntó ella—. Sería preferible. Y desde mañana, empieza a buscar a fondo.

—A fondo —repitió él con ironía dolorosa.

Pasaron junto a una hilera de vagones desiertos y franquearon por un puente una larga avenida balizada con luces que parecían unirse, muy lejos, bajo un cielo gris de hinchazones pálidas.

—No te olvides de pasar por tu casa. Pídeles un permiso. No te lo negarán… Y luego, lee los diarios. Es posible que te enteres de algo.

Todo eso no eran más que consuelos. Palabras vacías. Una manera de llenar el silencio, de lanzar entre ambos una pasarela frágil que se hundiría al cabo de unos pocos minutos para caer en un profundo abismo. Ravinel hizo cuestión de honor el jugar el juego hasta el final. Buscó un compartimiento; encontró un rincón en un vagón nuevo que olía a barniz. Y Luciana insistió en permanecer en el andén todo el tiempo posible. Fue preciso que un empleado le hiciese un ademán. Besó a Ravinel con una violencia que lo dejó sorprendido.

—Ten valor, cariño. ¡Telefonéame!

El tren arrancó muy lentamente. El rostro de Luciana se alejaba: no era más que una mancha blanca. Otros rostros, en las ventanillas, pasaban, y todos los ojos miraban a Ravinel. Se subió el cuello del abrigo. Se sentía mal. El tren se precipitaba hacia una lejanía agujereada por señales policromas. Ravinel dio media vuelta e irguió la cabeza.

CAPÍTULO IX

Antes de dormirse, Ravinel pensó durante mucho rato en las palabras de Luciana: «Un cadáver no se pasea solo». A la mañana siguiente, tras las primeras vacilaciones del despertar, descubrió de repente un detalle que hasta entonces se le había escapado. Algo tan sencillo que le hizo permanecer inmóvil, con el rostro crispado y la cabeza llena de tumulto. Los documentos de identidad de Mireya estaban en su bolso, y éste se encontraba en Enghien, en la casa. Así, pues, no había nada que permitiese identificar el cuerpo. Si los ladrones se habían desembarazado de su fardo comprometedor, si se le hubiese descubierto… ¡Pardiez! ¿Y adónde van los cadáveres anónimos? ¡Al depósito!

Ravinel se arregló apresuradamente y luego telefoneó al bulevar de Magenta para solicitar varios días de permiso. Ninguna dificultad. A continuación buscó en el listín telefónico la dirección del depósito, y recordó a tiempo que se llama oficialmente Instituto Médico-Legal… En la plaza Mazas, es decir, en el muelle de La Rapé, a dos pasos del puente de Austerlitz. ¡Por fin! Iba a saber…

Había dormido en el hotel de Bretaña y al salir volvió a encontrar la explanada de la estación Montparnasse, pero tuvo dificultad en orientarse. Una espesa niebla verdosa transformaba la plaza en una especie de meseta submarina, surcada de formas extrañamente luminosas. El «Dupont» se asemejaba a un trasatlántico hundido con todas las luces encendidas: Brillaba muy lejos, en el fondo de las aguas, y Ravinel debió andar mucho rato para alcanzarlo. Se bebió un café, en pie junto al mostrador, al lado de un empleado de ferrocarriles que explicaba al camarero que todos los trenes llevaban retraso y que el 602, procedente de Le Mans, había descarrilado en las proximidades de Versalles.

—Y el servicio meteorológico afirma que esta basura va a durar varios días. A lo que parece, en Londres los transeúntes han de circular con linternas eléctricas.

Ravinel experimentó una inquietud sorda. ¿Por qué la niebla? ¿Por qué precisamente hoy? ¿Cómo reconocer, entre las siluetas que nos rozan, las que pertenecen a los vivos y las que…? ¡Absurdo! Pero ¿cómo hacer para impedir que esta bruma viscosa penetre en el pecho, dé vueltas lentamente en el interior de la cabeza como una nube de opio? Alternativamente, todo se vuelve falso o verdadero.

Echó un billete en el mostrador, se aventuró sobre la acera. Ya a sus espaldas las luces perdían todo el vigor, cesaban de ser protectoras. Junto al paso de peatones empezaba el vacío húmedo, la extensión indistinta donde yacían mezclados los motores, los faros blancos como ojos sin mirada, los ruidos de pasos, ruidos de pasos hasta el infinito, sin que hubiera medio de saber quién andaba. Un taxi se detuvo ante

el «Dupont» y Ravinel se apresuró. No se atrevió a decir:

—¡Al depósito de cadáveres! —y balbuceo explicaciones confusas que el taxista escuchó con aire de aburrimiento.

—Bueno, mejor será que se decida. ¿A dónde quiere ir?

—Al muelle de La Rapée.

El taxi arrancó tan brutalmente que Ravinel cayó de espaldas sobre al asiento. Lamentó en seguida su decisión. ¿Qué iba a hacer en el depósito? ¿Qué diría? ¿En qué trampa iría a caer? Porque había una trampa en algún sitio. Una trampa cebada con un cadáver. De repente le pareció ver los garlitos, los extraños mecanismos de alambre cuyo manejo explicaba a sus clientes. «Ahí ata usted un pedazo de carne o de tripa de gallina… Lo sumerge de cara a la corriente, entre las hierbas… El pez ni siquiera nota que está preso». Había una trampa en alguna parte.

Un frenazo hizo chirriar los neumáticos, y Ravinel casi cayó de bruces. El taxista, asomado a la portezuela, lanzaba invectivas contra la niebla, contra el transeúnte invisible. Reemprendió la marcha con una sacudida. De vez en cuando limpiaba el parabrisas, ante sus ojos, con el canto de la mano, sin cesar de murmurar. Ravinel no reconocía el bulevar. No sabía ya en qué barrio estaban. ¿Acaso el propio taxista formaba parte de la trampa? Porque Luciana tenía razón: un cuerpo no se volatiliza. Mireya era tal vez capaz de manifestarse, de reaparecer, pero era un problema aparte, un asunto entre Mireya y él. Mientras que el cuerpo… ¿Por qué tenían que haberlo robado y luego abandonado? ¿Qué se proponían? ¿La amenaza procedía de Mireya, del cuerpo de Mireya, o de ambos a la vez? Planteada así, la pregunta tenía algo de alucinante, pero ¿cómo plantearla de otra forma?

Unas luces desfilaron por la derecha, confusas, temblorosas, sin duda la estación de Austerlitz. El taxi viró y se sumergió en una especie de algodón donde la luz de los faros quedaba ahogada. El Sena debía discurrir muy próximo, pero por la portezuela no se veía más que una nube inmóvil y, cuando el taxi se detuvo, un gran silencio, apenas turbado por el motor a marcha lenta, rodeó a Ravinel, un silencio de bodega, de subterráneo, un silencio que adquiría el valor de un aviso. El auto, oculto por la bruma, se alejó lentamente y Ravinel distinguió el ruido del agua, el de las gotas que caían de los aleros, los chapoteos de la tierra empapada, el murmullo de un arroyo, rumores vagos, fluidos como los de un pantano. Recordó el lavadero y su mano se dirigió al revólver. Era el único objeto duro en el que podía apoyarse, en medio de la descomposición universal del espacio. Tanteó a lo largo del parapeto. La niebla le rozaba los pies, se enrollaba alrededor de sus tobillos como una hilacha fría. Levantaba las piernas instintivamente, como un pescador que se aventura sobre un fondo movedizo. El edificio se irguió de repente ante él como surgido de la tierra. Ascendió los escalones, entrevió al fondo de un vestíbulo una camilla con ruedas de goma y empujó una puerta.

Un escritorio, unos archivadores y una lámpara verde que formaba en el suelo un gran círculo luminoso. Un radiador sobre el que ronroneaba una cacerola llena de agua. Había vapor, humo de tabaco y niebla. La pieza olía a humedad y a desinfectante. El empleado estaba sentado detrás de la mesa, con su gorra, provista de un escudo de plata, echada hacia la nuca. Un hombre hacía como que se calentaba ante el radiador. Llevaba un abrigo remendado y brillante a la altura de los riñones, pero tenía zapatos nuevos que crujían cuando andaba. Los dos observaron a Ravinel, que se adelantó con desconfianza.

—¿Qué desea? —preguntó el empleado mientras se balanceaba en su silla.

Era exasperante sentir la presencia del otro, detrás, escuchar el ligero chirrido de sus zapatos.

—Vengo por mi mujer —dijo Ravinel—. He regresado de un viaje y no está en casa. Su ausencia me inquieta.

El empleado echó una ojeada al hombre, y Ravinel tuvo la impresión de que se esforzaba para no sonreír.

—Habrá dado parte a la comisaría… ¿Dónde vive usted?

—En Enghien… No. Todavía no he avisado a nadie.

—Ha hecho usted mal.

—No lo sabía.

—La próxima vez lo sabrá.

Desconcertado, Ravinel se volvió hacia el hombre. Éste, con las manos muy próximas al radiador, paseaba distraídamente su mirada por el vacío. Era grueso, con bolsas bajo los ojos y una papada color de cera que casi ocultaba el cuello de la camisa.

—¿Cuánto hace que ha regresado usted de viaje?

—Dos días.

—¿Es la primera vez que su esposa se ausenta?

—Sí… Es decir, no… Cuando era muy joven alguna vez se fugaba. Pero hace años que…

—¿Qué teme usted exactamente…? ¿Un suicidio?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama usted?

Aquello se parecía cada vez más a un interrogatorio. Ravinel estuvo a punto de protestar, de poner en su sitio a aquel individuo que lo examinaba de arriba abajo, mientras se pasaba la lengua por los dientes. Pero tenía que enterarse a cualquier precio.

—Ravinel… Fernando Ravinel. —¿Cómo es su esposa…? ¿Qué edad tiene?

—Veintinueve años.

—¿Alta…? ¿Baja?

—Mediana. Aproximadamente un metro sesenta.

—¿Cabello, de qué color?

—Rubio.

El empleado seguía balanceándose con las manos apoyadas en el borde de la mesa. Sus uñas aparecían mordidas, y Ravinel se volvió hacia la ventana, cuyos cristales eran opacos.

—¿Cómo va vestida?

—Lleva un traje sastre azul marino. En fin, lo supongo.

Era tal vez un error, pues el empleado miró hacia el radiador, como si tomase al desconocido por testigo.

—¿No sabe cómo va vestida su esposa?

—No. En general lleva un traje sastre azul, pero a veces se pone encima un abrigo con cuello de piel.

—Debería haberlo comprobado. El empleado se alzó la gorra, se rascó el cráneo, volvió a ponérsela.

—La única que veo es la ahogada del puente de Bercy…

—¡Ah! Han encontrado…

—Todos los diarios de anteayer hablaron de ello. ¿Es que usted no los lee?

Ravinel tenía la impresión de que el hombre que estaba a su espalda no dejaba de mirarlo.

—Espérese —dijo el empleado.

Dio un cuarto de vuelta apoyado en una pata de la silla, se levantó y desapareció por una puerta junto a la que había dos percheros. Ravinel, algo perdido, no se atrevía a moverse. El otro seguía examinándolo, estaba seguro. A veces chirriaba un zapato, casi imperceptiblemente. La espera se hacía horrible. Ravinel imaginaba hileras de cuerpos en las estanterías. El sujeto de la gorra debía pasearse ante esas estanterías como un bodeguero que busca un «Haut-Brion 1939» o un champaña de etiqueta dorada. La puerta se abrió.

—¿Quiere usted pasar?

Había un corredor y se desembocaba en una sala con mosaicos en las paredes, dividida en dos por un cristal inmenso. El menor ruido despertaba un eco interminable. De la lámpara que colgaba del techo descendía una luz cruda, que se multiplicaba en reflejos lívidos. Hacía pensar en una pescadería después de la hora de mercado. Ravinel sentía casi tentaciones de buscar por el suelo restos de algas y pedazos de hielo. Distinguió a un guardián que empujaba un carrito.

—Acerqúese. No tenga miedo.

Ravinel se apoyó en el cristal. El cuerpo se deslizaba hacia él, y creyó ver a Mireya saliendo de la bañera, con los cabellos pegados y su ropa mojada dibujándole los muslos. Reprimió una especie de hipo; sus manos se posaron sobre el cristal; su

aliento empañó la pared transparente.

—¡Bueno, qué! ¡Examínela! —dijo el empleado jovialmente.

No. No era Mireya. Y era aún más terrible.

—¿Qué?

—No.

El empleado hizo un ademán, y el carrito desapareció remolcado por el guardián. Ravinel se secó el sudor de su rostro.

—La primera vez impresiona un poco —comentó el de la gorra—. Pero puesto que no es su esposa…

Volvió a conducir a Ravinel al despacho y se sentó.

—Lo lamento. En fin, es una manera de hablar. Si tenemos algo nuevo, ya le avisaremos. ¿Su dirección?

—«Villa Alegría», en Enghien.

La pluma raspaba. El otro seguía junto al radiador, inmóvil.

—En su lugar, yo avisaría a la Policía.

—Muy agradecido —balbució Ravinel.

—Oh, no hay de qué.

Se encontró fuera, con las piernas fláccidas y los oídos silbantes. La niebla continuaba siendo igualmente espesa, pero un resplandor rojizo la penetraba, la teñía, le confería una consistencia de muselina, de tela mojada. Ravinel pensó en el Metro, muy cercano. Se orientó, cruzó la calle. Los vehículos ya no circulaban. Los ruidos, deformados, parecían bogar en el silencio, caminando a lo largo de complicadas pistas. Algunos procedían de muy lejos; otros morían en seguida, y uno tenía la impresión de ir escoltado por presencias, formar parte de un mundo en marcha, de una especie de entierro solemne y secreto. De vez en cuando, un farol brillaba tenuemente, velado por un crespón grisáceo y flotante. Mireya no estaba en el depósito. ¿Qué diría Luciana…? ¿Y la compañía de seguros? ¿Había que avisarla…? Ravinel se detuvo. Se sentía ahogar. Entonces oyó chirriar unos zapatos cerca de él. Tosió. Los pasos se detuvieron. ¿Dónde? ¿A la derecha? ¿A la izquierda…? Ravinel reemprendió la marcha. El chirrido volvió a oírse, algunos metros más atrás. ¡Ah! Eran muy listos. ¡Qué bien habían sabido atraerlo al depósito…! Pero no… Nadie podía saber… Ravinel tropezó con un bordillo. Vislumbró una silueta que se apartaba y se sumergía en la bruma. La boca del Metro debía abrirse a poca distancia. Ravinel corrió, cruzándose con otras siluetas, sorprendiendo rostros que parecían modelarse en aquel mismo lugar, en la propia materia de la niebla, para luego deformarse y derretirse como cera. El chirrido seguía siendo perceptible. ¿Querría tal vez matarlo el hombre? Un cuchillo que surge de la bruma, un dolor agudo, nunca: experimentado… Pero ¿por qué? ¿Por qué? Ravinel no tenía enemigos…, exceptuada Mireya. ¿Cómo podía ser Mireya su enemiga? No, no era eso.

El Metro… Y de repente los cuerpos volvían a ser visibles, hombres y mujeres que se recomponían, que brillaban a causa de las mil gotitas adheridas a sus abrigos, a sus cabellos, a sus cejas. Ravinel esperó al hombre al pie de la escalera. Vio sus zapatos en el borde del escalón más alto, su abrigo de bolsillos abultados. Pasó al andén. El hombre lo seguía. ¿Sería tal vez él quien había robado el cadáver? Y ahora se disponía a dictar sus condiciones.

Ravinel subió en el coche delantero; adivinó el abrigo que se metía dos puertas más atrás. Al lado de Ravinel, un guardia leía *L’Equipe*. Estuvo a punto de tirarle de la manga, de decirle: «Me siguen. Estoy en peligro». Pero ¿no se burlarían de él? ¿Y si por casualidad lo tomaban en serio y le pedían explicaciones? No. No había nada que hacer. Nada.

Las estaciones desfilaban con sus anuncios gigantescos. Las curvas apretaban el cuerpo de Ravinel contra el del guardia, que contemplaba la airosa silueta de un saltador de pértiga. ¿Despistar el perseguidor? Esto representaba demasiados esfuerzos, astucia, fintas. Era preferible esperar. ¿Merecía la vida ser defendida con tanta aspereza?

Ravinel se apeó en la estación del Norte. No tenía necesidad de volverse. El hombre seguía detrás. Así que la muchedumbre se hacía menos densa, se alargaba por los corredores, el chirrido se reanudaba, obstinado. «¡Quieren azararme!», pensó Ravinel. Llegó al vestíbulo de la estación, adquirió su billete delante del desconocido, que igualmente pidió uno para Enghien. El reloj de la estación señalaba las diez y cinco. Ravinel buscó un coche desocupado. El hombre se vería obligado a descubrirse a mostrar su juego. Ravinel se instaló, colocó un diario frente a él, sobre el asiento, como para reservar el sitio. Y el hombre apareció. Señaló el rincón.

—¿Me permite?

—Le estaba esperando —dijo Ravinel.

El hombre se sentó pesadamente, después de haber apartado el diario.

—Deseado Merlin —murmuró—. Inspector de Policía retirado.

—¿Retirado?

Ravinel no había podido reprimir la pregunta. Comprendía cada vez menos.

—Sí —afirmó Merlin—. Le pido perdón por haberle seguido.

Tenía ojos azules, muy pálidos, muy vivos, que contrastaban con el abotargamiento de su rostro. Parecía bonachón, con los codos apoyados en sus enormes muslos y la cadena del reloj cruzándole el chaleco. Miró a su alrededor y luego, inclinándose hacia delante, habló:

—Hace un rato, por una verdadera casualidad, he escuchado su conversación y he pensado que podría serle útil. Dispongo de muchas horas libres y de veinticinco años de experiencia. En fin, me he encontrado con docenas de casos como el suyo. Una mujer desaparece, su marido la cree muerta, y luego, el día menos pensado…

Créame, querido señor, a menudo es preferible esperar antes de poner en movimiento a la Policía oficial.

El tren arrancó, arrancó lentamente por un paisaje sin contornos en el que se desplazaban manchas luminosas. Merlin tocó la rodilla de Ravinel y prosiguió con voz de confesor:

—Estoy muy bien situado para efectuar ciertas investigaciones y puedo indagar sin ruido, sin alboroto, discretamente… Desde luego, no haría nada ilegal, pero no existe motivo alguno para suponer…

Ravinel pensó en los zapatos chirriantes y se tranquilizó. Aquel Merlin tenía cara de buena persona. Debía estar al acecho de pequeños asuntillos, lo que explicaba su presencia en el Instituto Médico-Legal. La jubilación de un inspector no debía de ser muy importante. Pues bien, llegaba a tiempo el tal Merlin. Tal vez él conseguiría encontrar…

—En efecto, creo que podría usted ayudarme —asintió Ravinel—. Soy viajante de comercio, y en general regreso a mi casa todos los sábados.

Pues bien, anteayer no encontré a mi esposa en casa. He tenido paciencia durante dos días, y esta mañana…

—Permítame ante todo que le haga unas preguntas —cuchicheó Merlin tras una nueva mirada circular—. ¿Cuánto tiempo llevan ustedes casados?

—Cinco años. Mi mujer se ha mostrado siempre muy formal y no creo que… Merlin levantó su mano rolliza.

—¡Aguarde! ¿Tienen hijos?

—No.

—¿Y los padres de usted?

—Han muerto. Pero no relaciono…

—Déjeme hablar. Estoy acostumbrado. ¿Y los de su esposa?

—También han muerto. Mireya no tiene más familia que un hermano, casado, que vive en París. —Bien. Ya veo… Una mujer joven, que vive sola… ¿Alguna enfermedad importante?

—Ninguna. Hace tres años padeció fiebre tifoidea. Es muy robusta. Con toda seguridad mucho más que yo.

—Allí en el depósito ha hablado usted de fugas. ¿Las ha observado personalmente?

—No. Mireya siempre me ha parecido muy equilibrada. A menudo estaba nerviosa, irritable. Pero, en el fondo, no más de lo corriente.

—¡Habrá que verlo! De momento, trato de hacerme una idea… ¿Se ha llevado algún arma?

—No. Y sin embargo había un revólver en la casa.

—¿Ha cogido dinero?

—No. Incluso olvidó su bolso. Contiene varios billetes de mil. Guardamos poco dinero en efectivo.

—Era… Quiero decir: ¿es ahorradora?

—Sí, bastante.

—Observe que, a espaldas de usted, muy bien ha podido hacer economías importantes. Recuerdo un caso ocurrido en mil novecientos cuarenta y siete…

Ravinel escuchaba cortésmente. Miraba el cristal rayado por las gotas, la vía descendente, poco a poco visible entre la niebla, que se aclaraba en ciertos puntos. ¿Tenía razón? ¿Estaba equivocado? Ya no lo sabía. Desde el punto de vista de Luciana, procedía sensatamente, sin duda alguna. Pero ¿y desde el punto de vista de Mireya…? Se sobresaltó. Aquella reflexión era estúpida. Y no obstante… ¿Soportaría Mireya la intrusión de aquel policía? Merlin hablaba, volcaba con nostalgia sus recuerdos, y Ravinel se esforzaba en no pensar más, en no prever más. Ya se vería. Las circunstancias indicarían la decisión que había que tomar.

—¿Qué?

—Le pregunto si su esposa no se ha llevado en realidad ningún documento.

—No. Tanto su tarjeta de identidad como su tarjeta electoral están en el bolso.

El vagón traqueteó al pasar un desvío y aminoró la marcha.

—Estamos llegando —dijo Ravinel.

Merlin se levantó y buscó su billete entre los papeluchos que se amontonaban en sus bolsillos.

—Evidentemente, la primera hipótesis que a uno se le ocurre es la de su fuga. Si su esposa se hubiese suicidado, se habría encontrado el cadáver. ¡Imagínese! Al cabo de dos días…

Sin embargo, era ese cuerpo lo que había que encontrar. Pero ¿cómo explicárselo a Merlin? La pesadilla empezaba de nuevo. Ravinel sintió deseos de pedir al hombretón sus documentos de identidad. Pero el otro debía de haber adoptado sus precauciones. La petición no lo cogería por sorpresa. Aparte que, ¿por qué dudar? ¿No era lo más verosímil que se tratase de verdad de un inspector? No, no había nada que hacer. Merlin saltaba ya al andén y esperaba a Ravinel. Imposible huir.

—¡Vamos! —dijo Ravinel con un suspiro—. La casa está a unos minutos de camino.

Anduvieron entre la niebla, que los aislaba mejor que una pared. Los zapatos chirriaban con más fuerza, y Ravinel debía hacer acopio de toda su fuerza y voluntad para no ceder al pánico. ¡La trampa! Estaba en la trampa, Merlin…

—¿Es usted verdaderamente…?

—¿Qué?

—No, nada… Mire, ésta es la entrada de la calle. La casa queda al fondo.

—Es usted afortunado al poderse orientar en medio de esta negrura.

—Es la costumbre, inspector. Regresaría a mi casa con los ojos cerrados.

Sus pasos resonaron sobre el cemento, ante la verja, y Ravinel sacó las llaves.

—Nunca se sabe… Tal vez haya algo en el buzón del correo —dijo Merlin.

Ravinel abrió la portezuela, y el policía deslizó la mano en el buzón.

—Nada.

—Me hubiese sorprendido —gruñó Ravinel. Abrió la puerta de la casita y entró rápidamente en la cocina, donde escamoteó la carta que había quedado encima de la mesa, y quitó el cuchillo hundido en la puerta.

—Es una casita agradable —comentó Merlin—. Un diminuto hogar como éste fue mi sueño en otro tiempo.

Se frotó las manos y se quitó el sombrero, descubriendo un cráneo casi calvo, donde el sombrero había dejado una señal roja.

—Enséñemela, ¿quiere?

Ravinel lo introdujo en el comedor, después de haber apagado la luz de la cocina, por costumbre.

—¡Ah! ¡He aquí el bolso! —exclamó Merlin.

Lo abrió y, sacudiéndolo boca abajo, vació el contenido sobre la mesa.

—¿No hay llaves? —preguntó mientras esparcía con un dedo la polvera, el mechero, el pañuelo, la barrita de carmín y un paquete empezado de cigarrillos «High-Life».

¿Las llaves? Ravinel había olvidado completamente ese detalle.

—¡No! —negó para zanjar el asunto—. La escalera está por aquí.

Subieron al piso. En el dormitorio, la cama mostraba aún las huellas del cuerpo de Ravinel.

—¡Ya veo! —dijo Merlin—. ¿Qué es esa puerta?

—El armario empotrado.

Ravinel lo abrió y apartó los vestidos.

—No falta nada, a excepción de un abrigo con el cuello de piel, pero mi mujer tenía intención de hacerlo teñir y es muy posible…

—¿Y el traje sastre azul? Usted ha dicho en el depósito…

—Sí, sí… El traje sastre falta también.

—¿Zapatos?

—Están todos aquí, por lo menos los nuevos. Mireya regalaba sus prendas usadas. De modo que, ¿cómo saberlo?

—¿Y esa habitación?

—Mi despacho. Entre, inspector. Disculpe el desorden,… Siéntese en esta butaca. Tengo ahí una botella de licor. Eso nos reconfortará.

Sacó de un archivador una botella que contenía todavía un poco de coñac. Pero no había más que un vaso.

—Siéntese. Ahora vuelvo. Voy a buscar otro vaso.

La presencia de Merlin lo tranquilizaba un poco, le permitía sentirse confiado en la casa. Bajó la escalera, atravesó el comedor, entró en la cocina y se detuvo bruscamente ante la ventana. Allí, detrás de la verja, aquella silueta…

—¡Merlin!

El grito debió de ser espantoso, pues el inspector se precipitó, bajó dando tumbos y compareció, muy pálido.

—¿Qué? ¿Sucede algo?

—¡Allí…! ¡Mireya!

CAPÍTULO X

No había nadie en la calle. Ravinel sabía ya que Merlin perdía el tiempo, que era inútil correr, buscar.

—En fin, ¿está usted seguro, Ravinel?

El policía regresaba sin aliento. Había ido hasta el extremo de la calle.

No. Ravinel no estaba seguro. Había creído… se esforzaba por revivir su impresión exacta, pero hubiese necesitado calma, silencio, y el otro acababa de aturdirlo con sus preguntas, sus idas y venidas, sus amplios ademanes. La casa resultaba demasiado pequeña, demasiado frágil para un hombre como Merlin.

—Veamos, Ravinel —había suprimido espontáneamente el «señor»—, ¿me distingue usted?

El inspector se había alejado, se había colocado detrás de la verja y debía gritar para hacerse oír. Era ridículo. Parecía que estuviesen jugando al escondite.

—Venga… Contésteme.

—No. No veo nada.

—¿Y aquí?

—Tampoco.

Merlin regresó a la cocina.

—Vamos, Ravinel. Confiéselo. No ha visto usted nada. Está alterado. Tontamente, ha confundido el poste con…

¿El poste? Al fin y al cabo, quizás era la explicación sensata… Y sin embargo, no. Ravinel recordaba que la sombra se había movido. Se dejó caer en una silla. Merlin, a su vez, pegaba el rostro al cristal de la ventana.

—En todo caso, no podía usted reconocer… ¿Por qué ha gritado Mireya?

El inspector se volvió. Aplastaba su papada contra el pecho y miraba a Ravinel con aire suspicaz.

—¡Oiga! ¿No estará tratando de engañarme?

—¡Se lo juro, inspector!

Ya ayer había jurado a Luciana. ¿Qué les ocurría a todos que desconfiaban de él?

—Bueno, reflexione un poco. Si hubiese habido alguien en la calle, forzosamente habría oído sus pasos. No he tardado ni diez segundos en llegar a la verja.

—No es seguro. Usted mismo hacía mucho ruido.

—¡Eso es! Ahora resultará que la culpa es mía. Merlin respiraba ruidosamente y sus mejillas temblaban. Para calmarse trató de liar un cigarrillo.

—Y además, me he detenido un instante en la acera para escuchar.

—¿Y qué?

—¿Qué? No creo que la niebla impida oír los pasos.

¿De qué servía insistir, discutir, explicarle que Mireya se había vuelto silenciosa como la noche, impalpable, inalcanzable como el aire? Tal vez ella estuviese allí, muy próxima a ellos, esperando la marcha del importuno para manifestarse de nuevo. ¡Hacer buscar un alma por un inspector de Policía! ¡Grotesco! ¿Cómo había podido esperar en serio que aquel Merlin…?

—No existen demasiadas soluciones —prosiguió el policía—. Ha sufrido usted una alucinación. Yo, en su lugar, iría a ver un médico. Se lo explicaría todo…: mis sospechas, mis temores, mis visiones…

Pasó la lengua por el cigarrillo, dejó vagar lentamente la mirada por las paredes, por el techo, como si quisiera impregnarse bien de la atmósfera de la casa.

—No debía de ser muy agradable para su esposa estar siempre aquí —observó—. Y además, un marido… Hum…

Volvió a ponerse el sombrero, se abrochó con calma el abrigo, dominando con su estructura a Ravinel, que permanecía sentado.

—Su esposa se ha marchado, sencillamente y tengo la impresión de que no toda la culpa es de ella.

He aquí lo que pensaría la gente, puesto que no era posible decirles: «He matado a mi mujer. Está muerta». No podía ya contar con nadie. Estaba bien listo.

—¿Cuánto le debo, inspector?

Merlin dio un respingo.

—Pero… Perdón. Yo no quería… En fin, si está usted seguro de haber visto algo…

¡Ah, no! No iban a empezar de nuevo. Ravinel sacó su billetero.

—¿Tres mil? ¿Cuatro mil?

Merlin aplastó su cigarrillo en el suelo. De repente pareció muy viejo, necesitado, lastimoso.

—Lo que le parezca —murmuró, y miró hacia otra parte, mientras su mano palpaba la mesa y se cerraba sobre los billetes.

—Hubiese deseado serle útil, señor Ravinel… En fin, si se produce algún nuevo acontecimiento, desde luego estoy a su disposición. Aquí tiene mi tarjeta.

Ravinel lo acompañó hasta la verja. El inspector desapareció inmediatamente entre la bruma. Pero el chirrido de sus zapatos continuó siendo audible mucho rato. Desde su punto de vista, tenía razón. La niebla no impide oír los pasos de alguien que ande.

Ravinel regresó a la casa, cerró la puerta, y el silencio se abatió sobre él. Estuvo a punto de gemir y se apoyó en la pared del recibidor. Esta vez, estaba seguro, algo se había movido. Tanto daba que todos lo creyesen enfermo. Él sabía que lo había visto. Y también Germán afirmaba haber visto. ¿Pero y Luciana? Ella no sólo había visto.

Había tocado, palpado la carne helada. Había hecho la prueba. ¿Entonces?

Ravinel se pellizcó, se miró las manos. No había error posible. Un hecho es un hecho. Regresó a la cocina y se dio cuenta de que el reloj estaba parado. Experimentó una especie de satisfacción amarga. Si se encontrase enfermo, ¿se habría fijado en aquel detalle? Se detuvo ante la ventana para revivir la experiencia. ¡Ah! El buzón. Había una mancha blanca detrás de la reja del mismo. Ravinel salió, se acercó con pasos lentos, como para sorprender una bestia dormida… ¡Una carta! Y aquel idiota de Merlin no había visto nada. Ravinel abrió el buzón. No era una carta, sino un pedazo de papel doblado por la mitad.

Cariño:

Lamento muchísimo no podértelo explicar aún… Pero sin duda regresaré esta tarde o esta noche. Besos.

¡La letra de Mireya…! La nota estaba escrita con lápiz, pero no había duda posible. ¿Cuándo la había escrito? ¿Dónde? ¿Apoyando el papel en su rodilla? ¿Contra la pared…? ¡Como si Mireya tuviese una rodilla! ¡Como si las paredes pudiesen ofrecer resistencia a su mano! No obstante, el papel era verdadero papel, rasgado apresuradamente. Quedaba incluso un fragmento del membrete, impreso con letras azules: … *Calle Saint-Benoit*… ¿Qué quería significar calle Saint-Benoit?

Ravinel deja el papel en la mesa de la cocina, lo alisa con la mano. *Calle Saint-Benoit*. Le arde la frente pero resistirá. Tiene que resistir. ¡Con calma! Nada de crispaciones. Retener su pensamiento, que trata de escapar, como el vapor demasiado comprimido en la caldera. Ante todo, beber. En el aparador hay una botella de coñac. La coge, busca el sacacorchos. ¡Tanto da! No hay tiempo. Rompe el gollete con un golpe seco contra el borde del fregadero, y el alcohol salpica un poco por todas partes, pegajoso como la sangre. Llena un vaso del que se bebe la mitad. Arde, se hincha. Rebosa de lava, como un volcán. *Calle Saint-Benoit*. La dirección de un hotel. La hoja parece haber sido arrancada apresuradamente de un bloc de notas. Así, pues, es preciso encontrar ese hotel. ¿Y luego, qué…? Luego, ya verá. Mireya no ha podido alquilar una habitación, de acuerdo. Pero sin duda quiere que él se informe, que descubra ese hotel. ¿Se reserva acaso ese momento para hacerle el signo decisivo, para atraerlo junto a ella?

Se sirve más licor, lo vierte sobre el linóleo. No tiene importancia. Ahora nota claramente que se adelanta hacia una especie de iniciación religiosa. *Lamento muchísimo no podértelo explicar aún*… Hay secretos que no pueden transmitirse sin precauciones, es evidente. ¡Y hace tan poco tiempo que Mireya está al corriente! Sin duda, aún no sabe muy bien cómo hacerlo. Regresará esta tarde o esta noche. ¡Bien! Pero de todos modos se ha tomado la molestia de venir a dejar aquella nota. Así,

pues, significa algo, algo esencial. Significa que cada uno debe hacer un esfuerzo para reunirse con el otro. Van a tientas, cada uno por un lado del cristal, como allá, en el depósito, donde una pared de vidrio separa a los vivos de los muertos. ¡Pobre Mireya! ¡Qué bien comprende el tono de sus dos cartas! Ella no está nada enfadada. Se siente feliz en ese mundo desconocido en el que lo espera. No piensa más que en hacerle compartir su dicha. ¡Y él que tenía miedo! ¡Y Luciana que hablaba del cuerpo! El cuerpo no cuenta. El cuerpo es un pensamiento, una preocupación de los vivos. Luciana es materialista, impermeable al misterio. Por lo demás, todo el mundo se ha vuelto materialista… Bien mirado, es curioso que Merlin no haya descubierto la carta. Pero, precisamente, las personas como él no pueden ver ciertas cosas. ¡En marcha!

Son más de las dos. Ravinel entra en el garaje y sube la puerta metálica. Ya almorzará más tarde. También los alimentos son algo despreciable. Pone en marcha el motor de la furgoneta y saca el vehículo. La niebla ha cambiado de color. Es de un gris azulado, como si la noche empezase a empaparla. Los faros trazan en esa ceniza en suspensión como una especie de surco líquido de luz grasienta. Ravinel cierra el garaje, por hábito, y se instala tras el volante.

¡Extraño, viaje! Ya no hay ni tierra, ni carretera, ni casas, sino sólo luces errantes, constelaciones vagabundas, aerolitos que gravitan en un infinito de niebla fría. Únicamente las ruedas transmiten indicaciones útiles, señalan mediante ruidos familiares la cuneta con su grava, el adoquinado, los rieles, luego un bulevar por el que uno parece deslizarse sobre una sustancia encerada. Hay que inclinarse, vigilar la opacidad inmaterial de las fachadas para distinguir el hueco de una avenida, semejante a la entrada de un fiordo. Ravinel está pesado, entumecido, dolorido interiormente. Se detiene al tuntún, después de la plaza Saint-Germain.

¡La calle Saint-Benoit! Afortunadamente, no es larga. Ravinel sigue la acera izquierda, encuentra en seguida el primer hotel, un pequeño hotel para clientes fijos, con un tablero donde sólo hay colgadas una veintena de llaves.

—¿Puede decirme si la señora Ravinel se aloja aquí?

Se le quedan mirando. Va vestido de cualquier modo y no está afeitado. Su aspecto debe ser ligeramente inquietante. Sin embargo, se consulta por fin el fichero.

—No. No la encuentro. Debe usted equivocarse.

—Gracias.

Segundo hotel, de aspecto modesto. Nadie en la recepción. Entra en un saloncito, junto a la caja. Algunas butacas de mimbre, una planta, guías arrugadas sobre una mesita baja.

—¿Hay alguien?

La voz de Ravinel resuena, irreconocible. De repente se pregunta lo que viene a hacer a aquel hotel donde no hay nadie. Cualquiera podría registrar los cajones de la

caja, o bien deslizarse por la escalera que conduce a las habitaciones.

—¿Hay alguien?

Unos zapatos que se arrastran. Un viejo de ojos lacrimosos sale por una puertecilla. Un gato negro se mueve entre sus piernas, con la cola vertical y vibrante.

—¿Puede decirme si la señora Ravinel se aloja aquí?

El hombre coloca la mano junto a su oreja, formando pantalla, y adelanta la cabeza…

—¡La señora Ravinel!

—Sí, sí. Ya lo he oído.

Camina a pasos menudos hasta la recepción. El gato salta sobre la caja, entorna sus ojos verdes y observa a Ravinel. El viejo abre un libro y se pone unas gafas metálicas.

—Ravinel… Bueno, debería estar aquí.

Los ojos del gato no forman más que una estrecha rendija. Recoge frioleramente la cola y la apoya sobre sus patas manchadas de blanco. Ravinel se desabrocha el impermeable, la americana, se pasa un dedo por el cuello de la camisa.

—¡Digo la señora Ravinel!

—Sí, sí. No soy sordo. La señora Ravinel. ¡Desde luego!

—¿Está?

El hombre se quita las gafas. Sus acuosas pupilas se fijan en los casilleros en donde se cuelgan las llaves y se deposita la correspondencia de los clientes.

—Ha salido. Ahí está su llave.

¿A qué casillero está mirando?

—¿Hace mucho que ha salido?

El viejo se encoge de hombros.

—Si cree que dispongo de tiempo para contemplar cómo los clientes pasan… Van y vienen. Es asunto de ellos.

—¿Ha visto usted a la señora Ravinel?

El vejete acaricia maquinalmente la cabeza del gato. Alrededor de sus ojos se dibujan unas arrugas, mientras reflexiona.

—¡Espere…! ¿No es una rubia…, joven…, con un abrigo de cuello de piel?

—¿Ha hablado usted con ella?

—No. Yo no. Es mi mujer quien la ha inscrito.

—Pero… ¿la ha oído hablar?

El viejo se suena, se seca los ojos.

—¿Es usted de la Policía?

—No, no —tartamudea Ravinel—. Se trata de una amiga… Hace varios días que la busco. ¿Lleva equipaje?

—No.

El tono se ha vuelto seco. Ravinel arriesga la última pregunta.

—¿Sabe cuándo regresará?

El viejo cierra de golpe su libro, desliza las gafas en un estuche verdoso.

—Ésa… Nunca se sabe. Se la cree fuera y está dentro. Se la cree dentro y está fuera… No puedo precisárselo.

Se aleja, encorvado, renqueante, y el gato le sigue, enarcando el lomo a lo largo de la pared.

—¡Aguarde! —grita Ravinel.

Saca de su cartera una tarjeta de visita.

—De todos modos, voy a dejarle esto.

—Oh, como usted guste.

Y el viejo pone de través la tarjeta en un casillero. *Numero 19.* Ravinel sale y se mete en un café vecino. Tiene la sensación de que su boca es de cuero. Se sienta en un rincón.

—¡Coñac! —pide.

¿Está ella allí verdaderamente? ¿Ha parecido el viejo estar completamente seguro de su existencia? Y ningún equipaje, ni siquiera un maletín. Se la cree dentro y está fuera. Se la cree fuera y está dentro. Es eso exactamente. Si el pobre vejete supiese qué clase de ser aloja… Tal vez hubiese sido conveniente hablar con su esposa, la única persona que ha conversado con la huésped del abrigo con cuello de piel. Pero precisamente no estaba. De esa manera existían una serie de testimonios que parecían incontrovertibles y que, no obstante, así que se los examinaba, perdían fuerza, densidad.

Ravinel echa un billete encima de la mesa y se precipita hacia la calle. La niebla le humedece el rostro, una niebla que huele a sebo, a arroyo, a rancio. Ravinel camina tres pasos. El vestíbulo del hotel se halla vacío. Empuja la puerta, que un muelle cierra suavemente… La llave yace bajo el número de cobre, y la tarjeta no se ha movido. Avanza de puntillas. Apenas si respira. Descuelga la llave, sin hacer tintinear la placa que va unida a ella. El 19 debe de estar en el segundo piso, o quizás en el tercero. La alfombra que cubre los peldaños de la escalera brilla de tan gastada, pero la madera no cruje. Sólo que no hay luz. ¡Es curioso este hotel dormido! He aquí el descansillo del primer piso. Está negro como boca de lobo. Ravinel busca su encendedor, lo alza por encima de su cabeza. Una alfombra oscura se hunde en la penumbra de un corredor. Probablemente, no hay más de cuatro o cinco habitaciones a cada lado. Ravinel prosigue la ascensión. De vez en cuando se asoma por la barandilla y distingue, allá abajo, en una repugnante e insegura luz, algo que podría ser una bicicleta. Mireya sabía lo que hacía al venir a buscar refugio aquí. Pero ¿por qué pensar que ella busca refugio? Es más bien él quien, si tuviese valor…

El descansillo del segundo. A la luz del encendedor, Ravinel ilumina las luces de

las habitaciones. 15…, 17…, 19… Lo apaga, escucha. En algún sitio, un lavabo se vacía. ¿Debe entrar? ¿No va a descubrir encima de la cama un cadáver aún empapado de agua? ¡No! Tiene que rechazar tales ideas… Ravinel trata de contar, de fijar su atención en un objeto cualquiera. Tiembla. Desde el interior debe oírsele.

Vuelve a encender el mechero y descubre la cerradura. Introduce la llave, espera. Nada se mueve. Es estúpido ese terror sin nombre, puesto que no tiene nada qué temer, puesto que ahora Mireya es una amiga. Da vuelta al pomo de la puerta y se desliza en la habitación.

La pieza está vacía, oscura. Entonces reúne todas sus fuerzas, la atraviesa, descorre las cortinas y enciende la lámpara. Una luz amarillenta ilumina pobremente la cama de hierro, la mesa cubierta con un tapete manchado, el armario pintado, la butaca deslucida. Sin embargo, hay algo que revela una presencia: el perfume de Mireya, Imposible equivocarse. Ravinel da media vuelta, aspira delicadamente el aire. Es desde luego su perfume, tan pronto apenas perceptible, tan pronto concentrado, casi penetrante. Un perfume económico de la casa «City». Muchas mujeres lo utilizan. ¿Se trata de una sencilla coincidencia? Pero ¿y ese peine, en el estante del lavabo?

Ravinel lo tiene en la mano, lo sospesa. ¿Es esto una coincidencia? Él lo ha comprado en Nantes, en un almacén de la calle de la Fosse. Y la última púa está rota por la mitad. En todo París no hay otro peine semejante. ¡Y los cabellos dorados, enrollados aún en torno al mango! Y esa caja de «bi-oxyne», cuya tapadera, utilizada como cenicero, sostiene un cigarrillo apenas quemado, un «High-Life». Porque Mireya se obstinaba en fumar cigarrillos «High-Life». No le gustan, pero encuentra bonito su nombre. Ravinel se ve obligado a sentarse en la cama. Querría llorar, sollozar, con la cabeza hundida en la almohada, como hacía antaño, cuando no había sabido contestar alguna de las preguntas de su padre. Tampoco hoy sabe contestar. Repite en voz baja: «Mireya…, Mireya…», mientras contempla el peine y los cabellos que brillan. Sino estuviesen esos cabellos, tal vez sería menos desdichado. Vuelve a ver los cabellos, los otros, los que el agua había oscurecido y que se pegaban a la piel del rostro como un tatuaje. Y ahora sólo queda ese peine y ese cigarrillo manchado de carmín. Es preciso que descifre tal indicio, que comprenda lo que Mireya espera de él.

Se levanta. Abre el armario, los cajones. Nada. Se guarda el peine en el bolsillo. Al principio de su matrimonio, a veces peinaba a Mireya por la mañana. ¡Cuánto amaba aquellos cabellos que caían sobre los hombros desnudos! A veces los acercaba a sus labios para aspirar su olor de hierba cortada, de tierra salvaje. ¡Ése es el indicio! Mireya no ha querido dejar ese peine allá, en la casa, donde hubiese quedado desprovisto de todo significado, y ha venido a depositarlo en esta habitación anónima para recordar el tiempo de su amor. Está claro, ella no podía explicar nada. Era

preciso que él se adentrase paso a paso, por el camino sombrío, que tratase de alcanzarla. Y la nota le da una cita: «Sin duda regresaré esta tarde o esta noche».

Ahora no puede dudar ya; verá a Mireya. Ella se volverá visible a sus ojos. La iniciación casi ha terminado. La fiesta es para esa noche. Tiene fiebre, y de repente se queda tranquilo. Se lleva el cigarrillo a los labios. No quiere saber qué labios lo han sujetado y reprime la náusea que le hincha la garganta en el instante en que él lo chupa a su vez. Mireya encendía a menudo los cigarrillos antes de dárselos. Prende el encendedor, aspira la primera bocanada de humo. Está dispuesto. Una última mirada a aquella habitación donde acaba de adoptar, a pesar suyo, una resolución que no se atreve a formular.

Sale, cierra con llave, distingue dos puntos fosforescentes en el extremo del pasillo. Unos minutos antes, sin duda hubiera perdido el sentido, tan grande era su tensión nerviosa. Ahora se adelanta hacia aquellos dos ojos inmensos que le observan desde el fondo de la noche, y distingue el gato negro sentado frente a la escalera. El gato desciende con él, se vuelve, y las dos lunas pálidas permanecen inmóviles un segundo. Ravinel ni siquiera procura ahogar el ruido de sus pasos sobre los peldaños. Llega a la planta baja, y el gato maúlla una vez, una sola, de una manera que llega al corazón. El viejo aparece por la puertecilla.

—¿No está arriba? —se limita a murmurar.

—Sí —dice Ravinel, volviendo a colgar la llave.

—Ya se lo había advertido —prosigue el viejo—. Se la cree fuera y está dentro. Es su esposa, ¿verdad?

—Sí —dice Ravinel—. Es mi mujer.

El viejo menea la cabeza, cual si hubiese previsto lo que ocurre. Como hablando consigo mismo, agrega:

—Con las mujeres hay que tener mucha paciencia.

Da media vuelta, seguido por el gato. Ravinel ya no se sorprende. Se da bien cuenta de que acaba de entrar en un mundo donde las leyes de la existencia vulgar ya no se aplican de la misma manera. Cruza el vestíbulo. Su corazón late muy aprisa, como ocurre cuando se han bebido varias tazas de café muy cargado. La niebla se ha espesado. Su frescor llega hasta el fondo de los pulmones. La niebla es fraternal. Uno desearía impregnarse de ella y borrarse poco a poco. Un indicio más. Empezó en Nantes, la noche en que… Está allí, como una barrera protectora. Sólo que es necesario conocer el sentido de todo eso.

Ravinel busca su vehículo. Se verá obligado a correr en segunda hasta Enghien. Arranca, oprime la bocina. Los faros, colocados a la altura de los ejes, esparcen una luz enfermiza sobre la calzada. Acaban de dar las cinco.

Este regreso es apacible. Ravinel tiene la impresión de estar libre. No de una carga, sino del aburrimiento que se arrastra por todo su pasado como una niebla

tenaz. Esa profesión absurda, esa vida imposible, de cliente en cliente, de aperitivo en aperitivo. Piensa en Luciana, pero sin el menor afecto. Luciana está lejos. Se vuelve borrosa. Sólo ha servido para aproximarlo a la verdad. Y si no la hubiese encontrado, de todos modos, a la larga, habría acabado por comprender.

El limpiaparabrisas zumba y acelera sus rígidos vaivenes. Ravinel sabe que circula por el buen camino. Un sentido de orientación infalible lo guía en medio de la bruma. Por otra parte, es casi el único que circula. Los otros tienen miedo. Necesitan mucha luz, los itinerarios bien marcados, los guardias en los cruces. Ravinel, por primera vez, se arriesga por caminos poco frecuentados, adopta una decisión de hombre. Evita pensar en lo que le espera allí, en la cita de Enghien, pero está lleno de suavidad y casi de misericordia. Acelera un poco en la carretera. Uno de los cilindros falla. Normalmente, debería acudir al mecánico. Pero ya nada es normal. Y todas esas pequeñas preocupaciones materiales quedan sobrepasadas a partir de entonces.

Un vehículo lo deslumbra, lo roza, y él experimenta una oleada de pavor, inmediatamente amortiguada. Pero frena. Sería muy estúpido sufrir un accidente esa noche. Le interesa llegar a su casa consciente y resuelto. Aborda el último viraje con precaución, descubre las primeras luces de Enghien, pálidas como luciérnagas. Cambia de marcha; he aquí su calle. Siente un poco de frío. El auto corre por inercia. Frena ante la verja. A pesar de la bruma, distingue luz detrás de las persianas.

CAPITULO XI

Hay luz detrás de las persianas. Ravinel vacila un poco. Si se sintiese menos cansado, tal vez en el último momento no entraría. Es posible que incluso huyera gritando. Toca el peine, que yace en su bolsillo, mira hacia lo alto de la calle. Nadie puede verlo ya, e incluso si le viesen, únicamente pensarían: «¡Caramba! El señor Ravinel regresa», sin preocuparse ya más por el hecho. Se ha apeado de la camioneta y está ante la verja. Todo ocurre exactamente como de costumbre. Encontrará a Mireya en el comedor, cosiendo. Ella levantará la cabeza.

—Hola, cariño, ¿has tenido buen viaje?

Y él se descalzará para no ensuciar la escalera cuando suba a cambiarse. Sus zapatillas estarán colocadas en el primer peldaño. Luego…

Ravinel mete la llave en la cerradura. Regresa. Todo se ha borrado. Él no ha matado nunca. Ama a Mireya. Siempre la ha amado. A causa de la rutina de la vida, se había imaginado… Pero no. Es a Mireya a quien ama. Nunca volverá a ver a Luciana. Entra.

El recibidor está iluminado. En la cocina, la bombilla luce encima del fregadero. Cierra la puerta y dice maquinalmente:

—¡Soy yo…, Fernando!

Olfatea. Huele a estofado. Penetra en la cocina. Sobre el fogón hay dos cacerolas que humean. La llama ha sido graduada por una mano diestra y ahorradora. Apenas si forma una gotita azulada alrededor de cada agujero. El mosaico ha sido lavado. Han dado cuerda al reloj. Señala las siete y diez. Todo aparece limpio, reluciente, y el olor a estofado embalsama la pieza. A su pesar, Ravinel levanta la tapadera de una cacerola. Cordero con habichuelas, su plato preferido. Mas ¿por qué precisamente cordero? Todo eso es demasiado íntimo, demasiado… amable. Tanta paz suave, de calma ambigua… Preferiría un poco de drama. Se apoya un instante en el aparador. La cabeza le da vueltas. Tendrá que pedir un remedio a Luciana. ¿A Luciana? Pero entonces… Inspira con fuerza, como un buceador que asciende de Dios sabe qué profundidades.

La puerta del comedor se halla entornada. Ravinel distingue una silla, una esquina de la mesa, un fragmento de la tapicería azul. Una tapicería sembrada de pequeñas carrozas y de minúsculos torreones. Es Mireya quien ha escogido este dibujo, que recuerda los cuentos de hadas. La mayor parte del tiempo, ella se instala junto a la chimenea, donde enciende el fuego cuando hay humedad. Ravinel permanece ante la puerta, con la cabeza gacha, como un culpable. Y sin embargo, no, fió busca palabras, no trata de hallar una excusa. Espera que su cuerpo obedezca, y su cuerpo se pone

rígido, se rebela, se aferra al suelo, suplica, se debate en una luz inmóvil y silenciosa. De repente existen dos Ravinel, como existen dos Mireyas. Hay dos espíritus que se buscan y dos cuerpos que se repelen. Hay algo que cruje y chisporrotea en el comedor. El fuego. La chimenea está encendida. ¡Pobre Mireya! ¡Debe de tener tanto frío! Instantáneamente, surge la imagen de la bañera. ¡No! ¡No! ¡Es falso!

Tembloroso, Ravinel empuja ligeramente la puerta. Distingue mejor la mesa. Está dispuesta. Reconoce su servilleta por el servilletero de madera. La luz de la araña relampaguea sobre la panza del jarro. Cada objeto es acogedor y temible.

—¡Mireya!

Es él quien murmura, quien pide permiso para entrar. ¿Qué aspecto ha escogido ella? El que tenía antes de… o el de después…, con los cabellos pegados, la nariz contraída… O tal vez otro distinto, el aspecto fluido y blanquecino de los ectoplasmas. ¡Veamos! No hay que dejarse aplanar. No perder… Es el mecánico quien dice esto: «No perder los pedales».

Acaba de empujar la puerta, la abre de par en par hasta que da contra la pared. El sillón está vacío, junto al fuego que arde tras el parachispas de cobre. En la mesa hay dos cubiertos. ¿Por qué dos? Pero ¿por qué no? Se quita el impermeable y lo deja sobre el sillón. ¡Ah! Una nota en el plato de Mireya. Esta vez, ella ha utilizado el papel de cartas de la casa.

Cariño mío:

Decididamente, no estamos de suerte. Cena sin mí. En seguida vuelvo.

¡En seguida vuelvo! ¡Qué palabra más extraña! Ella no lo ha hecho adrede, y, sin embargo, eso lo explica todo. Examina otra vez la escritura, como si pudiese dudar. Pero ¿por qué Mireya no ha firmado sus dos últimas misivas? Tal vez, allí donde se encuentra ahora, ya no tiene una personalidad definida. Lo que la individualizaba se ha atenuado… ¡Si fuese cierto! ¡Si uno pudiese soltar de golpe toda su carga, pasado, destino y hasta el nombre! No ser ya Ravinel. No llevar más el apellido ridículo de aquel profesorcillo maniático que aterrorizó su infancia. ¡Ah, Mireya, qué esperanza!

Cae pesadamente en el sillón, y sus manos, tranquilizadas ya, desabrochan los zapatos y luego atizan el fuego. Se está calentito junto al hogar. Como en una incubadora. Cuando Mireya llegue, deberá explicárselo todo… Tendrá que hablarle de Brest, pues fue en Brest donde todo empezó… Nunca se han atrevido a contarse su infancia. ¿Qué sabe él de Mireya? Ella ha entrado en su vida a los veinticuatro años, como una desconocida. ¿Qué hacía diez años antes, cuando no era más que una muchachita con trenzas? ¿Sabía jugar sola? ¿A qué juegos secretos? Tal vez también al juego de la niebla. ¿Tenía miedo por las noches? ¿Se veía perseguida en sueños por una especie de ogro que empuñaba unas tijeras parecidas a dos hoces cruzadas? ¿Qué

se contaban entre ellas las jovencitas? ¿Por qué se sentía Mireya de repente obligada a marcharse, a irse muy lejos, quién sabe si hasta Antibes? El uno junto al otro han vivido ignorando que padecían la misma enfermedad sin nombre. Habitaban allí, en aquella casa demasiado silenciosa, y hubiesen deseado encontrarse en otro sitio, no importaba dónde, con tal de que hubiese sol, flores, de que fuese un paraíso. Ravinel sigue creyendo en el paraíso. Recuerda a sor Magdalena, que le enseñaba el catecismo. Hablaba del pecado con un aire feroz. Bajo su toca puntiaguda, se la veía muy vieja y, a veces, parecía mala. Pero cuando hablaba del paraíso, uno se veía obligado a creerla. Lo describía como si lo conociera: un gran parque deslumbrante de luz…, con bestias por todas partes, dóciles bestias de ojos tiernos y extrañas flores azules y blancas. Y agregaba, posando la mirada en sus viejas manos desgastadas y ennegrecidas en las arrugas: «Y no se trabajará más, nunca más». Y. él se sentía a la vez triste y dichoso. Estaba ya seguro de que sería muy difícil entrar en el paraíso.

Se levanta, lleva los zapatos a la cocina. Los deja en su sitio, encima de una tabla inmediata al aparador. Sus zapatillas lo aguardan al pie de la escalera, unas zapatillas que ha comprado en Nantes, cerca de la Plaza Real. Es absurdo recordar todos esos detalles, pero su memoria está sobreexcitada. Tiene la cabeza llena de imágenes. Apaga el gas. No tiene apetito. Mireya tampoco lo tendrá. Por lo demás, ella no puede ya tenerlo. Asciende los escalones lentamente, con una mano oprimida sobre el costado. La lámpara de la escalera está encendida. También en el dormitorio hay luz, así como en el despacho. Eso imprime a la casa un aire de fiesta. Cuando fueron a vivir a ella, él había tenido la precaución de iluminarla por completo para que la sorpresa fuese aún más total y conmovedora. Y Mireya palmeteaba, tocaba los muebles, las paredes, como para persuadirse de que no soñaba. Va y viene, desorientado, con una ligera jaqueca detrás de la sien. La cama ha sido rehecha. La botella vacía ya no está bajo el armario. También el despacho ha sido ordenado. Se sienta ante la mesa, donde se amontonan carpetas multicolores. En «Blache et Lehuédé» le han pedido un informe… ¿Un informe sobre qué? Lo ha olvidado. ¡Todo esto queda tan lejos, es tan inútil! Fuera se oye un ligero ruido. Cruza el despacho, luego el dormitorio, y escucha junto a la ventana que da a la calle. Se oye un paso de hombre, luego una puerta se cierra. Es el empleado de ferrocarriles que vuelve a su casa.

Ravinel regresa al despacho. Ha dejado todas las puertas abiertas para no ser sorprendido. Probablemente, reconocerá la presencia de Mireya por un deslizamiento, por un roce. ¿Por qué registra los cajones de su escritorio? ¿Por necesidad de recapitular su existencia, de hacer un balance? ¿O por necesidad de distraer la espera, de remover papeluchos para fijar una atención que se desvía dolorosamente? Abajo, el reloj desgrana sordamente los segundos. Acaban de dar las siete y media. Los cajones están llenos de papeles. Prospectos, borradores de informes, anuncios de

cebos, de molinetes, de cañas, de anzuelos… Fotografías de pescadores, al borde de un canal, de un estanque, de un río… Recortes de prensa: *«El concurso de pesca de Nort-sur-Erdre… Un pescador de la Gaule ha capturado un lucio de doce libras. Ha utilizado el sedal Ariane*». ¡Tantas futilidades para llegar a esta velada! ¡Una vida sin importancia!

En el cajón de la izquierda, el material para fabricar las moscas. Ravinel experimenta un pesar fugaz. De todos modos, a su manera, ha sido un artista. Ha inventado moscas artificiales como otros inventan nuevas flores. En el catálogo de la casa hay una página en colores dedicada a las moscas Ravinel. Los compartimientos del cajón aparecen llenos de pelos, de vellos, de plumas, de cuerpecillos temblorosos que se amontonan, como un enjambre friolero, como una eclosión de efímeras que el frescor de la noche derriba a montones al pie de una pared. Resulta un poco repugnante este amontonamiento de bestezuelas velludas. Aunque se sepa que están hechas de hilo, de plumas y de metal. Hacen pensar, sobre todo las verdes, en las cantáridas sobre un despojo sangriento.

Ravinel cierra el cajón. No tendrá ya tiempo para escribir el libro que meditaba sobre las moscas. Va a perderse algo que hubiese podido… ¡Vamos! Nada de debilidades. Escucha. El silencio es tan profundo, tan uniforme, que le parece oír el murmullo del arroyuelo, junto al lavadero. Evidentemente, es una ilusión: Una ilusión desagradable, que hay que rechazar por todos los medios. Mete la mano en otro cajón, saca papeles mecanografiados, copias, encuentra en el fondo un montón de recetas. ¡Ah, sí! ¡Qué antiguo es! Es anterior a su nacimiento. Se había imaginado que tenía un cáncer porque no podía comer, y permanecía noches enteras despierto, estremecido, con un gusto de sangre en la boca. Y luego comprendió que se daba miedo con una palabra, que se imponía una especie de castigo, como si hubiese sido justo que una enfermedad le royese las entrañas día tras día. Se representaba el cáncer bajo la forma de una araña, porque de muy pequeño desfallecía a la vista de tales insectos, que abundaban en la casa de Brest, abundaban increíblemente. Quién sabe incluso si no se ha interesado por las moscas porque…

La escalera ha crujido, y Ravinel se queda inmóvil, al acecho. Un crujido seco, y luego nada más, excepto el tictac del reloj. Es probablemente el roble que hace algún movimiento. Todas esas lámparas encendidas adquieren de repente un aspecto lúgubre. Y si Mireya apareciese ahí, en el umbral del despacho, siente que algo se rompería también en su interior, crujiría con un sonido claro, y él se derrumbaría, fulminado. Siente, pero esto no quiere decir nada. Bien que sentía el cáncer, y no obstante sigue estando vivo. No se muere tan fácilmente. La prueba es que han sido preciso dos morillos… ¡Basta! ¡Basta!

Se levanta, echa el sillón hacia atrás para hacer ruido y romper el encantamiento. Anda de un lado para otro, luego entra en el dormitorio, abre el armario. Los vestidos

están allí colgando de sus perchas, envueltos en el acre olor de la naftalina. Otro ademán estúpido. ¿Qué esperaba descubrir? Cierra la puerta de una patada, baja la escalera. ¡Tanta calma…! Por lo general, se oyen pasar los trenes, pero la niebla ha extinguido cualquier forma de vida. ¡No hay más que ese reloj maldito! Las nueve menos cuarto. ¡Ella nunca ha regresado tan tarde! Es decir, que… Se encoge de hombros. Se ve moverse. Se oye hablar y, al mismo tiempo, ideas absurdas estallan en su cerebro. Seguramente le ha ocurrido algo a Mireya… ¡Un accidente! Ideas de antes que se mezclan con las de después… Y todo eso zumba, gira, oprime las paredes de su cráneo. Pasa por el comedor. El fuego se apaga. Tendría que ir a buscar más leña al sótano. Pero le falta valor para bajar al sótano. ¿Estará tal vez la trampa preparada allí? ¿Qué trampa? No existe ninguna trampa.

Se escancia un poco de vino, que bebe a sorbitos parsimoniosos. ¡Cuánto tarda Mireya! Vuelve a subir. Se siente pesado, pesado. ¿Y si ella no viene? ¿Deberá esperarla hasta la mañana y, de nuevo, hasta la noche, y aún más, y más…? Llega al límite de toda resistencia posible. Si Mireya no viene, él irá a su encuentro. Saca el revólver, tibio por el contacto de su cuerpo. Está en su mano, como un juguete brillante e inofensivo. Con el pulgar levanta la palanca de seguridad. No consigue entender ya el mecanismo del percutor, la explosión. No se imagina en absoluto arrimando este cañón azul a su pecho o a su sien. ¡No! Según todas las evidencias, no es así como han de ocurrir las cosas.

Vuelve a meter el arma en el bolsillo, se instala otra vez ante su escritorio. ¿Sería tal vez conveniente escribir a Luciana? Pero ella no le creería. Pensaría que miente. ¿Qué piensa de él, exactamente? ¡Vamos! Hay que desengañarse. Luciana lo considera como un pobre diablo. Son cosas que se adivinan a primera vista. Ella no lo desprecia, no. Aunque… Pero no es desprecio. Más bien lo considera un… Ha utilizado una palabra extraña… Un abúlico. Un hombre sin nervio, vaya. Y en el fondo, es eso precisamente. Se ha pensado, se ha actuado demasiado en su lugar. Demasiado a menudo se ha dispuesto de él sin consultarle. La misma Mireya… ¡Un abúlico! No obstante, Luciana se ha sentido siempre atraída por… ¿Por qué? Él bien veía que ella lo estudiaba sin cesar, que trataba de definir su carácter y, a veces, la doctora tenía un impulso de verdadera ternura. Sus ojos parecían decir: ¡Valor! O bien ella le hablaba amablemente del porvenir, sin precisar nada, pero a pesar de todo era mucho más que una promesa. Verdad es que también se mostraba amable con Mireya. Tal vez es fraternal con todas sus enfermas cuando van a morir. ¡Adiós, Luciana!

Distraídamente remueve los papeles esparcidos. Y helo aquí que saca a la luz otras fotografías. Fotos de Mireya, tomadas con la «Kodak» que le regaló él precisamente pocos días antes de que cayese enferma de tifus. Hay también fotos de Luciana, que datan casi de la misma época. Alinea las cartulinas heladas, de bordes

irregulares, las compara. ¡Qué fina es Mireya! Delgada como un muchachito, atractiva, con sus grandes ojos cándidos, fijos en el objetivo, pero que miran más lejos, mucho más lejos, más allá de la espalda de él, como si hubiese ocultado sin querer la imagen de la felicidad. Como si se hubiese interpuesto torpemente entre Mireya y algo que Mireya esperaba desde hacía mucho tiempo. Luciana no está tal como siempre la ha visto. Severa, impersonal, con los hombros casi cuadrados, la barbilla algo abultada, hermosa a pesar de todo, con una especie de belleza fría y peligrosa. En cuanto a él… No, no hay ninguna foto suya. Mireya nunca ha tenido la ocurrencia de coger el aparato para fotografiarlo. Luciana tampoco. Revuelve la espesa capa de papeles, de sobres. Acaba por encontrar una foto de carnet, amarillenta. Se la sacó para el permiso de conducir. ¿Qué edad tenía entonces? ¿Veinticinco, veintidós años? Entonces no era calvo. Su rostro era delgado, ávido y decepcionado a la vez. El rostro aparece confuso. No queda de él más que ese vestigio medio borrado. Sueña ante las fotos que, así aproximadas, contienen una historia que nadie sabrá jamás. Debe de ser tarde. ¿Las diez? ¿Las diez y media? La humedad exterior se infiltra lentamente por las paredes demasiado delgadas. Siente frío. Se amodorra en su butaca. No le queda la energía suficiente para dirigir sus pensamientos. Está como preso en una gelatina de silencio y de luz cruda. ¿Va a dormirse allí? ¿Se propone Mireya aprovechar ese sueño? Abre desesperadamente los ojos, se levanta gimiendo. El despacho le parece insólito, irreal. Ha debido dormir unos segundos. No hay que dormir. A ningún precio. Arrastrando los pies, desciende la escalera, regresa a la cocina. El reloj señala las diez menos diez. La fatiga cae ahora sobre Ravinel, lo aplasta. Hace noches y noches que no duerme. Sus manos tiemblan sin cesar, como las de los alcohólicos, y tiene sed, está seco, árido, se siente interiormente requemado. Pero renuncia a buscar el bote de café, el triturador. Tardaría demasiado. Se limita a ponerse el abrigo y a subirse el cuello. Con su barba, sus zapatillas, ¿qué aspecto debe de tener? Hace un rato, con el gas encendido y la mesa puesta, todo le ha parecido fantástico y terrible. Ahora tiene la impresión de andar en sueños por una casa que ya no es completamente suya. Se han invertido los papeles. El fantasma es él. Mireya es la que está viva, la que goza de buena salud. Bastará que ella entre para que Ravinel se vea rechazado hacia la nada.

Anda en torno a la mesa, cada vez menos aprisa. Va con la cabeza desnuda, pero le parece que un sombrero demasiado estrecho le oprime la frente. Por fin, agotado, apaga la luz de la planta baja y sube al piso. En el dormitorio reina también la oscuridad, por lo que se refugia en el despacho, cuya puerta cierra. No volverá a bajar. No tendría fuerzas para afrontar las tinieblas de la escalera y de la cocina. De todos modos, ya oirá…

Transcurre el tiempo. Acurrucado en su sillón, Ravinel se ve invadido poco a poco por un entumecimiento angustiado. Recuerdos incoherentes desfilan por su

mente. Pero no duerme. Espía el silencio enorme que, en ciertos momentos, se convierte en zumbido, en ronquido. Está solo en el centro de una isla de claridad, como un náufrago. Es un náufrago. Va a ahogarse, a descender al mundo pálido, traicionero y viscoso de los peces. Un sueño vivido muchas veces. También ha soñado a menudo que era invisible, que atravesaba las paredes, que veía sin ser visto. Era incluso un sistema de escapar a la preocupación de los deberes, de los exámenes. Desaparecía. Se le creía ausente, pero él lo observaba todo. Tal vez, gracias a su contacto, Mireya haya conseguido la facultad de estar en varios sitios a la vez. Algo se ha movido.

Se arranca a la somnolencia que le quema los ojos y le hiela la epidermis como una película de la que se hubiese momentáneamente alejado. ¿Ha sido un ruido? Ha tenido la impresión de que procedía del jardín. Del jardín, o tal vez del porche.

A lo lejos se oye un pitido. Los trenes vuelven a circular. Sin duda, la niebla se disipa.

Esta vez lo oye. La puerta acaba de cerrarse. Alguien tantea. El clic del conmutador…

Ravinel jadea suavemente, como un moribundo. El aire silba en su garganta, se la desgarra.

La puerta de la cocina es a su vez empujada. Y de repente se escucha el paso ligero, desigual, entorpecido por la falda estrecha del traje sastre. Es Mireya. Los tacones golpean el mosaico. Luego el interruptor da un chasquido, y él crispa dolorosamente el rostro, como si la luz de la cocina lo deslumbrara. Un silencio. Ella debe quitarse el sombrero. Todo ocurre como de costumbre, como antes… Ella se dirige hacia el comedor.

Ravinel gime, se siente ahogar, se retuerce para ponerse en pie… ¡Mireya…! No. Ella está a punto de entrar… No hay que…

El atizador vibra. Los troncos se derrumban, luego tintinean los platos. Un líquido llena un vaso. Los objetos se ponen a hablar, a moverse. Los zapatos caen uno tras otro. Las zapatillas bajan de su tabla y hacen flip-flap a través de la cocina, en dirección a la escalera. Flip en el primer peldaño, flap en el segundo.

Ravinel llora, doblado sobre sí mismo. No podrá levantarse, andar hasta la puerta para dar vuelta a la llave. Sabe que está vivo, que es culpable, que va a morir.

Flip en el tercero, flap en el siguiente. Flip-flap. Flip-flap. Se acerca, sube, sube hasta el descansillo. Hay que huir, franquear el límite, perforar la delgada pared de la vida. Se palpa. Sus dedos se ponen nerviosos, se azaran.

Al otro lado del pasillo, unos pies se deslizan por el mosaico del dormitorio. La lámpara se enciende. La parte baja de la puerta del despacho se ilumina. Ella está detrás, exactamente detrás, y sin embargo es imposible que haya alguien. A través del obstáculo, el vivo y el muerto se escuchan. Pero ¿de qué lado está el vivo y de qué

lado el muerto?

Y luego, el pomo de la puerta empieza a girar, lentamente, y Ravinel se relaja. Toda su vida ha estado esperando ese instante. Ahora debe convertirse otra vez en una sombra. Ser hombre es demasiado difícil. Ya no quiere saber. La propia Mireya ya no le interesa. Cierra la boca en torno al cañón del revólver para aspirar la muerte como un bebedizo. Para olvidar. Aprieta con fuerza el gatillo.

EPÍLOGO

—¿Falta mucho para Antibes? —preguntó la viajera.

—Cinco minutos —contestó el revisor.

Al otro lado de los cristales rayados por la lluvia no se veían más que luces errantes, y de vez en cuando, mientras el expreso corría a lo largo de un terraplén, la línea temblorosa de sus vagones iluminados. No se sabía ya si el mar quedaba a la derecha o a la izquierda, si el tren avanzaba hacia Italia o regresaba a Marsella. Una ráfaga brutal azotó los cristales.

—Granizo —murmuró alguien—. Compadezco a los turistas que este año vengan a la Costa.

¿No habría alguna intención oculta en aquella observación? La viajera volvió a abrir los ojos, se fijó en el hombre sentado ante ella. Éste la miraba. Ella hundió más profundamente las manos en los bolsillos de su abrigo, pero ¿cómo impedir que temblasen? Debía notarse que tenía fiebre, que estaba enferma, enferma… Siempre había sabido que caería enferma, que no tendría fuerzas para resistir hasta el final. Aquel hombre, sentado allí delante desde hacía tanto rato…, desde Lyón a Dijon…, tal vez desde París… Ya no se acordaba… Le costaba un trabajo infinito concentrar sus ideas… Pero estaba convencida de una cosa: de que basta reflexionar un instante para comprender que una mujer que tose, que tirita de fiebre, ha cogido frío. Y si ha cogido frío es que ha estado mojada… A partir de ahí el primer curioso que se presentase podría comprender todo el resto, hasta la noche pasada bajo la tela encerada… No hubiese tenido que caer enferma. Era estúpido. Era injusto. Y era tal vez peligroso, pues ahora ya no se trataba de un constipado mal cuidado.

Tosió. Le dolía la espalda. Recordó a una antigua compañera que se había vuelto tuberculosa porque había cogido frío al salir de un baile. Todo el mundo decía: «¡La pobre chica! ¡Qué cruz para su marido! Una mujer siempre en cama no tiene nada de agradable…».

El tren traqueteó sobre diversos desvíos, y el hombre se levantó. Guiñó un ojo… ¿Había verdaderamente guiñado un ojo? ¿Era tal vez una mota de polvo que trataba de eliminar?

—¡Antibes! —murmuró el individuo.

El vagón se deslizaba a lo largo de un andén cubierto por una sustancia rojiza. Había que permanecer en el tren, esperar… «Una mujer siempre en cama no tiene nada de agradable». Esa frase iba a volverse obsesionante. Lo era ya. ¿Quién la estaba recitando con una voz baja, tan baja, tan baja, tan llena de aprensión? La viajera cogió su maleta, perdió el equilibrio, se agarró al portaequipajes. Más valía

apearse, realizar un último esfuerzo, luchar contra el vértigo. ¡Ah! ¡Dormir, dormir…!

La lluvia era fría. El andén se alargaba, interminable, con su cemento rojizo. ¿Cuánto rato debería andar para alcanzar la silueta inmóvil de allí lejos, que ni siquiera alargaba los brazos? El hombre había desaparecido. En el mundo no quedaban más que dos mujeres, aquel pavimento color de sangre seca y la lluvia que brillaba sobre los rieles. Diez metros todavía… Otros diez pasos…

—¡Mireya…! ¡Pero si estás enferma…! ¿Lloras…?

Luciana es fuerte. Una puede apoyarse en ella, dejarse conducir. Ella sabe dónde hay que ir y lo que hay que hacer. Sí, Mireya llora… La fatiga, la angustia… No oye bien lo que dice Luciana, a causa del ruido que produce el viento.

—¿Me escuchas? —pregunta Mireya—. ¿Nos sigue él?

Pierde un poco la noción de las cosas, pero tiene perfecta conciencia de que es palpada por una mano nerviosa, sostenida por un brazo que le impide caerse.

—Ayúdeme… La portezuela…

Es Luciana quien acaba de hablar, y después sólo hay un agujero negro. Y sin embargo, Mireya comprende que viajan en taxi, luego que un ascensor se la lleva. Sigue habiendo ese ruido de viento que ahoga las palabras de Luciana. Luciana no comprende que todo se ha perdido. Es preciso explicarle, es preciso…

—¡Estáte quieta, Mireya!

Mireya no se mueve. Pero siente que debe hablar, que debe explicar a Luciana cosas de una importancia primordial. Ese hombre…

—Acuéstate, querida. Te aseguro que nadie te seguía… Nadie se preocupaba de ti.

El viento es menos fuerte. Y por lo demás, ¿cómo podría haber viento en esa habitación apacible, iluminada por una mariposa? Luciana prepara una jeringuilla. ¡No! ¡Sobre, todo, nada de jeringuillas! ¡Nada de inyecciones! ¡Mireya ha absorbido ya tantas drogas!

Luciana aparta las sábanas. La aguja penetra. Apenas si se siente como un pellizco rápido. La sábana vuelve a cubrirla. Está fresca, y Mireya se acuerda de la bañera en la que ha debido hundirse la primera vez cuando Fernando la creía narcotizada, y luego, una segunda vez, cuando Fernando la creía ahogada, muerta desde días antes. De repente vuelve a ver todos los detalles. Ella se mantenía estirada y rígida. Tenía miedo…, miedo de parecer demasiado viva. Pero Luciana había preparado la tela encerada… Fernando no había visto más que un cuerpo chorreante que debía ser envuelto con la máxima rapidez. La noche terrible había empezado un poco más tarde…: el frío, los calambres y, para terminar, el resbalón oblicuo hacia el arroyuelo; ya en el lavadero, el pecho que se oprime, el agua que penetra por la nariz… Tan pronto como Fernando se hubo alejado, hubiese sido preciso seguir las

prescripciones de Luciana, en lugar de dejarlas para más tarde… Mireya se jura que va a ser dócil. Empieza ya a experimentar una sensación de bienestar y de seguridad. Le parece que su frente está menos ardiente. ¡Si hubiese obedecido siempre las recomendaciones de Luciana…! ¿Acaso Luciana no sabe, a cada instante, de una manera infalible, lo que conviene hacer? ¿No había previsto, hasta el menor ademán, todas las reacciones de Fernando? Él *no podía* entretenerse en el cuarto de baño…, *él no podía* contemplar por última vez a la que estaba muerta…, *él no podía* comprender el misterio, incluso razonando, sobre todo razonando… Luciana velaba, dispuesta a intervenir, dispuesta a encarrilar la fatalidad por el buen camino. Y si, a pesar de todo, Fernando hubiese descubierto… *¿Qué arriesgaban ellas*? El asesino era él. Esa noche Luciana sigue velando. Se inclina sobre la cama. Mireya cierra los ojos. Se siente bien. Perdón, Luciana, por haberte desobedecido… Perdón, Luciana, por haber ido a visitar a mi hermano sin tu permiso, a riesgo de comprometerlo todo… Perdón por haber dudado de ti alguna vez… Eres dura, Luciana. Nunca se sabe si obras impulsada por el amor o el interés…

—¡Cállate! —murmura Luciana.

¿De modo que ella lo oye todo, incluso los pensamientos más secretos, o bien Mireya ha hablado en voz alta, aturdida por el sueño que se aproxima? Mireya vuelve a abrir los ojos. Muy próximo a ella distingue confusamente el rostro de Luciana. Entonces trata de reaccionar. Ha olvidado lo esencial… Su misión aún no ha terminado. Se aferra a las sábanas, se incorpora.

—Luciana… Ya lo he dejado todo en orden…, en el comedor…, en la cocina… Nadie puede sospechar que…

—¿Y las notas en que le anunciabas tu regreso?

—Se las he sacado de los bolsillos.

Luciana no sabrá nunca lo que tal acción le ha costado a Mireya. Había sangre por todas partes. ¡Pobre Fernando! Luciana coloca la mano sobre la frente de Mireya.

—Duerme… No pienses más en él… Estaba condenado. Un día u otro hubiese ocurrido. No podía vivir más.

¡Qué segura estaba de sí misma! Mireya se agita. Hay algo que la atormenta aún… Una idea algo vaga… Se duerme, pero, en un postrer relámpago de lucidez, tiene tiempo de pensar: «Puesto que él no ha sospechado nada… Puesto que él nunca ha vuelto a pensar en la primera póliza de seguro, la que había suscrito en mi beneficio, para inducirme a que firmase la otra…». Sus párpados se cierran; su respiración se hace uniforme. Siempre ignorará que el remordimiento la ha rozado.

Ahora hay sol. Ahora la vida vuelve a emprender su curso al cabo de horas y horas de inconsciencia. Mireya gira la cabeza, a derecha e izquierda. Está muy fatigada, pero sonríe porque distingue una palmera en un jardín, una gran palmera cuyo tronco está cubierto de una estopa negruzca. Agita sobre las cortinas un abanico

de sombras. Sus hojas crujen suavemente. Da una impresión de lujo. Mireya no piensa ya en las preocupaciones de la víspera. Es rica. Son ricas. ¡Dos millones! La compañía de seguros no pondrá ninguna dificultad. ¿No ha sido respetado el plazo de dos años previsto para el suicidio? Todo está perfectamente en regla. Sólo falta restablecerse.

Una frase zumba de repente en el cerebro de Mireya. «Una mujer siempre en cama no tiene nada de agradable». Un ligero rubor le sube a las mejillas. ¡No! No tiene nada de agradable para nadie. Pero ella no estará siempre en cama. Luciana debe conocer remedios eficaces. Es su oficio. A su pesar vuelve a ver la casa del muelle «de la Fosse» y a Fernando levantando el jarro… «Una mujer siempre en cama no tiene nada de agradable…». En la mesilla de noche hay una botella de agua. Mireya la contempla. La botella se irisa con luces delicadas, como esas bolas de cristal en que las adivinas distinguen la silueta del porvenir. Mireya no sabe leer el porvenir en el cristal, se estremece y, cuando la puerta se abre, aparta rápidamente la mirada, como cogida en falta.

—Buenos días, Mireya… ¿Has dormido bien?

Luciana va vestida de negro. Sonríe, se acerca con su paso hombruno, firme. Coge la muñeca de Mireya.

—¿Qué tengo? —cuchichea Mireya.

Luciana la contempla fijamente, como si calculara sus probabilidades de vivir o de morir. Se calla.

—¿Es grave?

La arteria late bajo los dedos que rodean la muñeca.

—Será cosa larga —suspira finalmente Luciana.

—¡Dime lo que es!

—¡Chitón!

Luciana coge la botella y se la lleva para cambiar el agua. Mireya se incorpora sobre los codos, vuelve su carita curiosa hacia la puerta entreabierta, que descubre la clara alfombra del vestíbulo. Por los ruidos, sigue todos los movimientos de Luciana. El último gorgoteo en el lavabo, la ligera modulación del chorro que cae dentro de la botella y cuyo tono cambia bruscamente cuando el agua llega al gollete. ¿Tanto tiempo hace falta para llenar una botella? Con una risa forzada, que termina en un arrebató de tos, grita:

—¡Es igual! Ha hecho falta que tuviese mucha confianza en ti… Porque, en fin, hasta el último segundo, podías escoger.

Luciana cierra el grifo y seca lentamente la botella con el trapo que cuelga de la pared. Entre dientes, en tono muy bajo, murmura:

—¿Quién te dice que no vacilé?



BOILEAU-NARCEJAC. Es el seudónimo conjunto de dos famosos escritores franceses de obras de suspense e intriga, algunas de las cuales forman parte de los clásicos de la literatura policíaca y que han sido adaptadas a la pantalla grande o pequeña por maestros del séptimo arte, como Henri-Georges Clouzot o Alfred Hitchcock.

Pierre Ayraud, cuyo seudónimo era Thomas Narcejac (1908-1998) fue filósofo de formación y estaba inicialmente interesado en la novela negra con el fin de escribir varios ensayos. Es su encuentro con Pierre Boileau (1906-1989) el que da lugar al comienzo de su carrera de novelista.

Ambos eran ya autores consagrados y habían obtenido sendas recompensas por sus obras, por ejemplo el *Prix du Roman d'Aventures* (Boileau en 1938 y Narcejac en 1948). Tras su encuentro en 1948, deciden iniciar su colaboración, en la que Boileau se responsabilizará del argumento y Narcejac de la creación de la atmósfera de la novela y de la personalidad de los protagonistas.

Sus obras conjuntas tienen lugar usualmente en ambientes provincianos, están construidas con un gran rigor y emplean una parte importante de su extensión para explicar la psicología de los personajes y sus motivaciones.

Otra característica es la puesta en escena de una atmósfera angustiosa y opresiva, en la que los protagonistas se ven envueltos en las maquinaciones ideadas por otras personas y en la que los autores buscan involucrar al lector, creando una confusión

entre lo imaginado y lo real.

Así, su objetivo es normalmente que éste piense que ha tomado parte o se ha identificado sin reservas con un mundo de apariencias y que, finalmente, sólo ha existido en su mente y la de los protagonistas de la novela. En realidad, sus escritos juegan con elementos incluso metafisicos…